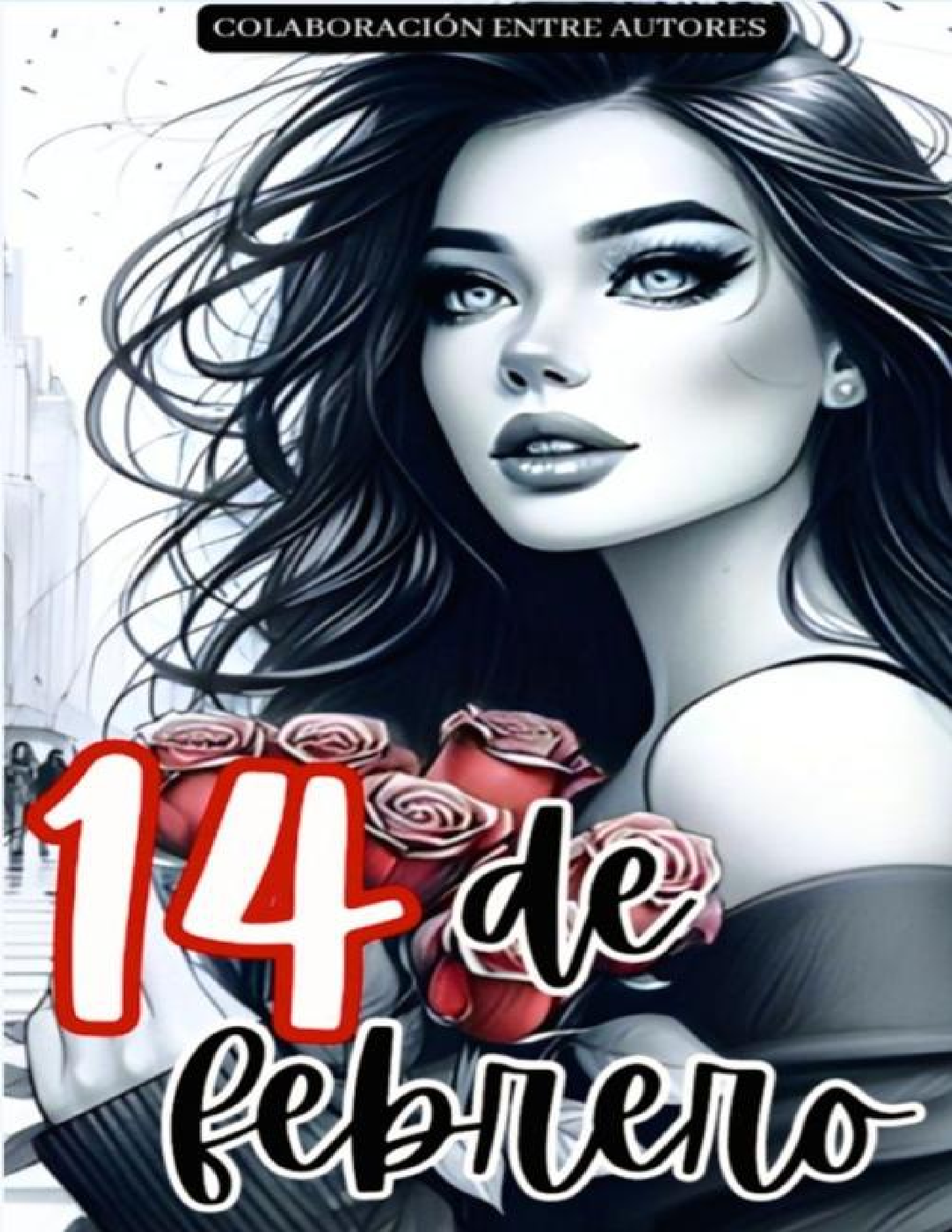
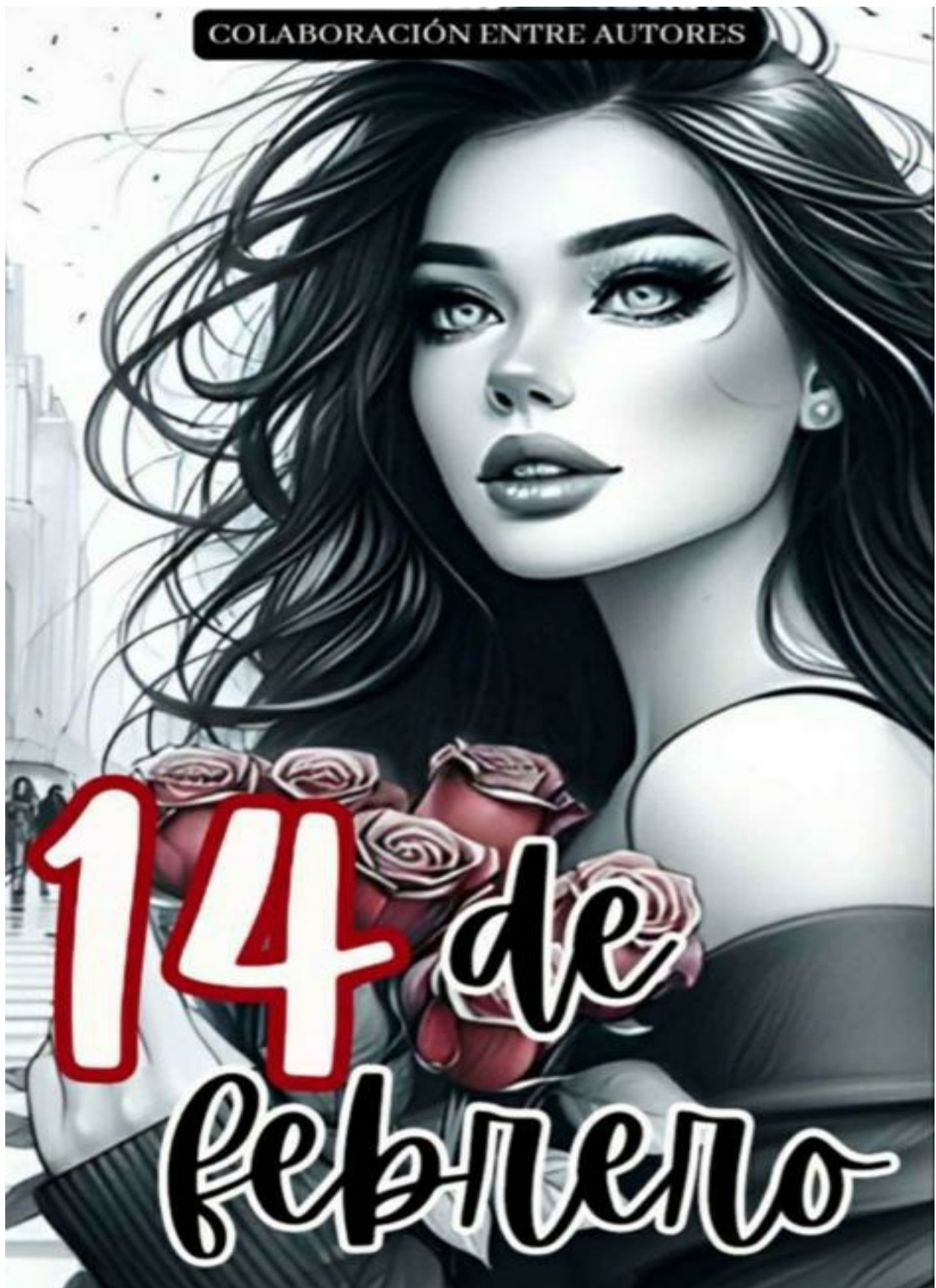


COLABORACIÓN ENTRE AUTORES



14 de
febrero

COLABORACIÓN ENTRE AUTORES



Título: 14 de febrero
© Copyright: indicado en cada relato.

De la maquetación: 2024, Galya Dante
Del diseño de la cubierta: Lidia Pecero

Edición: Febrero, 2024

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de ninguna de las obras contenidas en este volumen, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor o autores de los relatos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por descargar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Contenido

[Relato n°1](#)

[Relato n°2](#)

[Relato n°3](#)

[Relato n°4](#)

[Relato n°5](#)

[Relato n°6](#)

[Relato n°7](#)

[Relato n°8](#)

[Relato n°9](#)

[Relato n°10](#)

[Relato n°11](#)

[Relato n°12](#)

[Relato n°13](#)

[Relato n°14](#)

[Relato n°15](#)

[Relato n°16](#)

[Relato n°17](#)

[Relato n°18](#)



RELATO N°1

Escrito por: Ana Sánchez

Adriano y Carla tenían como costumbre pasar la noche de San Valentín juntos, para ellos era la fecha más importante del año. Ni cumpleaños, ni aniversario, eso era lo único que celebraban.

Dejaban a los niños con los abuelos y se marchaban al restaurante del hotel donde les vio nacer como pareja hacía más de una década.

Adriano tenía un congreso de medicina, y Carla trabajaba como azafata. No necesitó más de cinco minutos para enamorarse de él, era todo un galán. Desde ese día jamás se separaron.

Cenaban acompañados de una buena botella de vino y brindaban con champán por muchos años juntos. Después, se relajaban en el Jacuzzi de la habitación y dormían plácidamente embriagados por la felicidad.

Era una pareja idílica, formaron una familia preciosa junto con sus hijos, Marco y Bianca, y juntos construyeron con mucho esfuerzo un hogar maravilloso en Siena, corazón de la Toscana italiana.

Pero a primeros de octubre todo cambió, ese sueño que estaban viviendo se convirtió, por culpa de unos análisis rutinarios, en su peor pesadilla: Carla estaba enferma y poco a poco su corazón se fue apagando. Fueron cuatro meses de angustia y desesperación.

Antes de morir, le hizo prometer algo a su marido.

—Mi amor, prométeme que siempre celebrarás San Valentín. —Le dijo, sin apenas aliento.

—No puedo cielo. Sin ti, ¿qué sentido tendría? —Respondió llorando mientras sostenía su mano.

—Lo encontrarás, confía en mí. Te amo. —Y su corazón dejó de latir al mismo tiempo que le daba su último beso.

Adriano se hundió hasta tal punto que descuidó incluso a sus hijos, dejándoles un tiempo con los abuelos. Necesitaba estar solo y no podía permitir que le vieran en ese estado tan deplorable y sin fuerzas. ¿Qué ejemplo iba a darles?

Los abuelos se encargaron de todo: de llevarlos al colegio, de darles cobijo y de intentar que no cayeran en el pozo como lo hizo su padre.

Los días iban pasando, y hoy, un 14 de febrero, se sentía más vacío que nunca y sin encontrar sentido a lo que le dijo su esposa antes de morir hacía tan solo un mes.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando un ruido le sobresaltó. Alguien entraba en casa sigilosamente. Era su hija Bianca, la cual, con lágrimas en los ojos, le entregó una carta mientras lo abrazaba fuertemente.

Adriano, sin entender nada, se dispuso a leerla.

«Mi amor, sé que no está siendo fácil, pero tienes que seguir adelante por ti y por los niños. Eres un padre maravilloso y no pueden tener mejor referente que tú.

Hoy es nuestra noche, así que vamos a tener nuestra última cita, o por qué no, la primera de otras muchas. Mira a nuestra hija, está preciosa con ese vestido que le regalamos al cumplir los quince años.

Arréglate, date una ducha y ve a cenar con ella. Ya tenéis la reserva. Misma hora, mismo lugar.

Te amo. Siempre tuya, Carla»

Las lágrimas descendían por las mejillas de Adriano mientras luchaba por mantenerse fuerte. Tenía sentimientos encontrados. Deseaba quedarse tirado en el sofá llorando, pero ver a su hija frente a él, radiante, le daba fuerzas para satisfacer las últimas palabras de su esposa.

—Anímate, papá, ponte esto y hagamos lo que dice mamá.

Tardó una hora en afeitarse, ducharse y cambiarse de ropa. Cuando se lo proponía, podía estar impresionante.

Bianca no podía dejar de observar la casa. Estaba hecha un desastre, igual que su padre. Se sentía impotente por no poder ayudarlo, pero la coraza que se había puesto no dejaba que nadie se acercara a él, ni siquiera sus hijos.

—Estás guapísimo, papá. —Le dice precavida.

—Perdona hija, tú también estás preciosa, te sienta genial el rojo.

En ese momento sintió la necesidad de abrir su corazón, y cómo no, lo hizo entre lágrimas.

—Hija, perdóname, de verdad – dijo sollozando —. Tienes que pensar que soy lo peor, pero tu madre me daba la vida y no he sabido gestionarlo. Lo siento de veras, espero que puedas perdonarme algún día.

—No hay nada que perdonar, papá. Te quiero. — El abrazo que le dio su hija le traspasó el corazón hasta tal punto que le devolvió la fuerza necesaria para afrontar esa noche.

Subieron al coche para dirigirse al restaurante, no sin antes hacer una parada.

—Ahora vuelvo, pequeña.

Caminó varios metros y respiró hondo frente a la tumba de su esposa. Le prometió que, como cada año, seguirían teniendo su cita por San Valentín.

Se quedó quince minutos en silencio, observando la última foto que se tomaron juntos, volviendo a memorizar su rostro como lo hacía cada noche, y maldiciendo el día en el que aquella enfermedad decidió arrebatársela de sus brazos.

Con la mano temblando, depositó un ramo de rosas junto a una nota que decía:

«Por otro San Valentín juntos, siempre tuyo. Adriano»

Bianca, que lo observaba desde la ventanilla del coche, no pudo evitar más y rompió a llorar, deshaciendo así el nudo que se había apoderado de su garganta. Llevaba toda la tarde haciéndose la fuerte y eso era agotador. Ella tampoco lo estaba pasando bien, pero tenía que aparentar fortaleza delante de su padre.

Se marchó cabizbajo y regresó al coche para pasar lo que quedaba de día con la que ahora se había convertido en el gran amor del resto su vida; su hija Bianca, la viva imagen de su madre. En la que a través de sus ojos podía seguir viendo a su amada esposa.

—Tuvieron una cena inolvidable, hacía mucho tiempo que no disfrutaban de un momento padre e hija. Estaba en una edad un poco complicada y a veces no se ponían de acuerdo en sus intereses.

—Gracias, hija, muchas gracias por devolverme la ilusión.

—De nada, papá. Tenemos que seguir adelante y volver a ser una familia.

—Marco... — musitó— Vayamos a buscarle.

Los abuelos se quedaron atónitos, hacía mucho tiempo que no veían así a su hijo. Sonriendo de nuevo, los tres se abrazaron.

—Muchas gracias por todo, papás, pero es hora de que siga cuidando de mi familia.

Regresó a casa junto a sus hijos y se prometieron que, pasara lo que pasara, jamás se separarían.

Puede que ya no tenga a su mujer, pero el día de San Valentín siempre lo seguirá celebrando con las dos personas que más quiere en este mundo.

Nota de la autora:

Soy Ana Sánchez Bes, autora de «La casa de muñecas» (Thriller)

Madre de familia numerosa, que compagino mi trabajo con la escritura, porque como suelo decir: Los sueños no se cumplen, se luchan y se trabajan.

Podéis encontrarme en Instagram como @anasanchezbes

www.anasanchezbes.com

© Ana Sánchez Bles



Mi dichoso error



RELATO N°2

Escrito por: Arantxa Alarcón

Tan solo queda una semana para el que será el día más importante de mi vida y todo está preparado para que salga perfecto. Las flores, el catering, la villa, el fotógrafo, y por supuesto, él. Rubén es el tipo de hombre con el que siempre soñé: seguro de sí mismo, inteligente, ambicioso, atento, guapo a rabiar...

Lo tengo todo para ser feliz y, sin embargo, desde hace unas semanas me persigue la incómoda sensación de que algo malo está por venir, como si tuviese un gran nubarrón sobre mi cabeza a punto de estropearlo todo. ¿Me estaré volviendo loca y solo son los nervios previos a la boda? Tal vez, pero esta sensación se vuelve cada mañana más pesada en mi estómago.

Me giro en la cama y veo que Rubén me ha dejado un ramo de rosas junto a una nota sobre la almohada:

«Queda un día menos para que me hagas el hombre más feliz. Disfruta de las compras».

Sonrío como una boba y pongo las flores en un jarrón antes de arreglarme para salir de casa. Fue una idea brillante planificar un día solo para mí, el día de mimar a Joana. He trabajado a destajo durante el último mes para tener libre la semana de la boda y, qué leches, me lo merezco.

Entro en una de mis tiendas favoritas, donde tengo la intención de comprar montones de jabones, cremas y velas de los olores más maravillosos del mundo. Estoy probando una nueva gama de plátano y jengibre cuando elevo la mirada hacia el espejo que tengo delante y, además de mi reflejo, capto algo que me deja paralizada. Seis o siete pasos detrás de mí está la última persona a la que esperaba encontrarme hoy.

Hace más de un año que no lo veo y su mirada traspasa mi reflejo y me remueve hasta la última gota de sangre. Está más guapo y más hombre, si es que eso es posible. Me observa en silencio con una intensidad que grita «problemas» a los cuatro vientos y hace que mis piernas empiecen a perder estabilidad.

Mierda. Tengo que irme de aquí.

Dejo todo lo que tengo en las manos y salgo de la tienda como alma que lleva el diablo. Esto no puede estar pasando.

—¡Joana! —Su voz me provoca cosas, demasiadas cosas y me niego a recordar ni una de ellas, así que hago lo único que se me ocurre, huir más rápido— ¡Joana, joder, espera!

Me agarra del brazo para girarme y lo enfrento a la vez que me separo de forma brusca.

—No me toques.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿No me has visto ahí dentro?

—Te he visto y por eso he salido de la tienda. No tengo nada que hablar contigo, Milo. De hecho, creo que lo mejor es que hagamos como si no nos hubiésemos encontrado.

—No seas cría.

—¿¿Qué no sea cría?? No me puedo creer que hayas dicho eso. Mira, solo vete por donde sea que hayas venido y déjame en paz.

Se pasa una mano por la cara, claramente agobiado con mi reacción, pero es que no quiero ni mirarle, no puedo.

—¿Podemos solo sentarnos a tomar un café y hablar tranquilamente?

—¿Ahora quieres hablar? ¿Cuánto ha pasado, Milo? ¿Un año? ¿Dos? No, no podemos sentarnos a hacer nada juntos. Me voy, y no se te ocurra seguirme. No diré que me alegro de haberte visto porque no sería verdad.

Me marchó sin darle la oportunidad de responder. Pero, ¿qué demonios hace en Madrid justamente esta semana? ¿Y cómo, de todas las tiendas que hay en esta puta ciudad, ha ido a parar a mi favorita? ¡Ódiame un poquito más, maldito karma!

Después de la forma en que me dejó, de todas las veces que lo acepté de vuelta sabiendo que se marcharía una y otra vez. Después de destrozarme el corazón como lo hizo... ¿Cómo se atreve siquiera a hablarme? Nunca he dado segundas oportunidades, y a él le di docenas, le di tantas que perdí una parte de mí misma en el camino, joder.

Respiro hondo mientras pido un café en el primer bar que encuentro y me repito una y otra vez que no voy a dejar que el pasado fastidie mi día.

El café sabe maravillosamente bien. Me concentro en el toque de canela, inspiro, saboreo, disfruto. He necesitado media hora para calmarme, pero creo que ya lo tengo.

Una hora más tarde, entro en una tienda en la que quiero comprarme algún modelito para estrenar durante la luna de miel que Rubén ha organizado en Nueva York. Quizás no sea el lugar más romántico para un viaje de recién casados, pero yo siempre he querido ir y a él le daba igual el destino. De hecho, estoy segura de que aprovechará para visitar a un par de clientes, es adicto al trabajo.

He elegido varias prendas, pero Merche, la dependienta de la tienda a la que conozco desde hace meses, sigue trayéndome cosas al probador, prometiendo que todas me quedarán perfectas. Estoy descalza y en sujetador, intentando abrocharme una falda verde bastante liviana, cuando la oigo entrar de nuevo.

—Tenías razón, esta falda es perfecta para mí, me encanta.

No responde y cuando levanto la cabeza, vuelvo a ver el reflejo de mi peor pesadilla en el espejo. Ahora lo entiendo, él era el nubarrón que llevo semanas viendo venir.

Quiero gritarle que se vaya por donde ha venido, pero en lugar de eso, mis ojos se quedan prendidos en los suyos, en esos iris azules que tan bien conozco y que nunca supe leer del todo. Llegué a pensar que de verdad me quería, aunque las palabras jamás saliesen de sus labios. Lo que está claro es que nunca llegué a entender a este hombre.

Su mirada acaricia mi piel y noto cómo la temperatura del pequeño probador en el que nos encontramos comienza a aumentar rápido.

Su pecho roza mi espalda, su nariz se acerca a mi cuello e inhala despacio, asegurándose de no tocarme... y Dios, quiero que lo haga.

Sé que tengo que apartarme y, como si Milo hubiese escuchado mi pensamiento, sus manos se colocan en mis hombros para frenar mi inminente huida. El deseo emana de su cuerpo y me atrapa, mezclándose con el mío.

—Tan preciosa como siempre.

Siento su aliento en mi cuello mientras sus ojos me miran a través del espejo y mi respiración se vuelve irregular. Sus dedos han comenzado a acariciar mis clavículas, y su toque se siente tan bien que me permito cerrar los ojos un instante y apoyar la cabeza en su pecho.

Mi cerebro me grita que despierte de este hechizo al que Milo me ha sometido y actúe rápido.

Mi cuerpo me pide que me dé la vuelta y coja de este hombre todo lo que quiero, sin importarme nada más.

Y mi corazón... ese traidor hace rato que ha saltado de mi pecho y busca un lugar calentito junto al suyo.

Sus labios hacen cosquillas en mi piel y siento la punta de su lengua humedeciendo mis ganas. Me gira la cabeza, su boca llega hasta la mía y se queda a tan solo unos centímetros, haciéndome esperar. La noto cerca, muy cerca y cuando abro los ojos, sé que mi cabeza ha perdido la batalla. Por lo único por lo que puedo luchar ahora es por no perder mi corazón mientras mi cuerpo se da el festín de su vida.

Sé que nota el momento exacto en el que nos alineamos y siento cómo el mundo explota a nuestro alrededor mientras nos fundimos el uno en el otro. Nuestro encuentro es como un mar en tempestad con un sinfín de olas enormes que apenas nos permiten salir a respirar. Sus dedos aprietan mis pezones mientras mis manos se deshacen de sus pantalones y le muerdo el cuello con fuerza.

—Joder, he deseado tanto esto. —Sus palabras se diluyen entre besos a la vez que sus dedos se pierden en mis pliegues. Gimo con fuerza, sin importarme dónde estamos o quién pueda escucharnos—. Eres jodidamente increíble.

Nuestros cuerpos se buscan y, cuando por fin lo tengo dentro de mí, siento que el mundo da un giro y todo se ordena de forma perfecta. Mis piernas alrededor de su cintura, sus manos agarrándome con fuerza y sus labios murmurando todo lo que necesito escuchar en este momento.

Llego al orgasmo unos segundos antes de que lo haga él y mientras mantengo la cabeza escondida en su cuello, siento como si el mundo se hubiese parado para nosotros dos.

No quiero abrir los ojos y enfrentarme a la realidad. No quiero dejar de sentir sus brazos a mi alrededor ni sus labios en mi pelo. Me gustaría vivir en este instante por una eternidad, pero sé que no puedo.

Abro los ojos de forma perezosa y bajo las piernas hasta el suelo con cuidado. Sus manos se han quedado ancladas a mis caderas y me aparto despacio, sin hacer contacto visual. Recojo mi ropa del suelo y comienzo a vestirme. Debería sentir asco de mí misma por lo que acabo de

hacerle a Rubén y, sin embargo, no soy capaz de arrepentirme. Milo es como una droga para mí y ahora me doy cuenta de que por mucho tiempo que pase, nunca lograré eliminar del todo la adicción que siento por él.

—Tengo que irme —musito mientras anudo mis zapatillas de cualquier manera.

—Ni de coña. No, no vas a hacer esto. Joana, mírame. —Intento ir más rápido para marcharme cuanto antes, pero las manos me tiemblan y hago un desastre con los cordones. Milo me sujeta de los brazos y me ayuda a levantarme para quedar los dos al mismo nivel—. No vas a salir huyendo.

—¿Y cómo vas a impedirlo? —pregunto con rabia, enfrentándolo.

—¿Estás de coña? No puedes hacer como si no acabase de pasar nada entre nosotros.

—¡Hemos follado en un probador, supéralo y basta!

Cojo mi bolso y salgo enfurecida de ese cubículo que parece haber empequeñecido en los últimos minutos. Para mi desgracia, solo tardo unos segundos en escucharlo correr detrás de mí, pero antes de que pueda alcanzarme me giro furiosa.

—No me sigas.

—¿Quieres dejar de comportarte así? Me estás poniendo nervioso.

—Ay, no, lo que menos quiero en este momento es alterar tus nervios —me burlo—. ¿Quieres que te pida una tila para que puedas ahogarte en ella? ¿Por qué no sales de mi vida de una maldita vez? Se te da bien hacerlo.

—¡Porque no puedo!

Milo me mira frustrado y yo estoy resollando como si acabase de correr quince kilómetros.

—Solo tienes que hacer lo que has hecho siempre, darte la vuelta y desaparecer. Te prometo que esta vez no te voy a pedir que vuelvas.

—¿Por qué no? —pregunta bajito y la forma en la que se suavizan sus facciones me hace dudar por un momento.

—¿De verdad me lo preguntas?

—Te prometo que no he venido a hacerte daño, Jo. Sé que lo hice en el pasado. De hecho, sé que lo hice muchas veces, pero yo no podía...

—¿Qué? ¿Qué no podías? Adelante, no te quedes callado ahora.

—Darte lo que merecías.

Su mirada parece sincera, sus gestos parecen sinceros y hasta sus malditas palabras encajan a la perfección en nuestra historia, pero no puedo aceptarlo. Me juré que nunca más caería en el bucle que supone estar con este hombre, porque ese bucle es capaz de comerme a bocados hasta dejarme sin nada y no puedo permitir que eso vuelva a ocurrir.

Esta vez me cuesta horrores levantar mis barreras.

—Milo, ya está, nos hemos acostado. Te vas con lo que realmente te importa, así que deja el drama y aléjate de una vez.

—Eso ha sido un error. —Levanto las cejas con sorpresa—. Quiero decir que no quería que las cosas pasasen así. Quería hablar contigo, explicarte cómo me siento, hacerte ver que entre tú

y yo todo puede ser diferente a como lo fue.

—No existe un tú y yo. Existe un Rubén y yo y un Milo y todas las mujeres que se le pongan a tiro —afirmo con desprecio. Necesito hacerle daño, necesito que se aleje de mí y deje de confundirme.

—¿Crees que alguna vez podrás quererlo como me quisiste a mí?

Lo miro directamente a los ojos y me acerco hasta quedar a solo un paso de distancia.

—¿Quién te dice que no lo quiero a él más de lo que alguna vez quise a nadie, Milo? ¿De verdad piensas que todo gira en torno a ti y a tus cambios de humor? ¿No has pensado que quizás, y solo quizás, me caso con él porque lo amo como nunca he amado a nadie?

Resopla y todo su cuerpo se tensa.

—No hace falta que me recuerdes que vas a casarte con él ni que lo harás el maldito catorce de febrero. ¿Crees que no me he roto la cabeza imaginándote con él y diciéndole que lo amas? ¡Por supuesto que lo he hecho, pero me niego a creer que sientas con él lo mismo que sentías conmigo! Maldita sea, Joana, sé que te hice sufrir. No estaba preparado para quererte de la forma en que merecías, pero no conseguía alejarme de ti. Lo intenté muchas veces, pero siempre terminaba volviendo. Te quería mal, lo sé, pero lo hacía. De una forma egoísta y desordenada, de la única forma en que podía quererte en aquel momento, pero he cambiado. Te juro que puedo hacerlo mejor, Jo.

Las lágrimas se amontonan en mis ojos y no soy capaz de contenerlas por más tiempo.

—No puedo, Milo. No puedo volver a lo mismo. ¿No te das cuenta de que pierdo el juicio cuando estás cerca? He traicionado a Rubén a una semana de la boda, me he comportado como una perra y todo porque no soy capaz de pensar cuando estás cerca de mí.

Su cuerpo me envuelve mientras el mío convulsiona, dejando salir toda la impotencia que siento por no poder dejar de quererlo.

—Te amo, Jo —afirma con rotundidad, mirándome a los ojos. Sus manos rodean mis mejillas húmedas y su mirada se afana por encontrar algo en la mía a lo que poder aferrarse—. Perdóname, dame la oportunidad de compensar todas las lágrimas y te juro que pondré en tu cara cientos de sonrisas cada día. Déjame demostrarte que he superado mis demonios y que te quiero de la forma más bonita que se puede querer a alguien.

Una vez más, mi corazón y mi cuerpo ganan la batalla porque cuando estos dos se alían, no hay razón que pueda interponerse.

—Yo también te amo, Milo, pero como vuelvas a alejarte de mí, me aseguraré de enviar a alguien del equipo de Aiden a cortarte las pelotas.

—Trato hecho —afirma tragando saliva y extendiendo su mano hacia mí.

—Trato hecho —respondo ignorando su mano y saltando a sus brazos para besarle hasta la vida.

Puede que me equivoque, puede que esté tropezando con la misma piedra que ya me conozco de memoria, pero me estaría mintiendo a mí misma si no reconociera que lo que siento cuando Milo está cerca, está a años luz de lo que he sentido por cualquier otra persona en mi vida.

Puede que esto sea un error, pero será mi dichoso error.

Nota de la autora:

Si quieres conocer un poco más a Milo y a Joana o te ha entrado curiosidad por descubrir quién es Aiden, tienes que leer la Bilogía Sueños y un café, una historia llena de pasión, erotismo y muchos secretos.

© Arantxa Alarcón



El amor verdadero



RELATO N°3

Escrito por: Azahara Abril

—Siéntese, por favor. Dígame su nombre.

—Mercedes Mora.

A Mercedes le había costado mucho dar ese paso, pero ya en la comisaría de Policía, estaba decidida. Insistió a los vecinos que la habían acompañado hasta allí para que se marcharan, que podía sola con aquello. Solo aceptó que se llevaran a casa al pequeño Javier, su hijo, de cuatro años, porque aquel no era sitio para un niño. Era 14 de febrero.

Su marido, Antonio, la había agasajado con un ramo de rosas aquella mañana. “Por San Valentín”, le dijo. Ella las tomó con suspicacia, pero le dio las gracias y las colocó en un jarrón de cristal en el recibidor. Le sonrió tras mirar el colorido bodegón que le había quedado frente al espejo, más por un deseo de no soliviantarlo que por gratitud genuina. Su gesto, no obstante, se tornó inexpresivo cuando Antonio le propuso ir a por algo rico para el almuerzo.

Quizás otras parejas celebraban así el Día de los Enamorados. En la casa de los Rodríguez Mora, en cambio, esos actos caballerescos eran una forma torpe de compensar a la esposa. Solo un remedio mal preparado con el que intentar rebajar la culpa.

El día antes, Antonio volvió a llegar borracho a las 2 de la mañana. Mercedes estaba en la cama, despierta. Ni los nervios ni el miedo la dejaban dormir. Cuando Antonio sale, si no vuelve antes de las 11, es porque apura hasta que Amancio lo echa del bar de la esquina, sobre las 2. Entonces vuelve, siempre irascible. Algunos días la embriaguez no lo deja hacer más que dormir, pero otros, llega con ganas de intimar. Más que intimar, someter. Poseer. Y Mercedes, desde que escucha la cerradura, contiene la respiración y ruega a todos los santos para que Antonio se quede roncando en el sofá.

Aquella noche, la anterior a San Valentín, Antonio llegó con unas ganas inesperadas de conversación. Con voz gangosa y arrastrando las palabras, tocó el costado de Mercedes.

—Niña —la llamó—. ¿Tú sabías que estaban buscando repartidor en la tienda del Wences?

—No —contestó Mercedes, escueta, haciéndose la dormida.

—¿Cómo que no? Si vas allí todos los días, y hay un cartel en la puerta.

—Pues no me he fijado, Antonio.

Mercedes sí se había fijado, claro, pero ignoró la oferta. Ya había pedido trabajo para su marido en todos los comercios del barrio en los que sentía un mínimo de confianza, y había hablado con un vecino que tenía una empresa de reparto de mercancías. Este último quiso darle una oportunidad a su marido, pero, al tercer día de impuntualidad, le dio 80 euros y le dijo que no volviera.

Antonio no quiso dejarlo pasar e insistió en escuchar explicaciones. La segunda vez que Mercedes le pidió que bajara la voz, airada, porque el niño estaba durmiendo en la otra habitación, su marido le soltó un golpe con la mano vuelta. El impacto de la alianza de casados le abrió la ceja, así que Mercedes, llorando, se metió en el baño a curarse. Ya estaba Antonio dormido cuando volvió a la habitación, y ella lamentó que el alcohol no lo hubiera tumbado antes.

Por eso Mercedes acogió con tan poco entusiasmo esa comida especial de San Valentín que propuso Antonio al día siguiente, pero aceptó que él trajera solomillo a la mostaza, jamón ibérico y queso manchego del restaurante de la calle de atrás. Comerían los tres; esposa, marido e hijo. También tuvo que aceptar que él rebuscara en la alacena hasta dar con su mejor vino. “Es una ocasión especial”.

Tentada estuvo Mercedes de beberse media botella, con tal de que su marido metabolizara menos de ese veneno que lo volvía agresivo, pero pensó que era mejor permanecer alerta. Se alegró de haberlo hecho cuando, después de la comida, con solo un dedito de vino ya en la botella, Antonio quiso poner música. Protestó Javier, que, como cada tarde, se había tumbado en el sofá a ver dibujos animados para dormir su siesta, y su padre lo acalló al arrearle una torta que lo tiró al suelo.

Mercedes, que había intentado en vano que su marido conservara la calma, reunió toda la fuerza de su metro sesenta y sus 56 kilos para empujarlo lejos del niño. Rodó sobre la mesa del salón, tirando, con estrépito, todo lo que había sobre ella.

Antonio se levantó con la furia de un cíclope, haciendo caso omiso a los llantos y ruegos del niño. Pero, cuando encaró a su mujer, la encontró empuñando el cuello de la botella de vino rota.

—¡VETE! ¡VETE DE AQUÍ AHORA MISMO, CABRÓN, O TE JURO QUE TE MATO!
—le gritó.

Los restos de caldo rojo que goteaba la botella se le antojaron un anticipo de sangre sobre su piel, así que Antonio se dio la vuelta y se fue de la casa.

El niño lloraba y a Mercedes le temblaban las piernas. La mujer llamó por teléfono a la vecina y le pidió que viniera, con un hilo de voz apenas audible. Aquella, muy conocedora de gritos, estruendos y moratones, apresuró a su esposo para, juntos, escoltar a Mercedes a la comisaría.

—Y esta es la historia, mire —concluyó ante el agente que tomaba nota.

El joven policía, con suma profesionalidad, terminó de teclear y le dedicó un gesto cálido y empático.

—Esté tranquila, encontraremos a su marido. ¿Necesita algo? ¿Quiere que la acompañemos a su casa, señora?

Ella casi se lo pensó.

—Pues mire, no hace falta, porque, ¿sabe qué? A mí hoy se me ha quitado todo el miedo.

Mercedes recogió a Javier en casa de los Alonso a las 11 de la noche. Lo tranquilizó, lo acostó y, cuando estuvo dormido, atrancó la puerta de la casa con varios muebles y se dispuso a recoger el estropicio del salón.

Iba a por la escoba cuando se acordó del ramo de rosas. Las observó brevemente reflejadas

en el espejo, que también le devolvió la imagen de su ceja partida. Tiró las flores a la basura y continuó recogiendo.

Aunque su hijo ya dormía cuando ella terminó la tarea, se metió en la cama con él, pues sabía que aún le duraba el susto al pobre chiquillo. Se acordó de su llanto en la tarde y lo asió bajo las mantas. El día había estado lejos del romanticismo que otras parejas solían compartir en redes sociales, pero sí tenía que agradecerle algo a San Valentín: le había recordado la fuerza del amor verdadero.

Nota de la autora:

Soy Azahara Abril, escritora y podcaster. ¡Muchas gracias por leerme! "El amor verdadero" está inspirado en un caso real de violencia machista e intrafamiliar que me conmovió mucho. Dedicado a todas las personas que no aspiran a ser agasajadas con un San Valentín romántico, sino, simplemente, a vivir sin miedo.

Si te ha gustado, te invito a leer o audioleer más relatos y microrrelatos a través de mi web y perfiles en redes sociales y plataformas. En ellas también podrás encontrar mi novela "Las rosas de Abril":

Web: <https://azaharaabrilrelatos.com>

iVoox: https://www.ivoox.com/escuchar-canal-azahara-abril_nq_1462384_1.html

Instagram: @azaharaabrilrelatos

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/AzaharaAbril>

¡Gracias!

© Azahara Abril



RELATO N°4

Escrito por: Carlos Javier Vega

I

Había llegado el día. Una vez más lo tenía todo planeado y preparado. Nunca dejaba nada al azar y esta vez no iba a ser distinto. La habitación de un hotel junto al increíble faro de Finisterre era el lugar elegido para la ocasión. Este era un sitio cargado de energía, magia, historia y, sobre todo, con muchas leyendas a su alrededor. En el ramo de rosas que lucía sobre la cama había una flor más.

Mirando al acantilado desde el ventanal de la habitación, recordaba cómo empezó todo con Sofía, más o menos unos tres meses atrás, a mediados del pasado mes de noviembre, en aquel hotel de Torremolinos. Él, un ejecutivo disfrutando de unos días de vacaciones. Ella, la camarera del buffet. La historia parecía sacada del guion de una película romántica de esas americanas, aunque en esta ocasión era algo real.

El primer contacto lo habían tenido durante la cena. Sofía era la encargada de tomar nota de las bebidas a los comensales y de reponer la zona de los entrantes y de los primeros platos. A él le hicieron gracia tanto su acento como la forma de expresarse y no pudo dejar de mirarla durante la cena, prendado de su increíble figura, de su piel morena y su larga melena negra. Según sus cálculos, debía ser diez o doce años menor que él, pero eso le daba igual. Ya había elegido y, cuando lo hacía, no había vuelta atrás. Era una persona de costumbres y, como tal, se comportaba siempre igual: elegir, cortejar, seducir, enamorar... Los plazos eran los mismos.

Los días en la localidad malagueña fueron pasando. Todo seguía su curso y la joven acabó cediendo a los encantos del apuesto ejecutivo, de barba bien cuidada y aspecto informal, pero siempre elegante. Nada nuevo, todas lo hacían. Poseía mucha labia y conversación, y siempre tenía una palabra acertada que decir.

Gracias a que todo se sucedía según lo previsto, prolongó las vacaciones dos semanas más:

—El dinero no es un problema, y el trabajo, cuando eres tu propio jefe, tampoco — explicó sonriente a Sofía.

Al cuarto día, la joven aceptó la invitación de su Richard Gere particular. Cenaron, pasearon y acabaron dejándose llevar por el deseo en la habitación del hotel. Supo de labios de ella que casi no tenía familia y que provenía de un pueblo del interior malagueño cercano a Ronda. Trabajar en el hotel fue descubrir un mundo nuevo, ya que comenzaron a abrirse para ella un sinfín de oportunidades.

De nuevo, un catorce de febrero, pero que no era igual a los anteriores, la joven malagueña había logrado lo que otras nunca consiguieron; llegar a su indomable corazón. Era la primera vez que tenía dudas de lo que iba a hacer.

Él no había vuelto a ser el mismo desde el incidente en Kabul. Una niña afgana de ocho años se acercaba a su vehículo con un cinturón de explosivos anclado a su cuerpo. La autoridad aún estaba en el interior del mismo, pero tuvo que actuar, para eso estaba allí. No lo dudó, desenfundó su pistola USP Compact y con un disparo certero a la sien acabó con la vida de la menor, sin darle tiempo para que detonase el explosivo.

A su regreso a España fue recompensado por su labor: «¿Cómo te pueden recompensar por matar a una niña?», maldecía tras recibir la medalla al mérito.

Así es, cuando acabas con la vida de una persona, en este caso la de una menor, uno se convierte en otra persona. Él hubiera muerto de no haber actuado, y junto a él toda la comitiva, pero lo hizo, y ahora toca vivir con ello cada día. Estrés postraumático lo llaman los médicos, sin embargo, es algo para lo que nunca se está preparado, por muy bueno que haya sido el adiestramiento. Aquel día de San Valentín que vivió en la capital afgana marcó un antes y un después en su vida.

Un héroe para muchos, cuya cara salía en todas las portadas de la prensa nacional e internacional, y que era aclamado por su desempeño y determinación, aunque ese era un hecho que provocaba que se sintiese como una mierda cada mañana al despertar. Solo conseguía dormir gracias a las pastillas ingeridas que le recetaban para ello.

II

Aprovechando que Sofía estaba leyendo en la playa, él había ido a la floristería a por su encargo. Tuvieron suerte con la escapada y el tiempo los acompañaba, obsequiándoles unas jornadas soleadas con muy buena temperatura.

Ella le aceptó la invitación sin pensárselo dos veces. Tras la estancia en Torremolinos, se volvieron a ver un fin de semana sí y uno no, hasta llegar a este fin de semana romántico en la localidad gallega. En la tienda, la dependienta lo miraba algo confusa. Un ramo con quince rosas no era un encargo normal. Además, todas debían ser de un color rojo similar al de la sangre. Pero cómo dicen: «El cliente siempre tiene la razón», pensaba mientras le cobraba. De regreso al hotel, encargó la cena en recepción y solicitó que les fuera servida en la habitación.

Ella cerró el libro que estaba leyendo y optó por dar un último paseo por la playa antes de regresar al hotel, ya que la tarde era propicia para ello. El agua salpicaba sus pies y los pensamientos se evadían observando la inmensidad del océano. Agradecía al destino su fortuna. Estaba enamorada de un señor algo más mayor que ella, pero que se desvivía por cuidarla, mimarla y hacerla feliz. Poco más sabía de él, salvo que era un importante hombre de negocios con una más que considerable cuenta corriente. Nunca le preguntó más. Ella era feliz, y esa noche le propondría a su amor irse a vivir con él a Sevilla.

Mientras esperaba a que Sofía llegase, él observaba el ramo de rosas y pensaba en las otras. Cada año, una rosa más a sumar a las ocho. Ocho eran los años que la niña afgana tenía. Año tras año fue sumando una rosa: una por cada una de sus víctimas desde aquel día.

Decidió vengarse de su desdicha matando cada día de San Valentín a una joven. En eso se había convertido su vida desde entonces. Fue dado de baja en las Fuerzas Armadas meses después de su regreso, por no superar el trauma causado por el shock, y lo derivaron a la supervisión de especialistas en la materia para que el tratamiento y la medicación obraran en consecuencia. La indemnización que obtuvo fue la suficiente para poder vivir sin pegar un palo al agua el resto de su vida, ya que había salvado al ministro de Defensa de una muerte segura en aquel intento de atentado.

Cada año llevaba a cabo el mismo ritual: Seducir a una joven, enamorarla y, de la misma manera, acabar con su vida en el día de los enamorados. No debía dejar cabos sueltos que pudieran implicarlo, pero en eso era un experto. Su trabajo, desarrollando misiones para el Centro Nacional de Inteligencia, le permitía actuar y obrar sin problemas.

Las víctimas solían ser jóvenes, casi sin familia y sin medios. Fáciles de seducir gracias al poder del dinero. Generalmente, eran mujeres de países árabes, o con rasgos típicos de la mujer mora en su cuerpo, que se encontraban trabajando en España. Precisamente, esos rasgos predominaban en los ojos rasgados de Sofía, aunque ella era distinta: era graciosa, simpática, cariñosa, dulce y contagiaba alegría.

Durante la noche, al igual que en ocasiones anteriores, sacaría en brazos a la joven de la habitación hasta el vehículo, alegando al personal que algo le había sentado mal y que iban a urgencias, obteniendo de ellos la información de dónde estaba el centro más cercano, aunque ya sabía que el hospital se encontraba en la villa de Cee, a unos veinte minutos del faro. Siempre buscaba localidades pequeñas cerca del mar.

En Corcubión, localidad marinera próxima a Cee, había alquilado una barcaza, en la que durante la madrugada metería a la joven, envolviendo su inerte cuerpo con pesadas piedras para que fuera directo al fondo del mar y que, a su vez, gracias a los cortes producidos, sirviera de comida para los peces. Un triste final, pero necesario.

El puerto de Corcubión es pequeño, discreto y con mucho movimiento de barcos por la noche, que van y vienen de faenar para atender las necesidades del mercado y restaurantes, siendo los propios dueños muchas veces los encargados de manejar las naves. Un lugar en el que su embarcación pasaría totalmente desapercibida.

Al igual que en ocasiones anteriores, durante la mañana retornaría al puerto tras la travesía nocturna, alegando que había saciado su ansia marinera, y devolvería la barca con la mayor de sus sonrisas a su arrendador. A continuación, regresaría al hotel, informando al personal de que su pareja había sufrido una intoxicación alimentaria y que, por ello, debía estar en observación unas horas más. Recogería los enseres de ambos, abonaría la cuenta y abandonaría el lugar sin levantar sospecha alguna de lo ocurrido.

Lo tenía todo calculado y preparado. Siempre obraba igual: fácil y sencillo. Aunque esta vez era diferente. Tenía dudas, muchas: «¿Por qué estas dudas? ¿Qué me está pasando?», se preguntaba incrédulo por la situación.

III

Una vez en la habitación, después de su tarde de lectura en la playa, Sofía saludó con un abrazo y un largo beso a su amor, y luego vio el ramo que había sobre la cama. Sintióse muy afortunada por el regalo, se agachó sonriendo para oler las rosas. Acto seguido, decidió tomar una ducha rápida mientras llegaba la cena. Él, a su vez, se acabaría de vestir. En el bolsillo interior de su americana se encontraba el cofre con la gargantilla de oro que colocaría en el cuello de Sofía una vez que finalizara la cena. La misma gargantilla que había llegado a enseñar a las otras, y que nunca llegó a poner en sus cuellos. Sus fuertes manos, diseñadas para matar con ellas gracias a un estrangulamiento preciso y certero, se adaptaban a las gargantas de las víctimas hasta que estas dejaban de respirar. Así, una y otra vez durante los últimos seis años. Ella sería la séptima.

Tras la pertinente ducha, y una vez peinada y maquillada, Sofía se puso un vestido increíble que resaltaba las curvas de su figura. Calzaba unos tacones a juego y su larga melena estaba

recogida en una fina coleta que dejaba todo su cuello al aire. Él descorchó una botella de un buen albariño y le ofreció una copa con la mejor de sus sonrisas.

—Estás preciosa — alegaba mientras la miraba atónito y cargado de dudas.

Sentía algo por ella que no había sentido jamás por una persona y se estaba empezando a agobiar, a pesar de que disimulaba a la perfección.

Un camarero rompió el momento romántico que estaban viviendo, llamando suavemente a la puerta. La cena estaba lista, era un menú compuesto por una mariscada para dos personas con productos frescos de la zona. Mientras atendía al camarero y le daba una generosa propina, intentaba evadir la incertidumbre que acechaba su mente. Tenía que hacerlo, no había vuelta atrás. Él no había nacido para ser feliz, porque estaba marcado por la mirada de aquella niña que se dirigía a su vehículo con la intención inmolarse y, con la explosión, llevar a cabo el atentado previsto.

Al cerrar la puerta, allí estaba ella, de pie, muy cerca de él y mirándolo como solo ella sabía. Con esos ojos de color azabache que destilaban un brillo arrebatador. Era una mujer preciosa. Desde que se conocieron, vivía por y para hacerlo feliz. Jamás le preguntó nada y se conformaba con lo que su hombre le quería contar. Intuía que algo de su pasado vivía dentro de él, pero siempre fue muy discreta. Estaba demasiado a gusto y feliz como para forzar algo que el tiempo se encargaría de mostrarle.

Agarró suavemente su mano y, con ternura, la acompañó hasta la mesa, ofreciéndole una de las sillas para que tomase asiento. La velada era idílica, había cuidado con mimo cada detalle. Una cena en una habitación privada, presidida por un gran ventanal que miraba al océano, una mesa con la distribución de utensilios perfecta, propia de esas que salen en las galas de cualquier palacio, con velas aromáticas, un buen vino y una buena charla, en la que planeaban el futuro más cercano. Brindaron, rieron y se miraron como lo que eran, dos enamorados.

Acabada la cena, y tras limpiarse las manos con la toallita de limón, se incorporó mientras llevaba la mano al interior de su chaqueta:

—Tengo un regalo para ti, Sofía — sentenciaba mientras una lágrima se deslizaba por uno de sus ojos y abría el cofre con la joya.

La joven, impactada y asombrada por el regalo, cerró los ojos y, levantándose la coleta, se dejó colocar la gargantilla.

Nota del autor:

Un ramo con quince rosas es un breve homenaje, dedicado con mucho cariño, a todos mis compañeros que han estado de misión en países donde la vida carece de valor y que, al regresar, se han encontrado con un mundo totalmente distinto al vivido. Un mundo que no se paralizó tras su partida y al que cuesta volver a adaptarse. En mi perfil de Instagram @carlos_vega_briz podrás seguir la evolución de mis relatos y novelas.

© Carlos Javier Vega



RELATO N°5

Escrito por: Carme Prats

—¿Puedo mirar tus manos?

Cristina se sobresaltó.

Se olvidaba del mundo cuando se centraba en alguna de sus creaciones florales, y no había oído que se acercara nadie. Era cierto que su floristería siempre tenía la puerta abierta y que era confiada por naturaleza, pero aquel desconocido se había colado con sigilo y le había dado un pequeño susto.

Aunque tenía que reconocer que, después de la sorpresa, se había quedado boquiabierto contemplándolo. No tenía nada que objetar a que personas como él entraran en su local siempre que quisieran.

Él tenía toda su atención concentrada en sus manos; a ella no la había mirado ni una sola vez. A pesar de que se le veía muy poco preocupado por su aspecto, con aquel pelo despeinado y aquellos pantalones cargo, también era demasiado atractivo para su tranquilidad.

En aquel instante tenía los ojos cerrados y había empezado a mover la cabeza, como si estuviera contando o cantando o...

—¿Tienes papel?

—Eh...

—Da igual.

Sacó un boli del bolsillo del pantalón y empezó a escribirse en el antebrazo. Después cerró los ojos, movió la cabeza y volvió a escribir. Y así una y otra vez.

—¿Puedo tocarlas? —dijo con adoración como si estuviera ante un tesoro, sin darse cuenta de lo inapropiada que era esa pregunta.

Cristina estaba acostumbrada a ver cosas raras en su floristería, pero aquello lo superaba con creces. No tenía miedo, no creía que fuera peligroso. Es más, él seguía a lo suyo, sin fijarse en ella. Solo parecía obsesionado con sus manos. Las mismas que ella odiaba porque le parecían toscas, ásperas, nada refinadas o bonitas.

Sin embargo, él no parecía de la misma opinión; se las acarició con reverencia, aún sin haber recibido permiso para ello.

Ella percibió aquel contacto en la punta de sus dedos. Y una chispa de algo que no supo definir los golpeó de repente.

Fue entonces cuando él levantó la mirada y la posó en sus ojos.

—Pero, ¡qué demonios! —exclamó aturdido mientras daba un paso atrás sin dejar de

observarla.

Un segundo. Dos. Tres. El infinito en un instante.

Cristina no sabía dónde meterse, qué hacer.

Él cerró los ojos —otra vez—, y agarró el boli con fuerza. Se examinó impotente el brazo lleno de garabatos, sin un trocito de piel donde escribir; se levantó la camiseta, desesperado para seguir anotando lo que fuera, cuando Cristina le tendió algunas tarjetas para que tuviera un poco de papel, sin decir palabra, un poco turbada por la situación tan extraña que se estaba produciendo entre ellos.

Él las cogió, volvió a observar las manos de Cristina y se fue corriendo sin decir adiós ni gracias ni un «encantado de haberte conocido».

Se llevaba el premio de persona rara.

Cristina necesitó unos segundos para calmarse. Tan solo habían pasado unos minutos desde que aquel desconocido había entrado en su local, pero parecía que había transcurrido una eternidad. Sacudió la cabeza para despejarse, respiró el aroma de las flores, y volvió a trabajar en el ramo que le habían encargado.

Él cerró de un portazo la puerta de su estudio y se sentó delante de los teclados. Necesitaba volcar lo que le martilleaba en la cabeza para que no se le diluyera antes de poder plasmarlo en una partitura. Llevaba tarareando la tonada desde que había salido escopeteado de allí.

La música ordenó las palabras que tenía emborronadas en su antebrazo. El caos de frases y de ideas que había escrito a lo loco necesitaba mucho trabajo aún. Pero al menos ya tenía algo después de meses sin componer nada que valiera la pena.

Cuando acabó con los teclados, cogió la guitarra. Le encantaba la sensación de abrazarse a su música, el contacto tan íntimo que establecía con la vibración del instrumento y su resonancia, y el olor metálico de las cuerdas que se mezclaba con el olor a madera de la caja.

Al cabo de horas, estiró la espalda y las piernas. Aquella musa de las flores había arrancado música a su corazón y había conseguido que volviera a latir de inspiración.

Y como las polillas a la luz, no pudo evitar desear correr a su encuentro. Se sentía atraído por ella como hacía tiempo que no le pasaba con nadie más. Se prometió que volvería a verla, aunque le daba miedo que ella pensara que estaba un poco chalado... porque razón no le faltaría. Necesitaba un motivo que justificara sus visitas, ya que tenía la intención de que fueran unas cuantas. Y teniendo en cuenta que ella vendía flores, no había nada más inocente que presentarse allí para comprárselas.

Tenía que reconocer que era la excusa perfecta.

—Te debo una disculpa. Me llamo Víctor, por cierto.

Cristina volvió a sobresaltarse, o quizás solo era que reconoció aquella voz y le hizo demasiada ilusión.

—¿Por qué?

—Me comporté como un lunático. No sé cómo no te asustaste.

—Confieso que un poco, sí. Pero no me pareciste peligroso.

—Te aseguro que no lo soy. Un poco despistado, y muchas veces con la cabeza lejos de donde está el resto de mi cuerpo... pero nada preocupante. —Sonrió.

—¿Tienes por costumbre agarrar las manos de la gente?

—Ah... eso. Bueno —se encogió de hombros—, es que soy músico, y compongo canciones.

—No entiendo qué tiene que ver eso con mis manos.

—Me inspiraron.

Cristina se quedó en blanco. No lograba adivinar a qué venía todo aquello.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿A qué te refieres?

Cristina se las enseñó.

—¿La canción va sobre la lástima?

—¿Perdona?

—A ver —se pellizcó el puente de la nariz—, no les veo yo mucha gracia, la verdad. Están agrietadas, castigadas... no entiendo que puedan servir para una canción.

Él la contempló fijamente, con el ceño fruncido como si no lo estuviera comprendiendo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó de repente—. Estas manos son fuertes, seguras, construyen arte, regalan felicidad. ¿Qué tienen de malo?

Cristina tragó el nudo de emoción que le había atascado la garganta. ¿Existía alguien en el mundo que pudiera verlas como algo bello? Jamás lo hubiera imaginado.

Víctor estaba anonadado. Para él era evidente que eran maravillosas; tanto que le habían inspirado una canción.

Cristina pensó que jamás iba a vérselas de la misma manera, que aquel casi desconocido le había regalado un piropo precioso.

—Gracias —consiguió balbucear.

Y se instaló una rutina entre ellos. Él acudía todos los lunes, los miércoles y los viernes. Siempre media hora antes de cerrar.

Había aprendido a percibirlo antes de que la saludara. Olía a madera joven, a lluvia, a cuerdas de guitarra. A deseo, a sueños incumplidos, a esperanza.

Cada vez que lo veía traspasar el umbral, Cristina no podía evitar que se le erizara el corazón, que una sonrisa asomara a su boca sin su permiso y que su sentido común le diera un bofetón.

«Seguro que tiene a alguien. O no le interesa estar con nadie de forma exclusiva. En cualquier caso, está fuera de tu alcance», se decía. Nadie con aquel aspecto podía estar solo a menos que quisiera.

Además, estaba el asunto de las flores. ¿Para quién serían las que compraba? No podían ser para otra persona que no fuera su pareja.

Sentía un poco de envidia de las personas que recibían flores como regalo. Como ella era

florista, nadie creía que le pudieran hacer ilusión. Pues se equivocaban. Y mucho. Le bastaría con una sola rosa roja para derretirse de agradecimiento, pero lo cierto es que adoraba los ramos de rosas. Su perfume era exquisito, delicado y contundente a la vez, y maduraba a medida que pasaban los días después de que las flores hubieran sido cortadas del rosal.

—Hola, Cristina —susurró con una voz ronca y grave.

—Hola, Víctor.

—Hoy quiero un ramo azul.

—¿De hortensias?

Víctor la contempló con intensidad. Como si en la pregunta de ella pudiera encontrar la respuesta de él. Necesitaba saber cuál era su flor preferida, pero no le quería preguntar directamente. Y cada día que iba, le compraba una flor distinta con la esperanza de que, si acertaba, ella le diría que esa era su flor favorita. Pero aún no había tenido suerte.

—Vale —murmuró cabizbajo.

—Puedo hacerlo con otras flores, si lo prefieres.

—No. Las hortensias están bien.

Cristina trabajaba los ramos con suavidad, concentrada en esponjar la belleza de las flores, y Víctor aprovechaba para observarla cuando ella estaba ocupada. Desde aquel primer día que había entrado allí, sin más objetivo que embeberse de aquellas manos, había descubierto que era preciosa, por dentro y por fuera. Cada persona que aparecía en su local la trataba con cariño, y ella siempre respondía con dulces sonrisas.

Cristina no podía hablar con él mientras la estuviera mirando. Se perdía en sus ojos y le hacía parecer una tonta que babeaba por un hombre guapo. Aunque Víctor era mucho más. Había descubierto que era amable, risueño, atento y, lo más importante, le provocaba sensaciones burbujeantes de complicidad, confianza e ilusión. También le ponían un nudo en el estómago cada vez que se daba cuenta de que nada de aquello pasaría de los límites de lo platónico.

—¡Contéstame, papá! —gritó una voz infantil.

Ambos pegaron un respingo de tan concentrados como estaban en sus propios pensamientos.

El móvil de Víctor tenía aquella odiosa frase como llamada. Él puso los ojos en blanco, más resignado que enfadado.

—Lo siento, tengo que contestar.

Cristina asintió con la cabeza. No podía articular palabra. ¿Tenía una hija? Entonces no había duda. Aquellas flores que le compraba con regularidad eran para su mujer. Qué tonta había sido al hacerse ilusiones. Temblaba por la decepción. Si ya lo decían, que a los buenos los pillaban rápido. Se secó una lágrima traicionera. Odiaba que sus emociones se le desbordaran por los ojos. Era muy molesto no controlar sus sentimientos de aquella manera. Tampoco había para tanto, que hacía muy poco que se conocían. Pero... le había dolido. Y mucho.

Después de la decepción con Víctor estaba tan decaída que quiso darse una alegría haciendo algo bonito por otra persona. A pesar de que a ella no le hiciera demasiada ilusión. Su timidez y su miedo al ridículo habían ido demorando el momento, pero, si no lo hacía ya, quizás más adelante se arrepentiría. De eso no le cabía ninguna duda. El tiempo corría en su contra.

Una vez tomada la decisión, no había querido esperarse más para llevar aquella locura a cabo. Respiró con suavidad para tranquilizarse, su corazón acelerado le demandaba demasiado oxígeno e iba a acabar hiperventilando. Abrió el armario de su dormitorio y sacó un vestido de novia.

Era hora de ponérselo.

En aquel instante de miedo escénico, llamaron al timbre de su puerta.

—¡Noemí! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Cristina —saludó mientras se le echaba al cuello para abrazarla con efusión—. Te presento a mi hermana Laura. Me dijiste que hoy era el gran día, ¿te acuerdas? Pues hemos venido a ponerte preciosa. Porque a mí esto del maquillaje y arreglar pelos —se señaló su rostro sin ápice de pintura y su melena rizada— no me va nada. Aquí la especialista en dejarte estupenda se lo va a pasar genial contigo. También va a ser un día especial para ti de principio a fin.

—Si no hace falta... con que me ponga el vestido es más que suficiente.

—No te preocupes —le dijo Laura con suavidad—. No te voy a dejar pintada como una puerta. Vas a seguir siendo tú misma, pero vas a resplandecer. Y, si nos lo permites, te acompañaremos para haceros las fotos.

Cristina estaba un poco alterada. Había pretendido hacer aquello con discreción, como lo hacía todo en la vida. Pero la sonrisa de las dos hermanas, que habían ido hasta su casa por ella, la hizo reaccionar de una vez.

—Hoy va a ser un día maravilloso y feliz. Vamos a empezar a disfrutarlo —anunció con decisión y una alegría que hasta entonces no había sentido.

Laura se emocionó en cuanto vio el magnífico vestido de gasa de color marfil.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una amiga que anuló su boda. Me lo dejó en casa porque no quería verlo, y no estaba segura de qué hacer con él, si quemarlo o venderlo o qué sé yo. Se lo guardo hasta que lo decida. Le he pedido permiso para ponérmelo y le ha hecho ilusión. Dice que quizás el vestido estaba destinado a mí.

—No le veo un uso mejor que el que le vas a dar —susurró Noemí.

Entre risas, brindis con zumo de frutas y anécdotas de bodas, Laura acabó de arreglar a Cristina. La contempló ya maquillada, peinada y vestida. Estaba más que bella; estaba resplandeciente de felicidad.

—Gracias, yo... no sé qué decir. Sin vosotras no hubiera sido lo mismo —susurró emocionada al mismo tiempo que las abrazaba.

Cuando bajó a la calle, se encontraron con unos cuantos vecinos del barrio que esperaban para ver pasar a Cristina con su precioso vestido.

—Esto ha sido cosa tuya, Noemí —la acusó muerta de vergüenza.

—Pues, claro, ¿qué te pensabas? Un día así no puede pasar desapercibido.

—Es que yo quiero pasar desapercibida. Siempre —rezongó.

—Imposible cuando vas vestida de novia.

—Mi hermana siempre la está liando. Es que tela con ella —suspiró Laura.

—¿Verdad que está guapa? —gritó Noemí sin hacerles el menor caso.

Los vecinos aplaudieron.

—Tierra trágame —murmuró Cristina—. Vámonos que no vamos a llegar.

Cogieron un taxi para no llamar la atención.

—Hemos llegado —susurró más inquieta de lo que debería.

Entró en aquella habitación aséptica del hospital, cogida de la mano de Noemí, que le daba fuerzas para que su sonrisa no temblara en su cara. No iba a llorar. Iba a ser fuerte.

—Hola, yaya —saludó con voz estrangulada.

—¡Cariño! Pero qué sorpresa tan grande... Estás guapísima.

Cristina tragó el nudo de emoción que tenía atorado en la garganta. A su abuela se la veía tan desvalida, y los médicos no sabían... No. No quería acabar aquel pensamiento negro.

—Como te hacía tanta ilusión verme de novia, pues he pensado en vestirme así —dijo con una sonrisa valiente—. Porque con vestido, aún, pero con novio, ya te digo que al paso que voy —Víctor apareció sin permiso en su cabeza— va a ser imposible. Y tenía que hacerlo antes de que pasen más años y me vea más ridícula —«o tú ya no estés», dijo para sí.

—Ay, Cristina —suspiró con ternura y adivinando lo que estaba pensando—. Que aún me queda mucho. No llores, que hoy es un día importante: mi nieta se ha puesto un vestido de novia por mí.

—Yaya... —murmuró en un abrazo

—Venga —la animó enjugándole una lágrima—, que esos ojos rojos no conjuntan con este vestido.

—Vale. Ya está. Sin lágrimas.

Noemí y Laura rompieron el momento emotivo con muchas fotos. Y al final consiguieron reírse y pasarlo bien. Yaya y nieta disfrutaron de unas horas de felicidad.

Cuando salieron del hospital riendo, emocionadas y con la promesa de volver a quedar las tres, Cristina frenó en seco al ver a Víctor al lado de una niña que no tendría más de ocho años.

Víctor no se podía creer que aquella preciosidad vestida de novia fuera Cristina.

—¿Te has casado? —preguntó incrédulo.

—Sí —respondió airada, pensando en lo tonta que había sido al ilusionarse con él—. Bueno, no —rectificó con timidez.

—¿Sí o no?

—Papá...

—Que no me llames «papá», pesada. Y ahora, no.

—Qué poca vergüenza tienes. Reñir a tu propia hija porque te llama «papá».

—¿Qué? No, no es eso...

—No tienes que darme explicaciones. Y ahora tenemos prisa.

Y se fue dejándolo con la palabra en la boca. Demasiado nerviosa para poder pensar con claridad.

Víctor no entendía qué había pasado. Tampoco le había quedado claro si Cristina estaba

casada o no. Ni por qué parecía enfadada. Pero aquel no era un buen momento, no. Él no quería testigos de la conversación que quería tener con ella.

El 14 de febrero iba a ir a su encuentro para hablar con ella.

Con cientos de rosas a su alrededor, Cristina parecía una reina en un jardín de flores. San Valentín era uno de los días más bonitos del año.

Ese miércoles, Víctor entró en la floristería, con el pelo más alborotado que nunca y con preguntas en su mirada. Cristina sintió un pellizco en el corazón. No había sido amable con él a la salida del hospital, pero le pilló tan de improviso que no supo qué hacer. Y ahora lo tenía delante, más guapo que nunca, y también más inalcanzable.

—No puedo hablar ahora. Estoy liadísima.

—Yo, es que quería... un ramo de rosas —se le ocurrió decir.

Una chispa de algo indefinido iluminó los ojos de Cristina para luego apagarse de repente. Fue un instante tan fugaz que Víctor hubiera creído que se lo había imaginado si no fuera porque no había dejado de observarla. «¿Serían las rosas sus flores favoritas?»

—¿Cuántas?

—No sé. ¿Qué me aconsejas?

—Una docena es lo habitual.

—Pues, entonces, catorce. Quiero que este ramo sea especial, no «habitual». Hazlo tal y como te gustaría si fuera para ti. Tengo que hacer una pregunta importante cuando lo entregue y necesito que la respuesta sea «sí».

Cristina se tragó las lágrimas. Ante todo, era una profesional y le elaboraría el mejor ramo de rosas que jamás había creado; aunque ella no las disfrutara ni nadie le regalara jamás flores porque trabajaba a diario con ellas ni aunque le doliera el corazón por hacer un ramo que Víctor le iba a regalar a otra mujer.

En cuanto acabó de hacerlo, se lo tendió. Cristina lo miró ya con añoranza cuando él se despidió de ella y se fue. En aquel ramo había volcado todo su amor. Qué pena que fuera para otra.

Sin embargo, apenas unos segundos después, Víctor volvió a entrar. Con la sonrisa más dulce que le había visto jamás.

—Toma —le dijo mientras le tendía el ramo.

—¿Hay algún problema? —se extrañó Cristina mientras lo examinaba buscando fallos.

—Ninguno. Te lo regalo para San Valentín.

Cristina se quedó congelada, sin saber reaccionar ni qué decir.

—No creo que a tu mujer le haga mucha ilusión que me regales rosas —espetó.

—No sé de dónde sacas que tengo mujer. Estoy soltero, vivo solo.

—Ya... —dudó—. ¿Y tu hija?

—Hermana. Mi padre se volvió a casar y tuvo una hija. Mi hermana es de lo más irritante. Siempre me llama «papá». A mi padre le llama «abuelito». Graciosa que es la niña —explicó con una carcajada—. Es un diablillo. Le encanta hacernos rabiar.

Cristina no podía procesar todo aquello.

—¿Y los ramos que me has ido comprando? —balbuceó.

—Pues me los he quedado yo. Me gusta admirar lo que haces con esas manos que me inspiraron. Simplemente eran una excusa para venir a verte.

—Ah...

—El día que te vi de novia no te habías casado, ¿verdad? Es que no parecía que fuera el día de tu boda.

—No, no. Simplemente fui a ver a mi yaya. Una historia un poco larga.

—Perfecto, entonces; ya me la contarás que promete. Pero ahora la pregunta...

—Ay, Dios mío...

—¿Quieres salir conmigo y tener una primera cita en San Valentín?

Cristina fue tomando consciencia de la situación. Víctor no tenía pareja, tampoco tenía una hija. Se había sentido atraído por ella, como ella por él. Por primera vez, un hombre le había regalado flores, y además eran sus preferidas. Le pedía una cita. ¿Qué respuesta iba a dar?

—¿Una cita-cita? ¿Con todo lo que eso implica? —quiso asegurarse Cristina.

—Sí, claro.

—¿Puedo empezar por el final?

—¿Qué quieres decir?

Y Cristina se lanzó a sus labios sin poderse esperar. Víctor la estrechó contra su pecho, cogiéndola por la cintura. Mientras sus bocas se descubrían y respiraban el aliento del otro. Hasta que un carraspeo los sacó de su nube de felicidad particular y les obligó a separarse.

Antes de abandonar la floristería, Víctor se giró y la miró con intensidad.

—Esta noche más —prometió.

Nota de la autora:

Hoy la luna y mañana el sol es una historia romántica sobre un personaje secundario de mi novela El jardín de los silencios, y, al igual que hice con sus capítulos, este relato lleva por título un pedacito de una canción de los 80.

Esta breve narración —me ha costado la vida hacerla tan corta—, se la dedico a Fernando, que me enamora cada día, y a Cristina, de Petit Jardí, que ha repartido sonrisas a todo aquel que iba a su floristería.

Gracias a Eli, Laura, Neus y Noemí por sus consejos; a las chicas del chat «Ruta literaria» por su apoyo, y a ti, lector, por dedicarme tu tiempo.

Me puedes encontrar en mi perfil de Instagram @carme_prats.

© Carme Prats



La joya



RELATO N°6

Escrito por: Carolina McLeod

COILIN

Desde que mi compañía está detrás del emblemático edificio de Arren Callahan, no he parado de recibir mensajes de abogados oportunistas y ávidos de una buena tajada de dinero. Sé que no somos amados en ninguna parte de Dublín o quizá podría aventurarme a decir que en toda Irlanda. Nadie ve con buenos ojos el hecho de echar a la gente a la calle.

Hoy me he levantado más temprano de lo habitual, tengo que prepararme para la reunión con la abogada que amenaza la compra. Maldigo, tengo unas ojeras del demonio que parecen resaltar más el verde de mis ojos, como si se confundieran con ellos. En un intento de no parecer un mendigo, peino mi dorado cabello con ese gel que, más que adecentarlo, lo deja tieso como espinas. Busco en el armario mi interminable colección de camisas blancas, el único color que uso, y lo completo con mi traje favorito, un Armani edición limitada.

EN LA PARTE OPUESTA DE LA CIUDAD... HORAS DESPUÉS.

LAURA

—¿Estás segura de que no nos echarán como a perros? Esa gente es implacable.

Observo a Craig, mi secretario. Puede que por fuera parezca un gigante amenazador, no obstante es el hombre más amable y miedoso que conozco. No es consciente de cuánto me afecta esta visita, si no fuera la herencia de mi hijo, ya hubiera claudicado hace meses. Desde que me enteré de quién está detrás del edificio, no veo la hora de plantarme frente a ese desgraciado de Coilin O'Neill. El recuerdo de la universidad está más presente que nunca.

—No pienso dejarme amedrentar por su fama. Despiadados o no, no voy a rendirme. Además, te olvidas que es la herencia de Rónán.

—Eso espero, además quiero llegar temprano a la joyería. San Valentín se acerca y necesito comprar un regalo.

Asiento, me había olvidado por completo de esa fecha. Un día de mierda para las solteronas como yo. Porque te aseguro que no pienso casarme nunca. No podría, sigo patéticamente enamorada de Coilin O'Neill. Sí, lo sé, después de siete años estoy hasta las trancas por él a pesar de que tendría que odiarlo. Estoy jodida. Sé que en cuanto lo vea, los recuerdos de aquella noche van a caerme como las fichas de un dominó. Dudo que me recuerde, además he cambiado mucho.

Todos los que me rodean elogian mi aspecto. Mi exótico rostro destaca lo mismo que el negro de mi cabello que, en contraste con el azul de mis ojos, algunos me comparan con Uzza, la

diosa del amor para los moros. Destacar me ha hecho abrirme camino gracias a esa mezcla entre mi descendencia árabe y de mi padre irlandés.

Me entretengo al pensar que en poco menos de una hora, el joven que me había llamado su joya, de seguro quedará pasmado. La inocente Laura Callahan de la universidad ha desaparecido, Coilin O'Neill ya no me hará daño. Ahora soy una exitosa mujer y por lo que dicen por allí, intrépida y avasallante.

Tomo las llaves de mi coche y salgo por la puerta de mi despacho, echa una tromba. Nada mejor que aparentar seguridad.

OFICINA DE CARRAIG O'NEILL TRES HORAS ANTES.

COILIN

Por poco y me desmayo, aún no puedo creer que después de siete años la vaya a tener frente a mí. Me sudan las manos y todo mi cuerpo reacciona a la imagen que devuelve el informe que me ha entregado mi secretaria. Es ella. Miro el reloj de mi móvil por enésima vez, como si no lo hubiera chequeado hace menos de treinta segundos. La excitación por verla me está consumiendo, lo mismo que la noche que escapó de mí para no volverla a ver.

Mi socio Brian entra al despacho, hecho una fiera e interrumpe mis recuerdos.

—Maldito San Valentín, he recorrido toda la ciudad —Brian se desploma en su asiento al mismo tiempo que coloca un perfecto estuche sobre el escritorio. No necesito abrirlo para saber el contenido.

—Dime que no le has comprado un anillo —Mi amigo me mira y no necesito de su afirmación —¿Es que no te he enseñado nada? —añado cabreado.

—Deberías intentarlo.

—El romance está sobrevalorado... —Escupo con furia al recordar como Laura Callahan me dejó con el corazón estrujado aquella noche.

Aún no comprendo, ni siquiera intento darle una explicación. Solo sé que la muy inocente cayó en la trampa de esa arpía de Lisa Donnell y nunca pude explicarme. Puede que acercarme a ella, haya comenzado por una apuesta, pero me enamoré como un tonto. Si tan solo... Sacudo mi cabeza, negando, comprendiendo que nada puedo hacer.

Si cierro los ojos, todavía puedo verla, tan dulce e inocente, tan ávida de vida, tan enamorada del imbécil yo que era. No obstante, aquella noche en la que se entregó en cuerpo y alma, fue la mejor noche de toda mi vida. No me interesaban sus voluminosas curvas o su piel aceitunada, ni siquiera que usara brackets, su sonrisa era lo mejor de cada minuto que pasé junto a ella. Iluminaba la oscuridad que caía sobre el primogénito del imperio O'Neill. Nunca supe que le dijo Lisa, solo que cuando abrí los ojos, mi joya árabe, mi diosa había desaparecido y con ella la única luz que nunca más pude volver a recuperar.

EL ENCUENTRO.

LAURA

Imbécil, me mira y es como si fuera arrollada por un tren una y otra vez. Sabía que pasaría, no entiendo cómo creí que podría con esos ojos verdes. Su socio, dice una chorrada de palabras que no logro comprender. Estoy aturdida, perdida, abrumada por lo guapo que está. Mucho más

de lo que lo recordaba. Ni siquiera las fotos de sus redes sociales le hacen justicia, es un dios, mi dios. Me obligo a recomponerme. No estoy aquí para deleitarme la vista. Hasta Craig me mira anonadado por mi falta de verborragia. Pero no puedo dejar de mirarlo. Al demonio, ese hombre fue y será mi perdición. Con disimulo miro su mano izquierda, no hay anillo, al menos no está casado.

¿Y a ti qué te importa? No debes olvidar que Rónán, tu hijo, es la razón por la que estás aquí, frente a un padre que desconoce de su existencia. Ya me las apañé hasta aquí sola y no pienso exponerlo a un Don Juan, amante de la juerga. Porque las redes sociales no mienten y el adonis frente a mí vive de fiesta en fiesta.

Parece como si mi lengua estuviera adormecida. Por fortuna, Craig está demasiado apresurado por sus compras e interviene a mi favor.

—Nuestro cliente es un pequeño de siete años, heredero del señor Callahan, no puedo creer que están metiéndose con un niño. La respuesta sigue siendo no —escupe mi secretario sin saber que con aquella frase acaba de enterrarme viva. Quiero morir. Por la cara que pone Coilin puedo imaginar que está pensando.

—Muy bien, los veremos en la corte, entonces —escupe su socio.

COILIN

No puedo evitar tensarme al ver esa última mirada que me dedica. ¿Odio? ¿Rencor? ¿Amor? No importa cuál, estoy hecho un completo idiota. Dios, aún estoy temblando. Está arrebatadora, no es que sus kilos de sobra no me gustaran. No sé qué ha hecho, no me interesa, solo, que se ha convertido en la mujer más maravillosa que alguna vez ha pisado esta bendita tierra irlandesa. Lo que no me esperaba era que tuviera un hijo, si mal no recuerdo no tiene hermanos. La muy desgraciada no perdió el tiempo después de que me abandonó. Mi instinto me obliga a ir tras ella, al diablo si tiene un pequeño o está casada, solo sé que si no la detengo en este instante no me lo perdonaré nunca. Ya la perdí una vez y aun a sabiendas de que me mandará al demonio, tengo que hacerlo.

Maldigo cuando por fin alcanzo la acera, se la ha tragado la tierra. “Mañana” me digo a mí mismo, pienso hacer una visita a su oficina.

—Buenos días, Brian, he venido a ver a la señora Callahan —El gigante me mira con extrañeza.

—Lo siento. La señorita Callahan se encuentra en el juzgado, le sugiero que llame antes para concertar una cita.

¿Señorita? Entonces... Algo dentro de mí se enciende. Ahora más que nunca necesito verla. Sin embargo, su secretario no me dejará pasar, estoy seguro de que soy persona no grata, y es por eso que me ha mentido, la muy desgraciada está en su oficina, lo sé.

Justo cuando estoy a punto de replicar, la mentira se desmorona como un castillo de naipes cuando la morena de mis sueños abre la puerta de su despacho.

—Parece que tu jefa se ha teletransportado —Ironizo al mismo tiempo que disfruto al ver la cara de mi abogada preferida. Esos ojos azules están a punto de desatar la tormenta.

LAURA

Lo sabía, debería haber cerrado la oficina o al menos no haber venido a trabajar. Quiero suicidarme. Lo peor es que hoy está más guapo que ayer y yo no pegué un ojo en toda la noche pensando en él, por lo que la bruja de Blancanieves me supera en belleza al menos diez veces. Mierda. Como me gustaría borrarle esa sonrisa casquivana. No tengo opción, le hago una seña para que pase a mi despacho. Mis malditas piernas no me funcionan, tiemblan como si hubiera corrido una maratón.

—¿Qué quieres? —pregunto en un intento de sonar entera cuando por dentro me esté desarmando. Las malditas feromonas parecen haber enloquecido. Mis bragas son testigo.

—¿No piensas saludarme?

—No tengo tiempo para chorradas.

—He venido a proponerte que pases una semana conmigo, si para San Valentín no consigo convencerte, desistiré con la venta.

—¿Qué te hace pensar que aceptaré? —Sonríe y juro que lo odio.

—Digamos que, si no aceptas, perderás el edificio —El muy desgraciado me entrega una carpeta del ayuntamiento. La palabra apercibimiento resalta como una luz de neón. Sabe que me tiene acorralada. Disfruta. No tengo opción. Rónán es lo único que importa.

—Lo haré, pero no pienses por un instante que vas a convencerme de vender.

COILIN

Ha pasado cinco días y a pesar de que ya no me mira con odio, hay una barrera entre nosotros. Al menos hoy he podido tomarla de la mano y la he hecho sonreír. Juro que con cada encuentro ambos ardimos de deseo, es inevitable. Sé que ella siente lo mismo. Me acerco a ella, puedo oler su perfume y me vuelve loco. No sé cómo lo hace, pero cada vez que la veo, está aún más arrebatadora. Si no estuviésemos en un restaurante, juro por Dios que arrancaríá toda esa ropa. Tengo que controlarme. No sé cómo lo haré, pero esa mujer tiene que ser mía para siempre. Ha llegado el momento, había evitado hasta ahora el tema, pero necesito romper esa barrera que ha puesto entre nosotros. Quiero contarle toda la verdad.

—Creo que nos debemos una explicación de porque desapareciste de mi vida aquella noche —Me observa desconcertada—. No puede ser que te hayas olvidado. —Ironizo.

—Ah, eso. Un encuentro sin importancia...

Mentirosa, puede que sea una abogada despiadada; sin embargo, miente muy mal, su labio inferior tiembla. Rozo su mano y siento el escalofrío. Dios, esa piel es como un fuego que me consume.

—No obstante, para mí no lo fue —bufa, sé que no me cree y aleja su mano. Siento el frío—. Debería estar furioso, no solo me abandonaste, sino que no perdiste el tiempo acostándose con otro y hasta has tenido un hijo —maldigo. Nada está saliendo como pensaba y mucho menos entiendo por qué demonios se me ocurrió decir eso. Solo que imaginarla con otro...

—Deja de mentir, sé lo de la apuesta. Lisa me lo contó todo. Y sí, me acosté con medio Dublín después de ti, por lo que no tengo idea de quién es el padre.

Lo sabía, aun así, me duele pensar que por mi estupidez no solo la perdí, sino que otros disfrutaron de la dulce Laura. Yo soy el culpable de lo que sucedió. Tengo que remediarlo, no

puedo alejarla, no ahora que sé que tengo una oportunidad.

De pronto su móvil suena, la llamada la turba, sus ojos no mienten.

—Tengo que volver a casa.

—Te llevaré.

—No —grita. Sé que algo no está bien, no pienso dejarla en ese estado.

LAURA

No puedo creer que, justamente esta noche, Rónán se encuentre enfermo. La niñera me ha llamado histérica diciendo que tiene fiebre. No puedo evitar pensar en lo que Coilin me ha dicho, ni tampoco puedo creer que sea verdad. Lo deseo, soy débil, no creo poder soportar más tiempo estar junto a él y no querer besarlo hasta quedarnos sin aliento. Lo peor es que me está llevando a casa, pero no lo dejaré entrar, demasiado riesgo. Al llegar me recibe la niñera desesperada, Rónán está desmayado en el sofá. Mi cuerpo es como gelatina, por fortuna, los fuertes brazos de Coilin me sostienen, una lucha interna se debate en mí, si no lo detengo ahora sé que lo reconocerá, mi hijo es un mini Coilin. Al diablo ya me las apañaré, Rónán es lo más importante ahora.

—Llévame al hospital —Le ruego al ver a mi pequeño. No necesito la confirmación del médico, la canguro debe haberle dejado comer nueces. Está tieso. Cuando Coilin lo toma en sus brazos, parece como si el tiempo se detiene, lo observa y sé lo que está pensando. “Dios, no puede estar sucediendo esto”.

Durante el trayecto ninguno de los dos dice nada, sé que lo ha reconocido. De soslayo puedo ver lo tenso que está, furioso, acelera como si no hubiera un mañana. Aun así, los minutos se hacen horas hasta que por fin llegamos al hospital.

—Es alérgico a las nueces —grito al mismo tiempo que me desmorono al ver como es ingresado a emergencias. La enfermera me detiene evitando que la siga.

Puedo sentir a Coilin detrás de mí; sin embargo, parece que estar a kilómetros de distancia. Todo lo sucedido durante estos días, la ilusión de imaginar que el Coilin del que me enamoré existe en realidad, se ha ido al demonio. Ni siquiera sé por qué le contesté de aquella manera durante la cena, solo que cuando habló de aquella noche, los recuerdos de Lisa y sus burlas volvieron a atormentarme. Soy una estúpida. Si hasta había decidido contarle lo de Rónán. Lo que nunca me imaginé es que fuera de esta manera. Debe odiarme, al menos yo lo haría.

Después de dos eternas horas, el médico me informa que mi hijo está fuera de peligro. Me giro para abrazar a Coilin, pero ha desaparecido. No sé qué esperaba, solo que había imaginado que... Todo se ha vuelto frío, el mismo que sentí hace siete años.

COILIN

No puedo creer que me haya ocultado que tenemos un hijo. Un hijo del que me he perdido sus primeros pasos, sus primeras palabras. No sé qué estoy haciendo fuera del hospital, solo sé que no me atrevo a entrar. Por fortuna uno de los médicos que trabajan allí me debe unos favores y me informa del estado de Rónán. Estoy furioso, pero no puedo culparla, fui yo quien jugó con ella. Ambos somos culpables. Víctimas y victimarios. No obstante, me duele. El recuerdo de mi pequeño en brazos, la desesperación al saber quién era, el imaginar que lo perdía, me ha

atormentado todos estos días. Sé que hoy le darán el alta y es por eso que como un acosador me encuentro sentado en mi coche. Juro que los nervios me carcomen. Deseo verlos, deseo verla. ¿Cómo puede ser que esa mujer sea mi principio y mi fin? ¿Cómo puede ser que no puedo odiarla? Al fin y después de lo que me pareció una eternidad los veo salir. Ella le sonríe a nuestro hijo y juro que siento desfallecer. Mi pequeño puede que se parezca a mí, pero tiene sus ojos. Una mezcla perfecta de ambos. Pasan por mi lado y el deseo de acompañarlos es insoportable, si no hubiera jugado con ella, hoy seríamos esa familia que siempre imaginé tener con Laura. Porque ella es la única, siempre lo ha sido. Después de siete años, se siente como ayer. Soy un cobarde, dejo que pasen de mí y no me atrevo a interrumpirlos.

Regreso a la oficina y me encierro en mi despacho. Hace dos días que no aparezco y Brian está furioso. Aún no le he contado de Rónán ni de Laura. Debería hacerlo, es como un hermano. Solo que no sé por donde comenzar. Cuando lo veo entrar con una sonrisa de oreja a oreja me desconcierta.

—Buenas noticias. No sé cómo lo has hecho, pero ha firmado; el edificio Callahan es nuestro.

Tomo el documento y no puedo creer lo que estoy leyendo. La firma de Laura lo confirma.

—Pero ¿cómo?

—Su secretario acaba de traerlo —Me desplomo en mi asiento, sé que es su manera de disculparse, su manera de decir adiós—. ¿Qué te sucede? Deberíamos estar celebrando.

Comienzo a hablar, ya no tengo razones para ocultarlo. Brian me observa en silencio hasta que termino mi historia.

—¿Y qué demonios estás haciendo aquí? Deberías estar con tu mujer y tu hijo.

—Me odia.

—Esa mujer te ama. Después de meses tras ese edificio, ha firmado sin más. No hay peor ciego que quien no quiere ver. Además, hoy es San Valentín, algo tiene que significar.

LAURA

Parece que he retrocedido siete años, me encuentro haciendo las maletas lo mismo que ese día. Ya no podría quedarme en Dublín sabiendo que el hombre al que amo no le interesamos. Estoy segura de que no nos ama, ni siquiera apareció por el hospital para preguntar por nuestro hijo. ¿Qué clase de hombre hace eso? Estoy devastada, Rónán me observa y sé que él también está triste. Mi tía me espera en Riad, no conozco Arabia, por lo que estoy un poco asustada. Unos fuertes golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos, esa voz es inconfundible.

No puedo creerlo. ¿Qué está haciendo aquí? Sé que, si no abro, no se irá; sus gritos se escucharán hasta España; aun así, abro la puerta con desconfianza.

—Feliz San Valentín, mi amor —Sonríe al mismo tiempo que me regala un ramo de rosas rojas. Lo observo desconcertada. “¿Quién es este hombre?” No me da tiempo a responder y se adentra en mi piso.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí?

—Visitando a mi futura esposa en el día de los enamorados.

—Estás loco —respondo nerviosa.

—Por ti, mi adorada joya —No puedo creerlo, aún lo recuerda —. ¿Creías que me había olvidado? ¿Cuándo comprenderás que siempre has sido tú? Puede que hayas sido una apuesta, pero te aseguro que me enamoré de ti y nunca pude olvidarte.

—No juegues conmigo —”Dios, cuanto deseo que sea verdad”.

—Nunca más, todo esto comenzó como un juego, pero ya no. Te amo y siempre te amaré. Si me dejas, te lo demostraré cada minuto de nuestras vidas. Déjame amarte y recuperar todos estos años. Déjame entrar en tu vida y en la de nuestro pequeño.

Juro que ese hombre puede derretir los polos, no sé cómo lo hizo, pero la barrera cayó en ese instante. Ese beso que nunca llegaba se prolongó como aquellos siete largos años de espera. Lágrimas de felicidad y emoción inundaron mis ojos al ver como nuestro pequeño se unió al abrazo, sin saber siquiera que desde ese mismo instante seríamos una familia.

EL FIN.

Nota de la autora:

Gracias por leer este relato que me ha divertido tanto escribir. Espero que te guste tanto como a mí. Puedes encontrar mis libros en Amazon y en Kindle Unlimited ([Mis títulos](#)), allí encontrarás mi trilogía histórica de Highlanders, un thriller romántico y una historia navideña un tanto diferente.

© Carolina McLeod



Catorce de febrero



RELATO N°7

Escrito por: Cristina Villar

El despertador sonaba insistentemente para anunciar la llegada de un nuevo día. Un día que aparecía como tantos otros en los que, lentamente y a regañadientes, descendió de la cama.

Un día donde, como uno más, la ducha y el café le esperaban mientras se afanaba en vestirse a la vez que masticaba una tostada porque ya se le había hecho tarde.

Un día más, donde corría hacia el ascensor mientras saludaba a su vecina que bajaba con sus hijos, a los que dedicó algunas muecas para hacerles reír antes de que emprendieran el camino al colegio.

Un día más, donde debía apresurarse recorriendo sin mirar las calles que separaban su casa del trabajo. Un día más, donde vería de soslayo a la tendera de su barrio abrir su tienda para tener todo preparado antes de que llegaran los primeros clientes, por desgracia, cada vez más escasos.

Un día más, en el que lamentaría no haber podido pararse para charlar con su amigo de la infancia que vivía cerca de él, y al que solo podría saludar con la mano mientras le gritaba un «¡Luego hablamos!», y se perdía entre la multitud que, como él, caminaba hacia el lugar donde iba a pasar el resto del día.

Un día más en el que el sol, tímidamente, intentaba iluminar los rincones del parque en el que el grupo habitual se había congregado para comenzar sus clases de Tai-chi, con sus movimientos suaves y fluidos como la marea, mientras él corría a trompicones para alcanzar el otro extremo.

Un día más de prisas, de estrés, de rápidos intercambios de noticias, de mensajes, de poco, de mucho...

Pero lo que él no sabía, es que el de hoy, no iba a ser un día más, sino un día menos en su vida de rutina.

Hoy iba a encontrarla a ella.

La bruja no conseguía dormir, se revolvía inquieta en la cama, pero el sueño no quería visitarla. Por mucho que se esforzara, las horas pasaban sin que lograra sumergirse en el mundo onírico que tanto anhelaba. Su alma y su mente estaban inquietas, como si algo fuera a suceder. Es cierto que la proximidad del 14 de febrero había hecho que recibiera más consultas de las habituales. Es como si la gente, ante la proximidad de un día que festejaba el amor, necesitara consejos o remedios para males varios, cuyo origen estaba en su sensación acentuada de soledad, causada por la extendida proclamación de la importancia del amor y de tener que regalar algo a la persona amada en ese día en concreto, olvidando así que el amor se cuida todos los días.

También los había que solicitaban una pócima o un remedio de amor para conquistar a la

persona amada, cuando se reducía a algo tan simple como ser uno mismo. Cambiar para agradar no conllevaba nada bueno.

Todos estos sentimientos y deseos encontrados se habían hecho un hueco en su interior y le impedían descansar. Su mente volaba lejos y su cuerpo no se relajaba. Tras dar vueltas y más vueltas y leerse más de la mitad de la novela que gobernaba su mesilla, dio por finalizada la lucha y se levantó para salir a correr por la playa. Esperaba que la vista del amanecer sobre las olas le ayudara a apaciguar su espíritu inquieto.

El día había sido largo, extremadamente tedioso: lágrimas, gritos, risas, esperanzas, ilusiones, ganancias y pérdidas se habían mezclado con el cansancio físico de su cuerpo tras una guardia de veinte horas, y su mente necesitaba desconectar.

Sabía que la pintura le ayudaría a paliar el remolino de sensaciones, sentimientos y emociones que pululaban en su interior, pero, antes de sumergirse en su mundo, quería ver el exterior. El mundo que se desarrollaba tras las paredes del hospital se volvía muchas veces demasiado absorbente tras tantas horas de luchas, y necesitaba conectar con la naturaleza, con el mundo que le rodeaba, para comprobar, una vez más, que, a pesar del empeño de la humanidad por exterminarse, había infinidad de bellas cosas y gente buena de la que disfrutar.

«Catorce de febrero», pensó irónicamente mientras se dirigía al aparcamiento. El día del amor universal celebrando la onomástica de un santo que murió martirizado por sus semejantes. Días en los que la gente hiere, pega o mata a sus seres queridos.”

Pero, automáticamente, se reprendió duramente: «¿Se puede saber que estás haciendo Marcos? Estos días has visto también todo tipo de milagros. Gente que se ha puesto delante de una navaja o de una bala. Personas que se han metido en una pelea ajena para defender otra que estaba siendo atacada. Personas que han esperado por otras a las que no conocían de nada, solo para ver si estaban bien. Incluso niños y jóvenes que han protegido a un compañero más débil. Como siempre, la humanidad es capaz de realizar los actos más hermosos junto con las fechorías más innobles”».

Con estas reflexiones rondando por su cabeza, se montó en su coche: un clásico que cuidaba con esmero para poder escaparse a su volante buscando inspiración, o, como ahora, un momento de paz.

Llegó a la playa cuando todavía era de noche. Sintiendo la arena deslizarse entre los dedos de sus pies, caminó despacio hasta la orilla para levantar los ojos, maravillado. Un manto de estrellas cubría la fría noche, haciendo que se sorprendiera una vez más de la belleza del universo que lo rodeaba. Ansiaba pintar los ramos de rosas celestes y sabía que, aunque no pudiera reflejarlas con toda su plenitud, no podía dejar de intentarlo. Marcos las observaba con detalle y decidió que si algún día conocía a alguien a quien ofrecer un regalo el 14 de febrero, le regalaría un ramo de estas estrellas rutilantes, e intentaría que brillaran siempre entre los dos.

Y entonces ocurrió, la musa de sus pensamientos, la inspiración de sus cuadros, aunque él no lo supiera, apareció delante de él. El universo había hecho el primer movimiento.

Corría de manera continua y uniforme, concentrada en la respiración y evitando pensar. Su pensamiento estaba fijo en inspirar y expirar, haciendo que su mente volara libre y sin presiones.

Sus ojos se perdían en las dunas de arena blanca que relucían a la luz de las estrellas. El

mar, todavía oscuro, reflejaba mil lámparas en sus aguas calmas, y los pulmones se llenaban de olor a sal, a luz, a paz.

Era uno de esos momentos en que el mundo se contiene y guarda silencio expectante.

El cielo formaba multitud de figuras, a cuál más fantástica, y, cuando vio que los primeros rayos de sol asomaban por el lejano horizonte, decidió que era hora de parar y observar.

Y entonces lo sintió: un escalofrío recorrió su espalda. Lo había encontrado.

Nota de la autora:

El principio de esta historia es un microrrelato que escribí el año pasado inspirada en un dibujo que vi. El resto, parte de mi imaginación y espero que cale en la vuestra para contar el final de la historia.

Me llamo Cristina Villar Losa, @contigocvlescribe si queréis buscarme en Instagram. Y a fecha de hoy he publicado mi primer libro “Contigo o sin ti”, que podréis encontrar en Amazon <https://amzn.eu/d/iccSr1W>. Gracias a @librosautopublicados por darme la oportunidad de poder participar en este proyecto.

© Cristina Villar



RELATO N°8

Escrito por: Diana de Brea

UN RELATO DE SAN VALENTÍN PARA ALMAS ENAMORADIZAS.

I

Siempre quise ir a Nueva York por San Valentín. Sí, soy muy fan de las películas románticas que suceden en la Gran Manzana y decidí que yo también quería una historia propia. En mi opinión, Nueva York es el escenario perfecto para el comienzo de una historia de amor, y yo andaba escasa y, por qué no decirlo, algo necesitaba de roce masculino.

En la bulliciosa ciudad que nunca duerme, cinco avenidas se entrecruzaban como hilos del destino sin que yo lo supiera. En el Día de San Valentín, pude vivir algo extraordinario: es curioso como cuando queremos encontrar algo, si abrimos bien los ojos, lo vemos por todas partes. Y esto es lo que me sucedió: fui testigo de una cadena de hechos extraordinarios que se desencadenaron en un día tan especial, conectando las vidas de varios neoyorquinos y la mía propia. Aunque a mí me tocó vivirlo en carne propia mucho después. Pero esa es otra historia...

II

Empecé el día visitando una encantadora floristería en el Village. Siempre he tenido clavada la espinita de que ninguna de mis parejas me ha enviado flores por San Valentín, y un día decidí regalármelas a mí misma. Mientras miraba los ramos y me decidía por uno, escuché a un cliente que deseaba mandar un deslumbrante ramo de rosas rojas a la redacción de una famosa columnista especializada en relaciones de pareja y lo quería hacer de forma anónima, por más que la dependienta le exigiera el nombre del remitente. Sin intención de cotillear, puede oír la frase que dictaba a la florista para la tarjeta: «La respuesta a tu última columna “El amor llama dos veces” está en el corazón de la ciudad».

Me intrigó muchísimo la frase, así que decidí seguir al repartidor que, menos mal, fue andando al edificio del periódico que estaba muy cerca de la floristería. Esperé en la calle a que bajara el chico para preguntarle, pero me sorprendió lo que vi: la columnista, posiblemente movida por la intriga, salió con él decidida a saber quién le había regalado el ramo que llevaba en la mano. Lo deduje por las preguntas que le hacía al pobre repartidor que no sabía nada del asunto y andaba agobiado por la cantidad de ramos que tenía que repartir ese día. Así que, con mi ansia aventurera ávida de historias de amor, decidí intervenir:

—Puedo ayudarte —le dije. Ante su cara de estupefacción, añadí: —He visto al chico que compraba el ramo. Si me dejas acompañarte, es posible que pueda reconocerlo.

Esto no era del todo cierto, porque apenas había podido ver a un chico de espaldas, tapado con una capucha, pero mis ganas de vivir una aventura romántica, como creía que era aquella, valía un pequeño engaño.

—¿Le conoces?, ¿te manda él? —preguntó algo mosqueada sin entender mi interés.

—No, qué va. Solo lo he visto una vez, pero me encantan las historias de San Valentín y..., si necesitas ayuda, me encantaría ir contigo.

—Vale, me vendrá bien porque estoy muy nerviosa. Mira —me dijo acercándome el ramo—, ha dejado pistas escondidas en los pétalos. Es como el juego del tesoro, solo que no sé qué hay al final. ¿De verdad que no lo conoces? Estoy muy intrigada.

—Te lo juro. ¿Y tú?, por lo que dices, no sabes quién es.

—Ni la menor idea —aseguró subiendo los hombros—. Podría ser un lector muy fan de mi columna o un loco. Lo quiero averiguar.

—¿No te da miedo?

—Si me acompañas, no. ¿Vamos? Por cierto, soy Amanda —se presentó ofreciéndome la mano para que se la estrechara.

—Manuela. Pero todos me llaman Nela —respondí sonriendo.

Fuimos juntas en su búsqueda, recorriendo las cinco avenidas más emblemáticas de Nueva York, siguiendo las indicaciones escondidas en los pétalos de las catorce rosas que nos guiaban hacia el siguiente destino.

—¿Qué te ha hecho pensar que conmigo vas a vivir una aventura romántica? —me preguntó Amanda mientras caminábamos.

—Porque hoy es un día especial y tengo todos mis sentidos alerta. Estaba en la floristería y me intrigó tu admirador secreto. Parecía que lo rodeaba un aura especial y me dije que ahí debía de haber una historia interesante. Quiero empaparme de todo el romance de esta ciudad —sonreí temerosa de que me tomara por una loca—. ¿Te unes?

—Me encanta la idea. Me vendrá bien para dar contenido a mi columna del periódico, que a veces las ideas escasean. ¿La conoces?

—No, lo lamento. Vivo en España y solo he venido unos días de vacaciones buscando el espíritu romántico de Nueva York en San Valentín. ¿No está preciosa la ciudad? En mi país no se decora tanto. ¡Me encantan las películas de amor en esta ciudad! Es maravillosa, como un cuento.

Amanda me lanzó una mirada de extrañeza. Seguro que pensó que qué hacía ella con una loca como yo. Estos neoyorquinos estresados con sus trabajos no aprecian el romanticismo de su propia ciudad.

Sin contestar nada, me dio un pequeño empujón y seguimos nuestra ruta. Abducidas por el espíritu romántico, al menos yo, veíamos posibles romances en cada calle, como un joven violinista callejero, que posiblemente inspirado por el espíritu del día, sorprendió a su enamorada, una talentosa pianista, con una serenata improvisada en el Central Park. Sin él pretenderlo, su música se convirtió en el telón de fondo perfecto para el encuentro entre desconocidos que compartían un interés común por las historias de amor. Vale, lo sé, mi imaginación no tiene límites y tal vez era gente que solo pasaba por el parque. Aunque el hecho de que una de las rosas nos hubiera llevado hasta allí tendría que significar algo, como luego supimos.

El siguiente destino fue el Rockefeller Center, donde nos embelesamos con el encuentro de una ejecutiva, vestida como si fuera la CEO de una empresa, y un antiguo amigo de la

universidad mientras nosotras admirábamos las luces de San Valentín de la plaza. Los teníamos tan cerca que pudimos escuchar cómo ambos se contaban que sus vidas eran muy estresantes y que ninguno había podido dar espacio al amor, desde que lo dejaron. «O quizá es que se seguían esperando», pensó Nela. En los ojos de ambos vieron que ese encuentro casual encendía una chispa que, en realidad, nunca se había apagado por completo.

—No entiendo por qué las indicaciones escondidas en el ramo de rosas nos han traído hasta aquí.

—Quizá tu admirador quería que conocieras esa historia —argumenté.

—Quizá, pero ¿cómo sabía él que ellos estarían en esta plaza?

—Amanda —dije en voz baja—, ¿te has fijado que ella lleva un ramo como el tuyo, pero de rosas blancas?

Nos miramos sorprendidas y, sin entender nada, pero con ganas de saber hasta dónde nos llevarían las flores, seguimos nuestro camino dejando a la pareja besándose junto a la pista de patinaje.

Caminamos por la Quinta Avenida siguiendo las pistas escondidas en el ramo de rosas hasta llegar a una calle transversal en la que había una pequeña y acogedora cafetería. Amanda abrió la puerta y entró, seguida por mí y mi enorme curiosidad.

—No te alejes de mí, por favor —me pidió acompañando sus palabras con un apretón de manos—. Estoy muy nerviosa.

Las dos nos paramos en la entrada del café, tras cerrar la puerta, mientras observábamos el entorno sin saber qué hacer. Al otro lado de la barra de mármol se disponían varias mesas pequeñas y redondas. El lugar tenía un aire de Bistró parisino como el de la película de Amélie. Amanda me contó más tarde que el café le recordó a los meses que vivió en París con una beca de la universidad, donde fue tan feliz con su primer amor.

Salí de mis pensamientos dando un respingo al notar que el cuerpo de Amanda temblaba ligeramente por un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¡Oh, no! —exclamó Amanda—. No puede ser.

Se llevó la mano a la boca mientras mantenía la mirada fija en el fondo del local. Seguí con la vista la misma dirección y vi a un hombre moreno, con camisa blanca cuyas mangas había recogido hasta el codo dejando a la vista unos brazos fuertes. Seguía sentado con la vista fija en Amanda. De pronto, una sonrisa se dibujó en su rostro tan varonil y de sus ojos color cielo saltó una chispa de... ¿ilusión?, ¿sorpresa?

—Es, es... —Amanda no acababa la frase y decidí darle un empujoncito.

—¿Lo conoces? ¡Es guapísimo! Él sí que parece que te conozca a ti, no deja de mirarte.

—Es Robert. Salimos juntos en la universidad cuando estuve en París. Le había perdido la pista y míralo, aquí está —me explicó Amanda con una sonrisa en los labios.

Yo estaba feliz con esta historia de amor que había encontrado, aunque no fuera yo la protagonista. Sabía que Nueva York en San Valentín era mágico. Podía notar las chispas que volaban nuevamente entre ellos, recordándoles que el amor puede estar en el lugar menos esperado y en el momento menos previsto. Amanda y Robert se fundieron en un abrazo de los que traspasan la piel hasta unir los corazones.

Tras ese encuentro, Amanda estaba segura de que el ramo de flores de rosas rojas era de

Robert, que la habría encontrado gracias a su columna semanal en el periódico. Pero él, que podía haber mentido para quedar bien, reconoció que no.

—Sin embargo... —dijo Robert acariciándose la barbilla con gesto pensativo—, estoy sospechando de alguien. Venid conmigo.

Salimos del café parisino y seguimos a Robert hasta Times Square, donde todas las piezas del rompecabezas se acabaron de encajar. Allí nos esperaba Brian, el joven violinista, con su amada Sheila, que charlaban con Alice, la ejecutiva, y Mark, su ex y nuevo novio. Amanda, la famosa columnista especializada en relaciones, descubrió con sorpresa que el misterioso remitente del ramo de rosas fue el propio violinista, quien la había admirado en silencio durante mucho tiempo y que conoció, de manera casual, la historia de Robert.

—Bueno, bueno, no tan casual —se quejó Robert—. En realidad, nosotros tres somos amigos de la infancia; nos criamos juntos. Una noche de copas, Mark y yo confesamos que seguíamos enamorados de nuestro primer amor y que envidiábamos a Brian por la relación tan increíble que tiene con Sheila. El resto ha sido cosa suya.

—La magia de la música —replicó el violinista con un staccato.

Lo que no nos contó Brian en ese momento es que su amada Sheila, además de pianista, era muy soñadora, y le había pedido por San Valentín un gesto de amor que no les implicara a ellos dos, por eso pensó en volver a unir a sus amigos a través de las flores y de la música. En ese momento me declaró fan absoluta de Sheila, la romántica.

Fue un instante mágico en pleno Times Square, con las luces centelleando y el bullicio de la ciudad como testigo, donde mis nuevos amigos descubrieron que el amor puede surgir en cualquier lugar, incluso en medio del caos de Nueva York, y el pequeño empuje de un músico loco y enamorado. Los ramos de tulipanes se convirtieron en un símbolo de unión y nuevos comienzos en el Día de San Valentín, que pasaron a celebrar juntos cada año.

Pero no, algo estaba mal, pensé con el ceño fruncido. Yo quería mi propia historia y no ser solo testigo de la de los demás. ¡Quería enamorarme!

—Querido violinista —dije con ironía—, tu magia no es tanta como crees. He venido a Nueva York en busca de mi propia historia de amor por San Valentín y soy la única que sigue sola.

—Querida amiga —me contestó en el mismo tono divertido—, no solo has encontrado una, sino tres historias de amor. La tuya —sonrió—, no la vivirás en Nueva York. Regresa a casa y procura ser muy sincera contigo y con los demás.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —protesté alucinada por su desfachatez.

—Muy en serio, Nela. Disfruta de esta maravillosa ciudad y vuelve a casa, que alguien te va a encontrar cuando menos te lo esperes.

—Pues vaya —me quejé burlona—, brujo de pacotilla; espero que al violín seas mejor que como mago del amor. Al menos dadme un ramo. Esta mañana en el Village no lo he llegado a comprar.

El violinista, más brujo que mago, soltó una carcajada antes de decirme:

—Nela, lo tuyo no son los ramos, son los cactus.

III

Dos días después, volaba de vuelta a España, feliz por Amanda, Robert, Alice, Mark,

Sheila y Brian, pero con el corazón compungido por mí. Me quedé sin ramo de flores y sin ni siquiera un ligue (les pregunté si tenían más amigos solteros, pero me dijeron que no). Decidí olvidarme de las palabras del violinista-brujo, porque estaba segura de que las dijo por decir, para hacerme rabiar, porque en el fondo no tenía ni idea de magia. ¿Qué loco intentaría demostrar el amor a una chica con cactus? Ni en las peores películas de tarde de domingo.

Sin embargo, las palabras del violinista loco se hicieron reales. Esta historia termina con tres finales felices, los de mis queridos amigos de Nueva York, y con el comienzo de la historia de Nela, la mía, que puedes leer en La mentira que te trajo a mí.

Nota de la autora:



Soy Diana de Brea, lectora apasionada y escritora de novelas de romance feelgood y relatos románticos. Con amor, DdB.

© Diana de Brea



Un corazón con patas



RELATO N°9

Escrito por: Esther Alcudia

VANESA

—¿Puedes abrocharme la cremallera?

—Sí, claro.

—De verdad, no entiendo al jefe, esto es ridículo.

—A mí me parece que estás muy graciosa, Vanesa.

—Sí, una barbaridad, para hartarte de reír, vamos. ¡Que alguien me explique por qué tengo que vestirme de corazón todos los putos catorce de febrero!

—Porque lo eres.

—¿El qué? ¿Un corazón con patas?

—Justo, aunque vayas de dura por la vida.

—No voy de dura, es solo que no me fio de la gente porque la mayoría son mentirosos, y en temas de amor, ni te digo lo que pienso. Bueno, creo que lo sabes. —Carlos niega con la cabeza mientras aprieta los labios—. No creo en el amor que la gente dice sentir solo un día al año. Y los demás días... ¡que te zurzan! Casi ninguno de los que regalan flores este día se acuerdan de cuándo es su aniversario de bodas. De verdad que no lo entiendo. Es absurdo —resoplo haciendo volar mi flequillo—. Además, con este disfraz de terciopelo rojo me estoy asfixiando.

—A nosotros nos viene de lujo que la gente regale ramos de flores un día al año, o una sola flor, da igual, porque estos días la floristería está hasta arriba y nos dan una paga extra. A mí me viene muy bien para las clases de arte dramático.

—Me encantaría ser como tú, de verdad. Eres tan... sencillo.

—Sí, supongo que esa es la imagen que doy.

Carlos recoge las flores del mostrador y va haciendo los centros de mesa. Se ha puesto serio. Igual he sido muy bruta. Es mi compañero de trabajo, pero sobre todo es mi mejor amigo. El único, en realidad.

—Lo siento si te he molestado. —Me acerco y le doy un beso en la cara.

—No lo has hecho. Tienes razón, soy demasiado simple.

—No lo eres. Lo que pasa es que tú solo ves la parte buena de las cosas, y, en cambio, yo solo el lado oscuro, como Darth Vader. —Bromeo y consigo sacarle una sonrisa.

—Pues deberías acercarte un poco a este lado, igual te gusta.

—Sabes que me cuesta. Una vez estuve ahí y mira cómo acabó todo; el príncipe azul

resultó ser una rana. Y eso que, mirándolo con perspectiva, al final, me pareció más mono el anfibio verde que Víctor, que resultó ser un guapo feo.

—¿Un guapo feo? —Se ríe a carcajadas.

—Dícese de los que creen que son guapos, o tal vez lo sean para la mayoría, pero en realidad esconden un feo dentro, como Víctor.

—No todos los príncipes azules se convierten en sapos, Vanesa.

—Los que yo he conocido sí, y para colmo nunca me gustaron los cuentos de princesas...

La puerta se abre y aparece Tito, nuestro jefe. Es muy buena gente, y, a pesar de que es el que nos paga el sueldo todos los meses, se porta como un compañero más. Regenta esta floristería desde hace treinta años, que es el mismo tiempo que lleva con su adorada Juani. Ellos son la única pareja real que conozco que se quiere, a la vista están los años que llevan juntos.

Lo que no le perdono es su empeño en que me vista de corazón todos los catorce de febrero.

—Maravillosa, Vanesa —me dice Tito al verme de la guisa con la que voy.

—¿De verdad, jefe! ¿Es necesario todo esto?

—Pero si te queda genial. Además, la gente viene a comprar flores, en parte, para ver al corazón con patas.

—Que sepas que lo hago solo porque quiero mucho a Juani y sé que también le gusta, que si no, el que se vestiría envuelto con todo este terciopelo sería este de aquí.

Le doy un codazo a Carlos, que me mira sorprendido por el golpe que acaba de recibir.

—¡Eh, que yo no tengo la culpa de que vayas vestida de San Valentín! —protesta mi compañero—. Venga, que todavía nos quedan muchos ramos que preparar.

Asiento y lo sigo al almacén donde tenemos todas las flores frescas que nos han llegado esta mañana. Dentro de dos días, el sábado catorce de febrero, Juani y Tito celebran sus bodas de plata y él quiere darle una sorpresa a su mujer. Ha planeado una fiesta en un salón que vamos a decorar con flores de la tienda. Llevamos tres semanas con los preparativos.

Al menos hay una pareja que se merece todas esas flores.

CARLOS

Cinco años. Ese es el tiempo que llevo trabajando con Vanesa. Se queja de la gente que viene a comprar flores por San Valentín, pero, en cambio, su cara dice lo contrario, pues se le nota que le gusta lo que hace, solo hay que ver con el mimo con el que trata cada flor que coge en sus manos, a pesar de su mala experiencia en el amor.

Sé que el filtro por el que pasa cada chico que pretende salir con ella es impenetrable. Ninguno le parece adecuado. Su experiencia amorosa no ha sido lo que se dice demasiado fácil. Creo que estoy enamorado de ella desde el primer día que la vi. Sí, un flechazo, como sucede en las películas pastelonas que echan al mediodía por la tele. Sin embargo, desde el principio, fue un amor imposible. Tenía novio, así que me limité a estar en el lado de los amigos. De esos a los que le cuentas todo y le pides consejos, en los que te apoyas cuando te sientes caer y a los que jamás verías como nada más. Cuando llevaban dos años juntos me dijo que tenían planes de boda. Que Víctor se lo había pedido y que era la mujer más feliz del mundo. Curioso que al

mismo tiempo yo fuera el hombre más desgraciado, pues estaba claro que ya no había ninguna posibilidad de ser algo más para ella. Y hubiera querido que saliera bien, porque así no habría sufrido tanto daño como el que él le hizo, incluso aunque eso supusiera que la había perdido. El muy cabrón la dejó plantada justo antes de la boda. Al menos tuvo la deferencia de no hacerlo en el altar, sino una semana antes. Y..., ¿a qué no sabéis qué día se decidió a hacerlo?

Sí, el que estáis pensando: un catorce de febrero. Por eso odia tanto este día, es algo así como la Grinch de la Navidad, pero extrapolado a San Valentín.

De eso hoy hace justo un año y a mí me encantaría que algún día entendiera que no todos los hombres somos tan capullos como su ex.

—Chico, ¿estás aquí? —Me sorprende la voz de Tito.

—Sí, sí, claro.

—¿Cuándo te vas a atrever a confesarle que la quieres? —Gira la cabeza hacia el lugar donde han estado fijados mis ojos la última media hora. ¡Pillado!

—Solo somos amigos.

—Ya, lo que tú digas, pero vamos, que conmigo no hace falta que disimules, la miras igual que yo a mi Juani cuando éramos jóvenes, y todavía la veo de la misma manera, pues sigue pareciéndome la chica más guapa del mundo.

—Lo tuyo estaba correspondido, lo mío, en cambio...

—Si nunca te atreves, nunca sabrás si tú también lo eres. Si sigues comportándote como un amigo, seguirás siendo eso para ella siempre.

—No es tan fácil. Al menos comparte conmigo todas sus alegrías y sus preocupaciones, y eso para mí es muy importante. Cuenta conmigo.

—No tiene por qué dejar de hacerlo. Juani y yo, antes que amantes, fuimos amigos, y aún lo somos. Todavía es la persona con la que prefiero estar, y es a la que tengo más ganas de ver cuando vuelvo a casa.

—Eres muy afortunado, Tito. Los dos lo sois.

—Hazme caso, chaval, que te hablo más por viejo que por sabio. La vida es muy corta, Carlos, y cada minuto cuenta para intentar ser feliz, porque si lo dejas escapar, quizás nunca más vuelva.

Se va y me deja allí, pensando en cada una de sus palabras.

«Todo o nada».

Esa es la cuestión, arriesgar mi amistad con ella e intentar que seamos algo más, o perderla para siempre y dejar de sentirme vivo.

—Si sigues embobado como hasta ahora, le voy a decir a Tito que me pague tu extra a mí, llevas con el mismo ramo de flores una hora y te recuerdo que esta tarde es la fiesta. ¿Qué te pasa, *friend*?

Ojalá pudiera decirle lo que siento, pero no estoy preparado para ese todo o nada.

—Oye, lo de quitarte la paga era broma, no te pongas tan serio —me susurra al oído y me estremezco. Cada vez me cuesta más no besarla cuando se me acerca.

Querría hacerlo hasta que me doliesen los labios.

—No es eso, es que...

Me interrumpo a mí mismo cuando la puerta se abre y aparece el responsable de que un día su corazón se hiciera añicos.

Recuerdo que lo vi en una ocasión cuando vino a recogerla a la tienda. Fue la única vez, pues parece que nunca tenía tiempo para venir a buscarla. Ya, ese día, no me gustó. Se veía un tipo altivo, y mucho más me lo pareció por la manera en que la trató.

¿Tan ciego es el amor a veces que hace que te olvides de ti mismo? ¿De quererte?

—Hola —Se acerca a ella y le da dos besos. Vanesa está paralizada.

—Hola —dice después de unos segundos en que parece que el tiempo se hubiera detenido—. ¿Qué haces aquí, Víctor?

—Necesito que hablemos. Quería llamarte antes de venir, pero he preferido hacerlo en persona. ¿Te puedo invitar a tomar algo?

—No creo que tengamos nada de lo que hablar. Hace un año que rompimos cualquier tipo de contacto. ¿Te has olvidado?

—Venga, Vanesa, no seas tan arisca, seguro que a tu compañero no le importa hacerse cargo un rato de la tiendecita de flores. —El desgraciado me mira solicitando mi aprobación, como si yo tuviera que darle permiso a ella para hacer lo que le dé la gana.

Miro a Vanesa y veo dudas en su cara. Ha pasado un año desde que este imbécil decidió que la relación lo ahogaba y ahora vuelve como si nada.

—Tranquila, yo me las apaño, ve si quieres —digo finalmente en respuesta a su pregunta callada.

Coge el bolso y se va con él. El ruido de la puerta al cerrarse es tan fuerte que siento un estruendo en el pecho, haciéndome dudar si algo dentro de mí se ha roto.

Son las siete de la tarde. Acabo de apagar las luces de la tienda. Vanesa no ha vuelto y, siendo honesto conmigo mismo, creo que no lo va a hacer. Dentro de una hora es la fiesta de Tito y Juani y ya ha salido el reparto para colocar todos los centros de mesa.

Está todo listo.

Me cambio de ropa aquí mismo. He estado esperando que apareciera por la puerta para ir juntos a la celebración, pero está claro que no tiene intención. Supongo que míster ojos azules y pelo engominado ha acaparado todo el espacio-tiempo.

Suerte que había poco tráfico y han llegado todos los ramos de flores a su destino, que ahora que los veo aquí, la verdad es que han quedado muy bien.

Estamos todos esperando a que llegue Juani. Se supone que no sabe nada.

—Tranquilo, Tito, que seguro que le gusta.

—Lo sé, solo espero que su hermana no se lo suelte antes de que lleguen. Esa mujer es incapaz de guardar un secreto. —Sonríe y después arruga el ceño—. Por cierto, ¿dónde está el corazón con patas? No la he visto.

—Me ha dicho que viene en un rato —miento. Tito mira por encima de mi hombro.

—Hablando del rey de Roma, o más bien de la reina.

—Perdonad el retraso.

Escucho la voz de Vanesa y doy la vuelta. Ella me sonríe.

—Chicos, os dejo que creo que ya han llegado.

Se va y nos deja a los dos solos.

— Qu  tal te ha ido? Pens  que no vendr as o...

—Que vendría acompañada,  ibas a decir eso? Asiento sin dejar de mirarla.

—Has tardado y pens  que habías vuelto con él.

—Bueno, esa era su intención, pero le he dicho que no puedo volver con él ni ahora ni nunca.  Sabes por qué?

—Supongo que no te f as de él después de lo que pas .

—S , por supuesto, pero después le he dicho que no puedo porque estoy enamorada de mi mejor amigo, un chico de sonrisa interminable y ojos soñadores... No s  si lo conoces.

— Qu ?

—Pues eso, que estoy colada por él, pero no s  si pensar  lo mismo, me da miedo que deje de ser mi amigo, pero es demasiado fuerte lo que siento cuando estoy a su lado, así que he decidido declararme.

—Vanesa,  hablas en serio? T  siempre dices que pasas de los chicos. Los rechazas a todos.

—Pues sí, porque estaba esperando a que el que sí me interesa se decidiera de una vez por todas, pero está claro que en pleno siglo XXI somos las mujeres las que debemos tomar la iniciativa.

Me acerco a ella y enmarco su cara con las manos. Pego su frente a la mía y respiro el olor a flores. Siempre huele a azahar. No necesito más palabras. Solo uno mis labios a los suyos y me hundo en su boca.

Perdemos la noción del tiempo y del lugar. Solo somos dos personas comiéndose a besos. Dos cuerpos en uno.

Nos detenemos cuando escuchamos a la gente vitorearnos y nos reímos sin separarnos ni un milímetro, hasta que todos se vuelven para ver la entrada de Juani.

— Ven aquí, corazón con patas! —le digo tirando de ella.

Enredo la mano por su pelo y la atraigo más hacia mí.

—Tu corazón con patas. —Sonríe.

Y entonces, nos volvemos a besar, haciendo que el día de hoy, catorce de febrero, siempre sea especial...

FIN

Nota de la autora:

A veces las cosas más hermosas las tienes delante de tus narices, pero el miedo a que esa persona que es especial para ti desaparezca de tu vida, hace que nunca te atrevas a tomar la iniciativa, como le sucede al protagonista de esta historia. Solo necesitas lanzarte a la piscina, aunque est  vacía, pues es mejor darte el golpe que lamentarte por ver el agua desde fuera y no

disfrutar del baño.

Si te ha gustado este pequeño relato, te invito a que conozcas mis otros libros. Cuatro novelas con historias de amor, de infancia, de segundas oportunidades y un romance policiaco lleno de acción e intriga.

Puedes encontrarlos en Amazon y a mí en Instagram como @losbookdeesther.

Nos vemos en las letras. Esther.

© Esther Alcudia



Una rosa eterna



RELATO N°10

Escrito por: Galya Dante

Se levantó y escuchó el chasquido que hacen los huesos al estirarse después de haber pasado mucho tiempo agachado. Se frotó las rodillas como si aquello fuera la solución al dolor que sentía.

Mateo observó la extensión del invernadero en el que se encontraba cortando las últimas rosas que las parejas se regalarían en esa jornada, y suspiró.

El catorce de febrero era uno de los días más esperados por los propietarios de Viveros Vals Roser, una pequeña empresa familiar dedicada a la venta de flores.

El negocio había sido fundado por sus abuelos después de casarse. Y su abuelo, Mateo Vals, de quien él había heredado el nombre, había bautizado los viveros en honor a su abuela. Porque Roser Ritz, y el deseo de su esposo por regalarle flores, habían sido los motivos para plantar su primer rosal.

—¡Mateo!

Escuchó a su hermana y oteó el lugar, buscándola entre los montones de cajas que se extendían por los pasillos del invernadero, pero no la encontró.

Ania era capaz de aparecer y desaparecer como por arte de magia, así que, al no verla, Mateo cerró la última caja y la cargó. Al girarse, chocó con ella.

—¿Ya te vas? —Ania lo miró con picardía.

—Sí, ya me voy.

Mateo dio un paso a la izquierda, pretendiendo esquivarla, pero ella le siguió el ritmo. Por lo que, entre ellos, empezó un simpático baile en el que Mateo intentaba seguir su camino y ella le bloqueaba el paso.

—¿Puedo saber qué quieres, mocosa? —preguntó, a modo de pique, el mismo que tendría cualquier hermano mayor con su hermana pequeña.

—Tengo veinte años, dejé de ser una mocosa hace... por lo menos —se mostró pensativa— ... ¿Diez años?

—Pues demuestra que has madurado.

—No, no... —Cabeceó, al mismo tiempo que movía el dedo índice delante de su cara—. He madurado tanto que estoy revisando tu trabajo. —Sonrió con burla—. Y allí —señaló hacia una esquina del invernadero—..., te has dejado un rosal, con las rosas rojas más bonitas que he visto nunca.

—Esas, listilla —dijo con retintín—, no se recogen.

Aprovechando la confusión que su respuesta generó en Ania, Mateo se fue. No quería darle una explicación que derivaría en unas preguntas demasiado entrometidas, y que acabarían por amargarle el día.

Moira era una chica enamorada de la vida, y aquel era el día del amor. Así que, después de pintarse los labios de carmín y de atarse un lazo rojo en la coleta, como si el gesto formara parte de un ritual, se dedicó una bella sonrisa.

—¡Venga, es hora de abrir! —canturreó para sí misma y, ajustándose el mandil a la cintura, tras haberse palmeado las mejillas para poner algo de color en su blanca piel, salió del servicio, que también hacía de vestuario y cuarto de la limpieza, hacia la entrada del establecimiento.

Allí, dio la vuelta al letrero blanco con letras rojas, que, por un lado, indicaba *Cerrado*, y por el otro *Abierto*, y deslizó el pestillo que mantenía la puerta bloqueada.

Moira había preparado ese día con mucha ilusión, y se sentía orgullosa de sí misma.

La decoración, compuesta por globos con forma de corazón y guirnaldas, de las que colgaban cupidos a juego con los recortes en cartulina que rezaban: *San Valentín, 14 de febrero y Enamórate y enamórala con rosas*, quedaba perfecta con los ramos que había preparado, pensando en los impacientes que entrarían en la tienda en busca de algo rápido y bonito. También se veían acordes las rosas listas para ser llevadas por los enamorados más avisados que habían encargado las flores en el color favorito de su novia; el número de rosas según los años que llevaban juntos e, incluso, con formas. Suspiró maravillada con su trabajo.

—¡Buenos días!

La primera voz masculina del día entró en la tienda.

—¡Buenos días! —Se giró y saludó al chico.

—Soy el mensajero.

—¡Oh! ¡Qué temprano! —exclamó Moira—. Tengo los pedidos para entregar a domicilio en la trastienda. Son muchos, así que, si puedes acercarte a la puerta trasera...

Mateo pensaba que su trabajo era duro. Mantener en pie los viveros heredados de su abuelo no era fácil, y a eso, le sumaba la gestión de las dos tiendas que el anciano había abierto en la ciudad. Una para cada hijo, aunque, de los dos hermanos, solo su padre se había quedado con sus abuelos. Así que, en ese instante, en vez de ser su primo quien gestionara su tienda y la mitad del vivero, era él quien lo administraba todo.

Aparcó la furgoneta en la entrada de la floristería y, al verla a ella, sonrió de forma boba. Mateo consideraba que poder observar a Moira era como tener el privilegio de ver crecer sus rosas. Algo maravillosamente mágico.

Su pelo negro contrastaba con el blanco impoluto de su piel. Sus ojos verdes le conferían una atrayente mirada felina, y el terciopelo de sus labios, pintados de un rojo, tan parecido al de las rosas, clamaban por un beso cada vez que osaba hablar con ella.

Se apeó del vehículo y, desde la puerta, vio a un chico moviéndose en la trastienda. Entró apurado en la floristería, haciendo que el «Ding Dong» tan característico de los comercios resonara en el local.

—¡Buenos...!

Moira detuvo el saludo al verlo y extendió por su rostro una amplia sonrisa que, como siempre, terminaba enmarcada por dos hoyuelos capaces de provocarle un embotamiento digno de una borrachera, aunque ella no tenía ni un solo grado de alcohol, pero sí un enorme contenido de gracia, belleza, simpatía y sensualidad. Moira era una niña de tan solo diecinueve años que transpiraba una timidez dulcemente cautivadora, al menos para Mateo, que, a sus treinta, ya tenía una experiencia de la que ella carecía.

—¿Quién es? —preguntó directamente.

—El chico que nos envió la mensajería, Sr. Vals —Moira miró al suelo y apresó un extremo del mandil entre sus manos—. Lo estuve ayudando a cargar. Ya se va.

—Mateo, Moira, llámame Mateo. Va a hacer un año que trabajas aquí y aún no he conseguido que me llames por mi nombre. —Sonrió con cariño.

—Está bien... —suspiró—, Mateo.

—Tú no estás para hacer ese trabajo. —Él habló con suavidad y avanzó hacia ella.

—Pensé que, si terminaba antes... —Levantó la mirada hacia Mateo y suspiró—. Cuanto más temprano lleguen las flores a sus destinatarias, más ilusión les hará. Me lo dijiste cuando empecé a trabajar aquí.

—¿Lo recuerdas? —Moira asintió, y a Mateo se le iluminó la mirada.

—La belleza de las flores debería ser eterna... —respondió Moira.

—... y mientras no lo sea, nosotros debemos asegurarnos de que siempre estén bellas —terminó una de las muchas cosas que le había dicho a Moira desde que la había conocido.

—¡Sí! Tenía ganas de enseñarte los arreglos que preparé para el día de hoy. —Moira habló ilusionada.

—Seguro que son preciosos, aunque jamás tanto como tú.

—Mateo... —susurró.

—Dime que lo has pensado. —Mateo la agarró de la mano, la acarició en los nudillos y la elevó hasta sus labios para dejar un tierno beso en el dorso—. Una cena, Moira, solo una; y te prometo que, si no te sientes bien conmigo, no volveré a preguntarte.

—Es que... —Pestañeó con timidez—. Creo que... —Tragó saliva y volvió a mirar al suelo.

—... a mí también me gustas. —La ayudó él.

Moiraladeó la cabeza con timidez, y no porque lo fuera, sino porque con él era así, y Mateo se aproximó a ella hasta que sus cuerpos quedaron a un par de dedos de distancia.

—A las nueve, aquí —anunció él.

—Pero... —Moira dudó—. Hoy es San Valentín y quizá cerremos más tarde. Siempre hay algún rezagado.

—Moira, el hombre que ama a una mujer, no espera al día de San Valentín para comprar rosas. Prepara una rosa eterna. —Mateo volvió a besar su mano—. Te recojo a las nueve.

Aquel fue un día largo. Una jornada en la que primó el deseo de ver cómo los minutos se convertían en horas y, cómo, con el paso de estas, llegaba el momento de volver a estar juntos.

Aquella no era una cita convencional, y ellos tampoco eran una pareja normal. No obstante, sí era un encuentro deseado, tanto por Mateo como por Moira que, desde que se habían conocido en persona, anhelaban la llegada de ese día. Moira estaba en la trastienda cuando escuchó la campanita que anunciaba la entrada de alguien.

—Soy yo... —habló Mateo, y a Moira se le erizó el vello de la emoción.

—¿Ya son las nueve? —Salió a su encuentro.

—Ya son las nueve —confirmó usando sus palabras.

—Estaba terminando de recoger —dijo Moira.

—Por hoy, se acabó. —Mateo la agarró de la mano y la besó, de nuevo, en el dorso, como todo un caballero—. Yo recojo mañana, no te preocupes.

—Está bien, voy a cambiarme —respondió ella.

Moira corrió al servicio y cogió su abrigo de la taquilla que estaba a disposición del personal. En su lugar, dejó el mandil. Retiró las dos tonterías que guardaba allí desde que había empezado a trabajar para la familia Vals, y se arregló el pelo.

Sonrió ladina y con cierto descaro hacia la chica del espejo. Se pintó los labios y le lanzó un beso.

—Por ti.

Guardó el carmín en su bolso y salió del servicio con la mirada puesta en el largo y ancho cuerpo de Mateo, que sonreía hacia ella con la felicidad grabada en sus ojos azules, ligeramente ocultos por su pelo castaño claro.

«Hasta me abrió la puerta del coche. ¡Y qué coche!», recordando aquellas palabras, Moira observó a Mateo.

—¿Puedo saber a dónde vamos? —preguntó en un susurro.

—A mi casa —respondió él. Mateo apartó durante un segundo los ojos de la carretera y la miró, disfrutando de la expectación que destilaba su rostro—. Me hubiese gustado ir a un gran restaurante, pero me fue imposible conseguir mesa.

—¿Has cocinado tú? —curioseó.

—¿No me ves capaz?

—Creo que eres capaz de hacer cualquier cosa que te propongas.

Moira terminó de hablar y giró el rostro para mirar por la ventanilla, buscando una distracción que la librara de decir algo más; algo de lo que seguramente se arrepentiría.

«La finca Vals Roser es preciosa. Viven todos aquí. La casa de sus padres está muy cerca de la entrada y la de su hermana, justo al lado. Sus tíos tienen una parcela pegada a la suya, aunque viven en otro estado, son médicos o algo así», Moira miró hacia el fondo del terreno y vio los viveros de los que le había hablado. «¡Ay! La casa de Mateo es... impresionante. Está al lado de los viveros, y los iluminan por la noche, así que... es algo mágico»

—¿Te gusta? —preguntó él.

Mateo iba despacio por la pista de tierra que cruzaba la finca de su familia, y Moira miraba

todo lo que la rodeaba, empachándose de la hermosa estampa que le ofrecía el paisaje que acompañaba a Mateo cada uno de los días de su idílica vida.

—Entonces... ¿Tu familia está en casa? —preguntó de forma distraída.

—No, Moira. Mi hermana vive con su novio en la ciudad y, desde que yo me ocupo de la empresa, mis padres siempre están de viaje. Así que, ya lo ves, no importa que tenga familia, porque estoy solo, como tú.

—Es triste —sonrió, aunque en su mirada había pena.

—Espero, a partir de esta noche, no volver a sentirme solo. —Mateo miró a Moira y agarró su mano con ternura. Moira no se apartó.

Todo estaba perfecto a su llegada. Todo estaba listo para su cita.

Una bonita mesa preparada para dos comensales. Una deliciosa cena y un aromático vino frutal. Un dulce y empalagoso postre de chocolate y una copa que sirvió Mateo.

Solo fueron unos minutos, pero, desde que la había recogido en la floristería, aquellos fueron los únicos en los que la dejó sola. Seguramente, esos mismos habían sido, un catorce de febrero de hacía tres años, los minutos más cruciales de la historia de su vida.

—Licor de rosas.

Mateo le dio el vaso y ella olió el contenido, pero no lo probó. No le gustaba el dulce, aunque él pensara lo contrario por la ilusión que había expresado cada vez que le había regalado bombones.

—Me gustaría mostrarte algo... —Mateo apoyó la mano en la parte baja de su espalda y, con suavidad, la empujó.

Salieron de la vivienda y la guio hasta el vivero más cercano. Abrió la puerta y le cedió el paso. Moira notó el calor. Demasiado para su gusto.

—Está todo vacío —dijo al comprobar que no había ninguna rosa.

—No, todo no. —Mateo señaló hacia una esquina.

Sonrió al verlas, como si aquellas rosas fueran las supervivientes a una masacre. Miró a Mateo.

—La planté para ti.

—¿Para mí?

—Desde que te vi, sueño con este día. Así que, hace tres meses, planté un rosal para ti, igual que mi abuelo plantó un rosal para mi abuela.

—Y, ¿si no hubiera aceptado la cita? —preguntó, afectada por la información.

—Son tuyas. —Mateo le tendió su copa y ella la cogió con su mano izquierda—. Las hubiera cortado, hecho un ramo y rezado todo lo que sé para que me aceptases la cita el quince de febrero.

—¿Seguirías insistiendo? —susurró, emocionada.

—¡Por supuesto! —exclamó Mateo.

Él se agachó y cogió una tijera de podar que, casualmente, estaba colocada al pie del rosal y al lado de un papel de seda negro. Moira lo vio montar un precioso ramo de rosas con aquellas

dos tonterías y descubrió que, en lo sencillo, estaba lo más bonito.

—Me gustas, Moira. Me gustas mucho.

Mateo se levantó y tendió las rosas hacia ella. En ese momento, Moira vaciló. Por primera vez, después de tomar la decisión más importante de su vida, mientras cruzaba la puerta del centro de menores hacía ya tres años, dudó de lo que estaba a punto de hacer. Mateo parecía tan sincero...

Moira estiró su brazo derecho y le dio la copa de licor de rosas para poder agarrar el ramo.

—Son preciosas —susurró aspirando su aroma.

—No tanto como tú.

Mateo se bebió la copa de licor y ella lo imitó.

Le dolía la cabeza y se sentía aturdido. Mateo intentó moverse. Abrió los ojos y los iris verdes de Moira lo saludaron. Ella sonrió de forma burlona y le plantó una fotografía delante de la cara.

—¿La reconoces?

—¿Qué me has dado? —preguntó Mateo.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Cambié tu copa por la mía.

—¿Por qué?

—¿Qué le hiciste a Tiara? —insistió.

—¿Quién eres?

—Una niña que perdió a su familia.

—Ella no tenía familia.

—Una abuela que murió cuando desapareció y una hermana.

—Tú...

—Sí, yo. ¿Qué le hiciste?

—Suéltame, Moira.

—¿Me tomas por tonta?

—Hablemos. —Intentó moverse de nuevo—. Moira, suéltame y hablemos.

—Dime qué le hiciste.

—La belleza de las flores debería ser eterna, y, mientras no lo sea, nosotros debemos asegurarnos de que siempre estén bellas —sonrió con pena y miró hacia algún punto a la espalda de Moira.

—¡Eres un psicó...! —Moira sintió un pinchazo y...

Abrió los ojos, aunque a su alrededor todo estaba borroso y no logró distinguir nada. Parpadeó varias veces, intentando aclarar la vista.

—Se está despertando. —Escuchó a Mateo.

Moira quería hablar, pero sus labios no respondían. Intentó moverse, pero su cuerpo no

obedecía. Se puso nerviosa y abrió mucho los ojos.

Un chico de pelo rubio y corto; alto, con cierto garbo en sus movimientos y un fibroso cuerpo enfundado en un traje que pintaba ser muy caro, se acercó a ella.

—Moir, él es Leonard, mi primo —habló Mateo a su lado.

Paseó la mirada entre ambos chicos y, salvo la musculatura, porque Mateo era más fuerte, los primos eran muy parecidos.

—Querías saber dónde estaba Tiara, así que, mírala. Aunque es mía, podréis estar juntas.

Leonard acarició su rostro y arrastró la mano hasta tirar de su coleta, obligándola a mirar hacia una esquina en la que Moira pudo localizar a su hermana. Al verla, quiso gritar, pero su voz se había ido. Sintió las lágrimas correr por su rostro y cerró los ojos. Ya no quería ver a Tiara.

—No la toques. —Escuchó a Mateo—. Recuerda nuestro trato: ellas son tuyas; Moira es mía.

—Si tardo cinco minutos más, estarías muerto. —Leonard la soltó.

—Te perdono, Moira —Mateo agarró su rostro, y unió sus frentes—. Te perdono, porque te amo.

Mateo unió sus labios en una húmeda caricia de pasión suave; entregando, con ternura, un poco de aquel amor loco; calentando el alma de Moira de forma desmedida. Paradójicamente, ella sintió su amor.

—Moir, eres la más hermosa de todas, estaré siempre contigo —suspiró—. Prometo amarte y cuidarte hasta que mi muerte nos separe. Te amo.

En shock e incapaz de responder, miró a las chicas. Rubias, morenas y pelirrojas; con distintos tonos de piel; más bajitas y más altas; más gorditas y más esbeltas, y entre ellas, Tiara, su hermana. Ninguna se parecía, aunque todas compartían una belleza fuera de lo común.

Moir sintió la aguja entrando en su piel y clavó los ojos en Tiara, que la miraba de forma apagada y le dedicaba una sonrisa forzada. Cerró los ojos ante su imagen plastificada.

Moir respiró agónicamente y sintió que su cuerpo, apresado por las correas que la mantenían contra aquella camilla, igual que la barra de acero sostenía a su hermana, la abandonaba a pesar de no separarse de ella.

Fue entonces cuando entendió las palabras de Mateo: «Moir, el hombre que ama a una mujer, no espera al día de San Valentín para comprar rosas. Prepara una rosa eterna».

Nota de la autora:

Uno de los mayores tesoros de la humanidad es el tiempo; por lo tanto, gracias por el que me has dedicado, porque sin duda, para mí, ha sido un placer compartirlo contigo.

Si quieres conocer un poco más de mi obra, puedes seguirme en mi perfil de Instagram [@galyadante](#), y si te ha gustado y te apetece conocer mi trabajo, puedes encontrarme en [Amazon](#).

Y recuerda:

«No todos los días son San Valentín, sin embargo, deberíamos celebrar San Valentín todos los días».



RELATO N°11

Escrito por: Lidia Pecero

Le había dado muchas vueltas durante aquellos tres años que transcurrieron como si de tres siglos se tratasen, pero, al fin, se decidió a subir al desván de la casa que había compartido con su mujer durante casi cinco décadas. Después de observar cada objeto que se encontraba a la vista, Gabriel volvió a fijar sus ojos en la foto amarilleada por el paso del tiempo que sostenía con su mano temblorosa, y sonrió al verla.

La tarde estaba fría, y un sinfín de nubes feas y grises como algodones sucios se mantenían en el cielo empeñados en ocultar el sol, pareciendo no tener prisa por echar carreras con el viento.

Amalia subía con el cesto de la colada, ya que tendía la ropa allí los días que amenazaba con caer la lluvia. La vio realizar, paso a paso, el ritual del que él había sido testigo en tantas ocasiones y, al igual que hizo en la mayoría de ellas, no se levantó de la butaca de mimbre polvorienta que se encontraba en el rincón en penumbras en el que él se ocultaba.

Gabriel besó con su mirada la piel suave de los brazos de Amalia, ensimismado en el movimiento pausado de sus manos mientras abrían las ventanas para que entrase el aire y la ropa pudiera oírse.

Su mujer se movía, de un lado al otro del cordel, danzarina, tirando de las sábanas blancas de algodón, estampadas con diminutas florecillas de color lavanda, para estirarlas bien y que se secaran lo más rápido posible.

Él se deleitaba viéndola alzarse sobre las puntas de sus pies para fijar las prendas a las cuerdas con las pinzas de madera. El olor a jabón transportó sus recuerdos al cajón de la cómoda en el que ella guardaba su ropa interior junto con una pequeña caja de caoba en la que, al levantarle la tapa, se erguía orgullosa una esbelta bailarina que presumía de su brillante tutú dorado.

—¿En qué piensas, amor? —preguntó Amalia con dulzura sin dejar de colgar las últimas prendas que quedaban en su cesto.

—En que eres preciosa. Estás ahora mismo como cuando nos conocimos. ¿Recuerdas cómo fue? —quiso saber él, que la contemplaba con los ojos aguados.

—Jamás podría olvidarme, Gabriel, y eso que lo nuestro fue verdaderamente extraño.

El desván se llenó con las notas de la risa cantarina de Amalia, que flotaban por el aire para ir a despertar la sonrisa de su marido.

—¿Y esto no te parece raro? —balbuceó él, a la vez que se subía con el índice la montura de sus gafas de lectura.

—¿Por qué tendría que parecérmelo? Va a llover, aquí se secan mejor. —Se quedó con los brazos en jarra sobre sus caderas, por debajo de su talle fino.

—Siento que es el día indicado, aunque no es el más bonito para emprender un viaje.

Gabriel se levantó y, con pasos torpes, se aproximó hacia el lugar en el que ella permanecía con la vista perdida en la silueta de la sierra, sobre la que comenzaban a caer las abundantes aguas de febrero.

—Hacía mucho tiempo que no subías aquí —susurró Amalia, que se hizo pequeña para cobijarse como un pajarillo en el pecho de Gabriel, en el apretado abrazo que él le brindaba.

—No tenía valor —reconoció él, respondiéndole en el mismo tono, como si compartieran algún secreto del que no deseaban hacer cómplice a nadie más.

—Es nuestro lugar especial. Sé que hay muchas veces en las que me miras desde ese rincón. Yo disimulo y hago como que no sé que tú estás allí...

—Reconozco que fui torpe, debí levantarme y ayudarte a tender la ropa, pero estás tan bonita revoloteando de cordel en cordel, que eres un disfrute para mis sentidos.

—¿Esa es la excusa del vago? —rio ella, dando un paso atrás mientras lo observaba con diversión.

—En absoluto, mi niña: Es la excusa del enamorado. Tonto, egoísta, descuidado, pero locamente prendado de ti y de cada pirueta que tus pies dibujan sobre las tablas del suelo al moverte por ellas.

—Déjame ver qué tienes ahí —Amalia le arrebató la fotografía de la mano y se apresuró con ella hacia la ventana para poder verla mejor a pesar de la escasa luz que tenía el día.

—¿Sabes que esta es una de mis fotos preferidas? Ese día nos hicimos novios de manera oficial. Trajiste un hermoso ramo de rosas...

—Tu padre me recibió esa tarde y me dijo que: «Todo hombre que se vista por los pies regala rosas a su prometida». En ese momento, eché a correr hacia la casa de la florista. La pobre mujer estaba echando la siesta, y le aporreé la puerta para que saliera a despacharme las flores con las que poder regresar a tu casa y conseguir que tu padre me mirase con mejores ojos.

—¡Y yo pensando que eras un romántico empedernido cuando te vi entrar con las dos docenas de rosas rojas envueltas en aquel papel de puntillas! —bromeó ella, dándole un leve golpecito en el hombro.

—Si las flores fueran la forma de decir «te quiero», ni cortando todas las de los rosales del parque de abajo tendría suficientes para...

—¡Gabriel! —lo interrumpió ella con cara de indignación.

—¡Es que la pensión no me da para comprarte rosas a diario! Tengo que elegir entre comer o...

—¿Quererme? —Ella dejó la fotografía sobre el poyo de la ventana y tomó el rostro de su marido entre sus manos.

—Eso no es una elección, Amalia. Te quise desde que pasaste con la rueda de tu bicicleta sobre mi pie. —Sonrió él de medio lado, a sabiendas de que la estaba provocando.

—Te dije mil veces que aquel día estaba aprendiendo a montar. Se la quité a mi primo y me lancé con ella calle abajo...

—¿A la aventura?

—A la aventura, sí.

—¿Cómo conmigo? —Arqueó él la ceja a la espera de su respuesta.

—Lo volvería a hacer una y mil veces, Gabriel. —Amalia levantó su mano y pasó los dedos por el pelo canoso del hombre que la contemplaba con orgullo.

—No lo hicimos mal, ¿cierto? —La atrajo él contra su cuerpo, pasando un brazo alrededor de su cintura.

—Fue genial vivir contigo.

El sonido del timbre interrumpió aquel momento entre la pareja e hizo que Amalia se soltara del abrazo de Gabriel.

—Es nuestro hijo, viene a verte. Anda, no lo hagas esperar y ve a abrirle.

—Coge mi mano, Amalia. Ya te dije que hoy emprendo mi viaje y tan solo necesito tu compañía.

Julián, el hijo de Gabriel y Amalia, al ver que su padre no le abría la puerta, fue a su casa a por la copia que tenía de la llave.

Entró, y llamó a su padre con el corazón acelerado, y más, en el instante en el que comprobó que estaba abierta la puerta del desván. Subió, aunque se detuvo en seco al encontrarlo tendido en el suelo y sin vida, pero con una sonrisa en el rostro. Cuando reaccionó, se acercó a él e intentó reanimarlo, sin embargo, todos sus intentos fueron fallidos. La pena arañó el corazón de Julián, a quien le bajaban un par de lágrimas por las mejillas, hasta que el aire que entraba por la ventana hizo que la foto de sus padres volara y fuera a parar a su lado.

Se habían vuelto a unir un catorce de febrero.

Nota de la autora:

Para aquellos que aún confían y se dejan llevar por las absurdas llamadas de Cupido. Jugar al amor, y con amor, es una de las cosas más maravillosas que nos puede regalar la vida, pero comienza por ti.

Ámate mucho, ámate bien, y hazlo para siempre.

Si te gustó este relato y deseas bucear un rato más entre mis letras, busca mi página de autora en Amazon y elige una de mis historias. Feliz San Valentín, y que el Día del Amor sea cada uno de tus días.

© Lidia Pecero



RELATO N°12

Escrito por: M.R. Flower

Había llegado San Valentín. Este catorce de febrero sería muy especial para Óscar, ya que Sonia había aceptado casarse con él hacía solo dos semanas. Caminaba con decisión hacia el lugar de su encuentro con ella. Tenía algunas ideas para la boda de las que le quería hablar, como contratar el catering de su restaurante favorito, o que la boda se celebrase en mayo.

Sabía que era demasiado precipitado, pues solo tendrían tres meses para organizarlo todo, pero no veía el momento de darse el sí quiero y poder estar juntos para siempre. Era genial como la vida quiso darles una segunda oportunidad, y esta vez parecía la definitiva.

Tras caminar por un par de calles más, la vio a través de una cristalera; estaba sentada en el mismo lugar del restaurante donde le pidió matrimonio. Ella todavía no lo había visto, y él se tomó unos minutos para contemplarla.

Estaba preciosa, con un vestido sencillo de punto, unas botas altas, el pelo recogido hacia atrás y una chaqueta de cuero descansando en el respaldo de la silla.

Se estaba tomando un refresco mientras lo esperaba y miró el reloj un par de veces con impaciencia. La verdad es que Óscar no llegaba tarde, de hecho, faltaban cinco minutos para la hora acordada.

Entró en el establecimiento y fue directo a la mesa. Ella, al verlo, se levantó y le dio un beso en la mejilla. Ese gesto hizo que Óscar se extrañase, ya que lo que él hubiese preferido era besar sus preciosos labios. Le quitó importancia y se sentó justo en frente de ella.

Sonia no parecía contenta, más bien su rostro era impasible, como si en vez de una comida romántica frente al mar, fuesen dos completos desconocidos que iban a tener una charla de trabajo.

Él decidió entregarle el ramo de margaritas blancas y amarillas que llevaba en las manos. Sabía perfectamente que no le gustaban los ramos de rosas. Sonia prefería las margaritas o los tulípanes.

—Feliz San Valentín —sonrió Óscar al entregarle las flores.

—Gracias, son muy bonitas, Óscar — Sonia lo dijo sin emoción alguna, como si viera esas flores como un gesto trivial, algo que debía aceptar, sin ningún tipo de ilusión.

—¿Todo bien? —se decidió él a preguntar —¿Alma está bien?

Hizo referencia a la hija de Sonia, de cuatro años de edad, que decidió tener por inseminación artificial.

—Sí, Alma está muy bien. Está con mi madre ahora mismo.

—Sonia, pareces preocupada —se atrevió a decir —. ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, todo va bien... Es el trabajo, me tiene algo estresada estos días.

—Pues no hablemos de trabajo ¿De acuerdo? Hoy toca desconectar. —Le tomó las manos con cariño y ella pareció tensarse, aunque al momento se relajó y le aceptó el gesto.

—Bueno, ¿qué te apetece comer? —Óscar le soltó las manos y cogió la carta que tenía a un lado. Un camarero llegó y le preguntó por la bebida que iba a tomar. Él pidió una botella de vino blanco tras la aceptación de Sonia de compartirla entre los dos.

Empezó a mirar los distintos platos que ofrecía el restaurante y se decantó por uno de ellos, aparte de un entrante.

Cerró la carta, satisfecho consigo mismo. A la espera de que el camarero volviera para tomarles nota.

Sonia miró hacia abajo mientras jugueteaba distraída con el tenedor, como si no quisiera mirarlo.

—He pensado que podríamos contratar el catering de la boda en este restaurante —comenzó a decir él, lo que provocó que ella alzase la mirada—. Nos gusta bastante a ambos, es nuestro restaurante favorito. Podríamos hablar con el encargado.

—Sí, como quieras —dijo Sonia sin un atisbo de emoción y volvió a agachar la mirada.

Óscar no entendía nada, algo debía de pasarle para que estuviera así. Vale que llevaban unos días sin verse debido al trabajo, pero no entendía por qué ella estaba tan... tan... la palabra correcta sería apagada.

—También había pensado que podríamos celebrar la boda en mayo de este año —Óscar volvió a hacer el intento de iniciar una conversación.

—¿En mayo? —Esta vez el rostro de Sonia era de pura sorpresa—. ¿No es un poco precipitado? Es muy poco tiempo para organizarlo todo.

—¿Qué fecha tenías pensada? —preguntó él con curiosidad.

—Pues no sé... Tal vez el año que viene —respondió ella dudosa—. Quizás en verano, o no sé.

Óscar se sintió algo decepcionado, le hubiera encantado terminar el año casados y viviendo en una casita a las afueras los tres juntos. Ya le había tomado mucho cariño a la pequeña Alma y ese cariño parecía ser recíproco por parte de ella. Tenía muchas ganas de que lo viese como una figura paterna.

Pero iba a aceptar los deseos de Sonia, un año pasaba volando. Era lo mejor para hacer las cosas con tranquilidad.

—Está bien, entonces será el verano que viene. Julio puede ser una bonita fecha, quizás podríamos celebrarlo aquí, en la playa, o...

—Óscar, no puedo —lo interrumpió Sonia de golpe.

—Bueno, pues si no te gusta la playa, podemos escoger otro sitio.

—Me refiero a que no puedo casarme contigo —aclaró sin más.

Lo que provocó que Óscar tragase saliva de manera involuntaria. No entendía qué es lo que había pasado en esas dos últimas semanas desde que ella había aceptado casarse con él. Algo atenazaba su pecho y sintió un nudo provocado por una sensación de pánico.

—¿Puedo preguntar por qué? —consiguió decir tras unos instantes de sorpresa.

—No estoy enamorada de ti —dijo ella sin más, como si aquellas palabras lo explicasen todo.

Óscar respiró profundamente, intentando entenderla.

—Rompeamos hace cinco años, después de cuatro años juntos, y me partes el corazón. Nos reencontramos hace unos meses, me pides que volvamos a intentarlo, aceptas hace tan solo dos semanas casarte conmigo y ahora me dices que no estás enamorada de mí —dijo Óscar enfadado. Cerró los ojos, estaba lleno de ira, pero no quería montar un escándalo en el restaurante delante de todos los presentes.

—Óscar, lo siento, pero...

—¿Pero? —la instó él con la voz cargada de rabia.

Sonia respiró profundamente, ya que, lo que le tenía que decir, lo iba a destrozar más todavía.

—Estoy enamorada de otra persona.

Óscar abrió mucho los ojos, pensando en qué momento su vida había dado un giro de ciento ochenta grados hacia la destrucción.

—¿Se puede saber en qué momento te has enamorado de otro? Porque si ha sido antes de reencontrarnos, no entiendo por qué narices me pediste volver a intentarlo.

Sonia se sintió muy culpable por lo que le estaba haciendo, pero no podía evitar hacer aquello; ya no podía engañarse más a sí misma.

—No lo amaba antes de que nosotros volviésemos, aunque sí que lo conocía de antes.

—¿Y quién es el afortunado? —la voz de Óscar era puro sarcasmo.

—¿Acaso importa? —respondió ella —. Óscar, desde que nos prometimos, tomé la decisión de no estar con otro hombre que no fueses tú y la he cumplido. Pero no puedo evitar lo que siento por él, simplemente no puedo.

—Desde que nos prometimos... —repitió Óscar las palabras que ella acababa de pronunciar —. Nos prometimos hace dos semanas. ¿Me estás diciendo que antes, mientras estabas conmigo, también estabas acostándote con otro tío? —él esperaba con ansia que la respuesta fuera negativa, pero al verla agachar la mirada avergonzada, supo que su pregunta había sido respondida.

Ya no quería seguir en aquel lugar, sintió cómo la ansiedad recorría cada centímetro de su cuerpo. Si no fuera porque era médico, podría pensar que le estaba dando un infarto.

Intentó respirar para calmarse, necesitaba saberlo. Necesitaba saber quién era el otro tipo para, por lo menos, intentar entenderla, aunque sabía perfectamente que le dijera el nombre que le dijera se iba a sentir igual de dolido.

El nudo que tenía en el estómago hizo que su cuerpo y su mente se rompiesen como una ramita. El dolor que sentía entonces lo había roto por completo.

Sonia aprovechó esos instantes de silencio para quitarse en anillo que él le regaló. Se lo sacó del dedo y lo depositó en la mesa frente a él.

Él lo tomó y lo apretó con fuerza en su mano como si quisiera romperlo para que sus trozos se le clavasen en la piel. El dolor físico que le provocaría sería mucho más llevadero que lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Su nombre, Sonia. —Consiguió decir—. Necesito saberlo.

Sonia cerró los ojos y tragó saliva antes de hablar.

—Es Nacho, Óscar. Nacho es el hombre que amo.

La risa de Óscar era pura ironía.

—Así que Nacho. Sabía que ese tío no era gay. Me mentiste, y ni siquiera entiendo por qué.

—No te mentí —aclaró Sonia—. Yo pensaba que lo era, pero una noche en la que tú estabas de guardia en el hospital... simplemente pasó. Él me dijo lo que sentía por mí y yo no pude evitarlo. Durante un tiempo no sabía a quién querer de los dos. Cuando acepté tu proposición fue porque era lo mejor para Alma. Él no quería nada serio y tú eras la elección correcta. Pensé que con el tiempo me olvidaría de él, pero cada día que pasa estoy más enamorada y no puedo engañarte ni engañarme a mí misma.

—Así que eso fui para ti; la elección segura. Yo pensado que me querías y solo fui para ti una decisión acertada.

Se levantó de la mesa sin querer escuchar ni una más de sus palabras. Sacó unos billetes de la cartera para pagar lo que ella estaba tomando y el vino que habían pedido y se metió el maldito anillo en el bolsillo.

Sonia se levantó a la vez que él.

—Óscar, lo siento de verdad. Sé que no debí...

—¡Basta, Sonia, por favor! —lo dijo más fuerte de lo que pretendía—. Que seáis muy felices.

Dicho eso, salió del restaurante a toda prisa. Iba directo hacia el coche, pero se dio la vuelta hacia la playa para ver si el frío aire del mar lo calmaba al menos un poco. Caminó durante bastante tiempo, no sabía exactamente cuánto, pero para cuando ya estaba acercándose al coche, el sol comenzaba a acercarse al horizonte para dejar paso lentamente a la noche. Justo antes de salir de la playa tomó el anillo entre sus manos y, echándole un último vistazo, lo tiró al mar para que la corriente del agua se lo llevase lo más lejos posible de su presencia.

Llegando al coche, se fijó en un escaparate de una tienda de regalos casi por inercia.

Vio una taza azul con su nombre y una frase en letras blancas y amarillas:

Óscar, te van a pasar cosas buenas y muy interesantes.

Se rio por la ironía de aquellas palabras, como si esa taza se estuviese burlando de él.

Decidió seguir caminando, roto por el dolor. Lo que no sabía es que aquella taza era una premonición de todo lo que estaba por llegar.

Nota de la autora:

Si quieres saber lo que acaba pasando con Óscar te animo a que leas el libro Solo Amigos. En mi perfil de Instagram @rosmary_flower encontrarás toda la información para encontrarlo. Espero que hayas disfrutado de este relato escrito con todo el cariño.



RELATO N°13

Escrito por: Natt Álvarez

Las manos de Cristina, rojas por el frío invernal que estaban viviendo esos días, temblaban por la anticipación mientras se dirigía a llamar a la puerta de la persona que podía hacer que todo en su vida cambiara de golpe. Presionó el timbre de la gran puerta de aquel chalet que se encontraba a las afueras de la ciudad. «Ni en mil vidas podré pagarme una casa como esta», pensó.

—Si es para venderme algún tipo de producto o darme publicidad no me interesa —gritó alguien desde dentro—. Puede probar con la casa de al lado, les encanta gastar su dinero en cosas inútiles.

—No vengo por nada de eso ¿Es usted la señora Rodríguez?

—¿Qué quiere?

—Verá, es algo difícil de explicar a través de una puerta —dijo Cristina, intentando hacerle comprender la complejidad del asunto.

—Pues inténtelo.

Cristina empezó a contar con todo el tacto que pudo, cómo su hijo Mateo empezó a decir que era otra persona, insistiendo en que se llamaba Simón y diciendo que su verdadera madre le estaría buscando. Al principio, tanto ella como su marido pensaron que eran delirios, fruto de su imaginación. Mateo asistió a varios psicólogos, pero ninguno supo dar con la clave de lo que le pasaba, todos ellos insistían en que sería algo temporal.

Mateo empezó a hablar antes de cumplir siquiera un año de edad, y para entonces ya contaba las historias de sus supuestos recuerdos con su otra madre y de la que supuestamente era su mejor amiga, Sara. Todo lo que contaba contenía toda complejidad de detalles. Todos sus recuerdos los expresaba a través de dibujos y en uno de ellos aparecía aquella casa en la que ahora la señora Rodríguez se comunicaba con ella a través de una puerta.

Llegó un momento en el que Cristina no tuvo otra opción que darle credibilidad al relato de su hijo, no podía seguir viéndole sufrir constantemente, preguntando por personas que aparentemente ni siquiera conocía, sobre todo por Sara.

Entonces, contrario a lo que su marido quería, se le ocurrió bucear en la web, buscando entre noticias antiguas y ahí estaba, la casa de los dibujos de su hijo. Al buscar el nombre de Simón y de su madre le había aparecido aquella noticia devastadora de cómo un niño pequeño de tres años de edad, llamado así, falleció debido a una infección provocada por una herida mal curada. Según su madre, el suceso se produjo por una negligencia médica, ya que le indicaron que la herida estaba perfectamente y que sanaría prácticamente sola, pero no se dieron cuenta de que quedaba un pequeño cristal aun bajo la piel, que produjo la infección. Mateo ahora mismo

tenía cuatro años y hacía exactamente cuatro años de que Simón falleciera, con lo que la muerte de uno coincidía con el nacimiento del otro.

—Lo siento por lo ocurrido, señora Rodríguez. ¿Pero sabe qué pasó cuando mi hijo vio su foto en el periódico? —hizo una pausa durante unos segundos—. La llamó mamá...

—Le recomiendo que no juegue con algo tan serio, esto es muy doloroso para mí, váyase o llamo a la policía ahora mismo.

—Por favor, escúcheme, yo no bromearía con algo así. Mi hijo no para de preguntar por usted, llora todos los días. Por favor, por favor... Vea sus dibujos, tengo muchísimas pruebas de que esto es cierto —pidió la mujer llorando, desesperada por ser escuchada.

Cristina intentó pasar todos los dibujos de su hijo por debajo de la puerta, también fotos del niño, quien se parecía en exceso a Simón. Su color de ojos era distinto, uno los tenía verdes y el otro de color azul, pero los rasgos faciales se asemejaban demasiado como para que su madre lo pasara por alto. También tenía una marca de nacimiento en la ceja, en el mismo sitio donde Simón se hizo la herida que provocó su tragedia.

La señora Rodríguez sollozó al ver todo esto y pidió que se lo llevara, no estaba preparada para siquiera tener en consideración algo así, era imposible. Las fotos podrían estar retocadas, pensó. Y cualquiera podría dibujar los exteriores de la casa simplemente mirándola desde fuera, pero entonces vio dibujos del interior de la casa y dibujos de Sara dándose la mano con Simón, llevando los colores de ropa que ambos solían usar. También había dibujos de su padre pilotando aviones, a quien el niño siempre había admirado.

No pudo soportarlo más y pidió a Cristina que se fuera, volviendo a pasar todos los dibujos y fotos por debajo de la puerta. Si su marido Juan levantara la cabeza... Cómo le echaba de menos, tanto a él como a Simón. Jamás podría superar sus pérdidas.

—Piénselo, por favor. Si cambia de opinión, este es mi número —dijo Cristina deslizando una tarjeta de presentación por debajo de su puerta.

Quién les diría a ambas que acabarían siendo inseparables la una con la otra.

Mateo creció feliz, teniendo para sí solo el amor de dos madres —la señora Rodríguez y Cristina—, y de un padre genial. Sus dos vidas parecían haberse mezclado y solapado en una sola y el sufrimiento se vio tremendamente reducido, pero aún sentía que algo le faltaba: Sara.

La señora Rodríguez (Alma, para los amigos) dijo que la niña y sus padres se habían mudado en el momento en que Simón falleció y, a pesar de haber hecho numerosos intentos por localizarla durante mucho tiempo, sus esfuerzos habían sido en vano.

Los recuerdos de Mateo de su vida anterior se fueron diluyendo con el paso de los años, pero siempre quedaban algunos de los que compartió con Sara, soñaba recurrentemente con ella y no había un solo día de su vida que no se acordara de la niña o que no sintiera el impulso de dibujarla. Si la dibujaba, cuando los recuerdos de ella se desvanecieran, al menos quedaría plasmado en papel. De vez en cuando, aún solía llorar su ausencia en silencio, pero no dejaba que su madre lo supiera, porque él en realidad era un niño feliz y no quería que se preocupara por él.

En el colegio y el instituto sacó unas de las mejores notas de su promoción, ya que él sabía que quería ser un gran piloto de aviones y aquello le motivaba a darlo todo cada día. Era su mayor pasión. A los dieciocho años, se graduó con honores y consiguió ser admitido en la

universidad a la que siempre había planeado asistir.

Pero entonces, algo sucedió en los pasillos de la universidad. Por delante de él pasó la chica más hermosa que sus ojos habían tenido el placer de observar. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos en los que todo a su alrededor pareció paralizarse. Y fue cuando escuchó su nombre.

—¿Qué haces Sara? Vamos a llegar tarde a clase, ¡espabila! —gritó la chica que la acompañaba.

Entonces Sara le sonrió amablemente, ella también había sentido algo especial al mirarle, como si se conocieran de antes.

Durante días transitó aquel mismo pasillo, estuvo presente minutos antes de la hora en la que la vio por primera vez, pero no consiguió volver a encontrarse con ella.

Desesperado, intentó preguntar a sus amigos de la universidad, por si por algún casual alguno de ellos la conocía, pero nadie supo decirle quién era. Empezó a dedicarse a dibujarla, pero ahora con su aspecto actual. Una mujer adulta con cara de ángel, unos ojos de color marrón achocolatado y con forma de almendra que le robaron el aliento en una sola mirada.

Mateo hizo todo lo posible por intentar coincidir con Sara de nuevo. Durante toda aquella semana estuvo esperando en el punto donde sucedió su primer encuentro, exactamente a la misma hora. Incluso llegó tarde varias veces a clase debido a esto. No obstante, no tuvo suerte.

No volvieron a coincidir en varias semanas, hasta que un día, por fin, el destino interfirió de nuevo. Uno de sus profesores pidió a alumnos de último año de carrera que fueran a su clase a dar una charla y ahí estaba ella. No pudo despegar la vista de la joven en todo el tiempo que estuvo hablando, estaba seguro de que se habría dado cuenta y sus miradas coincidieron varias veces.

Al final de la clase, la chica esperó pacientemente en la puerta a que Mateo recogiera sus cosas, decidida a hablar con él, con los nervios a flor de piel. La realidad es que Mateo había llamado su atención desde el primer momento en que se vieron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sara en cuanto vio al chico asomarse por la puerta.

Esto tomó a Mateo por sorpresa, quien tuvo problemas a la hora de intentar no trabarse al pronunciar su propio nombre.

—Yo me llamo Sara. ¿Te gustaría quedar algún día para tomar algo después de clase? —preguntó la chica mientras sentía cómo su cara cambiaba de color por momentos.

Mateo estaba tan ensimismado que tardó unos segundos en responder a su pregunta y Sara estuvo a punto de arrepentirse de haber sido tan directa, pero finalmente un rotundo “SÍ” retumbó por el pasillo de la universidad y una sonrisa enorme se perfiló en el rostro de la muchacha.

Días después tuvieron su tan esperada cita por parte de ambos. Quedaron para comer tranquilamente al terminar las clases del día y ambos disfrutaron del tiempo que pasaban juntos, más incluso de lo que se habían imaginado. A partir de aquel momento empezaron a verse a menudo, ambos haciendo esfuerzos por coincidir entre clases, aunque fuera para intercambiar un simple saludo. La felicidad en las vidas de ambos se multiplicaba de forma agigantada cada vez que estaban cerca el uno del otro.

Así, poco a poco, se fue consolidando una relación de amor que fue creciendo con el paso del tiempo, ambos completamente enamorados y felices.

Pero, sucedió un día, a los pocos meses de haber empezado tan bonita relación, que Sara encontró los dibujos de Mateo. Aquellos garabatos que hacía en uno de sus muchos cuadernos de bocetos. En este cuaderno pudo observar dibujos que Mateo había realizado, con ella como modelo. Los trazos eran magníficos y se reconocía a ella misma en ellos.

La parte que fue extraña para ella fue encontrar dibujos de ella cuando era una niña pequeña, eran dibujos tan exactos que estaba segura de reconocerse en ellos. En algunos aparecía dándose la mano con un niño, un niño que fue su mejor amigo y también el trauma de su infancia; Simón. Era claramente Simón, con sus ojos de color azul claro, tan expresivos. Tal y como los recordaba.

¿Cómo era posible que el dolor por aquella pérdida siguiera persiguiéndola más de dieciocho años después? ¿Era esta algún tipo de broma macabra del destino? ¿Cómo podía Mateo haberles dibujado tan a la perfección si nunca le había enseñado ninguna foto de su niñez?

Una lágrima silenciosa se deslizó por su mejilla y cayó de lleno en el cuaderno, justo en el preciso momento en que un Mateo recién salido de la ducha entraba en su habitación y se daba cuenta de la escena que estaba sucediendo en ella, comprendiendo al momento lo que acababa de suceder. Se había olvidado de guardar aquel cuaderno antes de que Sara fuera a su casa.

La chica no le dio mucho tiempo de explicarse debido a la conmoción y la mezcla de emociones que se arremolinaban en sus pensamientos que hicieron que saliera de la casa despavorida en un estado de nervios que no había experimentado en muchos años.

Días después del desafortunado incidente, Mateo decidió contarle toda la verdad a su novia, sabiendo que lo más probable es que ella no creyera ni una sola palabra de lo que estaba hablando y corriendo el riesgo de que se alejara de él por completo.

Cuando Mateo terminó de contarle todo desde el inicio, incluyendo el hecho de que creció conviviendo tanto con su madre biológica como con Alma, la que fue su madre en su vida anterior. La cara de Sara reflejaba todo un torbellino de emociones. No podía creer lo que sus oídos estaban escuchando, ¿cómo una persona podía estar tan enferma como para inventarse historias así? La estaba causando daño y tenía que estar haciéndolo premeditadamente, estaba segura de que la había estado espiando y se estaba inventando todo aquello por algún motivo.

De nuevo pidió a Mateo tiempo para pensar en todo aquello, debía estar loco, era imposible que todo lo que le había contado fuese verdad. ¿Pero y si lo fuera? ¿Qué significaría todo aquello para ella?

Decidió hacer una visita a Alma, quien la recibió con sorpresa y una sonrisa amable en la cara. Tomaron café y charlaron durante horas y se dio cuenta de que la estancia entera estaba llena de fotos de Mateo desde que era un niño. Aprovechó aquello para preguntar lo que realmente quería saber.

Alma confirmó con cautela que la historia del chico era cierta y de verdad se había criado con ella. Ahora solo quedaba averiguar si todos estaban locos o realmente la historia era real y aquella persona por la que lloró tantos años atrás y de la que había borrado prácticamente de sus recuerdos estaba viva, pero en el cuerpo de otra persona.

El 14 de febrero llegó y su corazón aún se encontraba lleno de dudas, aún no se había atrevido a dirigirle de nuevo la palabra a Mateo, exceptuando algún saludo rápido si coincidían en los pasillos de la universidad. Aquel día todo el mundo hablaba de sus parejas y de los regalos que iban a hacerles, excepto ella, quien andaba cabizbaja de un lado para otro. Hasta que llegó a una de sus muchas horas de clase del día y en su pupitre encontró una cesta llena de rosas de color rojo que parecían no ser naturales, pero que le parecieron preciosas.

En una nota escondida, entre ellas, encontró la firma del culpable de aquel bonito gesto. Y, por supuesto, era Mateo.

Cuando éramos pequeños arranqué muchas flores del jardín de mi casa para ti porque sabía que te gustaban mucho. Cuando te las entregué te pusiste a llorar y me dijiste que eso las hacía sufrir. Aprendí a cuidarlas y disfrutar de su belleza sin dañarla y prometo hacer lo mismo con el amor que siento por ti.

Feliz San Valentín.

Mateo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y en lo más interior de su corazón confirmó lo que una parte de ella ya sabía. Mateo no era solamente su alma gemela y el amor de su vida, sino que también fue su mejor amigo y su primer amor de la infancia, de quien jamás se olvidaría.

Salió corriendo de su clase para encontrarse con él y fundirse en un beso que deseaba poder seguir repitiendo cada día por el resto de su vida.

FIN

Nota de la autora:

Mi nombre es Natalia Álvarez, ha sido un placer compartir contigo este relato por San Valentín; confío en que haya logrado sacarte al menos una sonrisa.

Si te ha gustado la historia, seguro que te encantará mi libro “Mi origen, mi maldición”.

¡Que pases un feliz San Valentín!

© Natalia Álvarez



RELATO N°14

Escrito por: Nerea Araujo

TRES DÍAS ANTES

Me llamo Nadia y soy un desastre con todo.

Tengo veinte años y ya trabajo, pues lo de estudiar una carrera no era lo mío, por lo que decidí buscarme algo para ganar dinero, aunque fuera poco e intentar emanciparme de una vez por todas.

Como siempre, iba corriendo hacia la parada del bus, puesto que para llegar al local de hostelería en el que trabajaba, me quedaba a quince minutos.

Llevaba el tiempo justo, normalmente estaba ya el autobús en la parada cuando yo, con la lengua fuera, subía la última por los pelos.

Pero hoy fue diferente, miré extrañada el reloj pensando que quizá lo tenía fuera de hora. Pero parecía ser, que estaba bien.

— Qué raro, ¿irá con retraso?

Había un chico sentado en la marquesina, y en la otra punta del banco, me acomodé yo para la espera.

Le observé de reojo, era guapo, parecía bastante alto, con el pelo negro como el carbón y algo largo y alborotado. Tenía un perfil atrayente. Y un cuerpo de escándalo. «Este va al gimnasio todos los días, seguro». Pensé disimulando.

Se encontraba absorto en su teléfono móvil, ese que casi nunca utilizaba yo.

No me gustaban nada las redes sociales, ni exponer mi vida en capítulos, tampoco era lo mío eso de conocer gente, de hecho, pocas amigas tenía, solo dos, Triana y Zoraida.

Antes de que llegara el medio de transporte — que ya me parecía larga la tardanza —, el chico se levantó, poniendo a sus espaldas anchas una mochila que reposaba en el asiento, y, sin decir hasta luego, se fue.

Unos minutos después, reparé en que había una bolsa de plástico en el suelo.

Arrastré mi culo por todo el banco hasta llegar a su posición, giré mi cabeza a derecha e izquierda para ver que no había moros en la costa y, como soy una auténtica cotilla, la agarré y la puse a mi derecha, y allí mismo inspeccioné lo que había en su interior.

Había un ramo de rosas negras artificiales, eran mis favoritas, lo extraño era que olían como si fueran naturales. «Le pondría alguna esencia, ¿a qué huele? Mmm, es un olor muy fino, me encanta, huele como a ¿regaliz negro?». Volví a dirigir mi mirada confusa a esas flores y una ligera sonrisa tonta apareció en mi rostro.

El regaliz negro, su sabor y su olor, era de mis favoritos.

Esto se ponía interesante.

Hurgué más y había dos cajas, una pequeña y otra grande, envueltas en papel de regalo, lo más inquietante era que ese papel llevaba un montón de rosas de ese mismo color, parecía obsesivo, pero me gustó.

Llegó el autobús y me sacó de mi ensoñación.

Coloqué las rosas en la bolsa, corrí hacia la puerta, saqué el billete y me senté en una de las primeras plazas del mismo, no me gustaba nada ir atrás o en el centro, me mareaba.

Allí no abrí los paquetes, porque me parecía algo íntimo «Alguna chica se había quedado sin regalo». Sabía que esto estaba mal, pero es que me apetecía tanto saber qué había que no pude resistirme. También podría haber consecuencias y no era del todo consciente. La verdad, me daba absolutamente igual lo que fuera a suceder. Estaba feliz porque aquel apuesto hombre, dejara aquella bolsa olvidada y de haberla cogido yo.

Mi mente estaba con los pensamientos a tope, y en un visto y no visto, llegué a destino.

Todavía no había comenzado mi jornada y ya tenía ganas de acabar para llegar a casa y ver el contenido de aquellos dos paquetes. Estaba ansiosa, y cuanto más pensaba en ello, menos se movían las agujas de aquel maldito reloj de pared que colgaba frente a la barra.

Cada vez que alzaba la vista hacia el aparato, solo habían pasado dos minutos.

Estuve muy distraída por el tiempo y pensando en la bolsa, en la rosa, en el chico y sucedió algo catastrófico.

Me tropecé con una compañera, y menos mal que solo eran bebidas las que cayeron al suelo, haciéndose las botellas añicos, vertiendo su contenido en el pavimento y poniéndolo todo perdido. Las copas, y vasos que portaba en la bandeja, por suerte, libraron.

— ¡Oh, mierda! Perdona Maca. Dios, no sé en qué voy pensando.

— Tranquila, yo recojo este desastre, ve a por la bebida y atiende la mesa.

— Vale, gracias, no sabes cuánto te lo agradezco, si es que soy una patosa.

— De verdad, no pasa nada, ve, ve, corre, que están esperando. Y mirádonos. — Me dirigió una mirada de madre mía, sí que eres un desastre, sí.

Negó con la cabeza y fue a por una escoba, recogedor y fregona, porque sí, aquello había que fregarlo o se quedaría pegajoso como el chicle.

Por fin, decidí centrarme en el trabajo y no volver a liarla parda, o acabarían echándome y luego no podría subsistir. (Lo sé, soy muy dramática).

Sin que mi mente divagara demasiado, logré solventar el día sin más percances.

Al acabar la jornada, me despedí de mis compañeros y me fui a galope tendido a por mis pertenencias a la taquilla para irme directa a casa.

Tenía el corazón a mil cuando ya estaba cerca de la marquesina a la que llegaría en bus de vuelta porque había un chico allí esperando, era la misma escena de antes.

Me senté disimuladamente al otro lado, dirigí mi mirada de reojo hacia él y respiré, no era el chico que se había olvidado la bolsa, pensé que tendría que devolverla y quedarme con la intriga, eso era algo que no llevaba bien, tendría que sonsacarle que había en el interior de las cajas, torturarlo o algo, para saber más.

Llegué a casa con ansias, así que, abrí la puerta con premura, cerré tras de mí y saludé a mis padres.

— ¡Hola, mamá; Hola, papá! Ya estoy en casa, voy a mi habitación — grité lo que pude para que se dieran cuenta de que era yo, y me cerré en mi espacio favorito de la casa.

Me puse cómoda, tanto que hasta el pijama y las zapatillas fueron mi atuendo en cosa de minutos. Me coloqué encima de la cama cruzando las piernas y ante mí puse la rosa, y los dos paquetes.

— Bueno, es mi momento. Voy a abrir primero el grande.

Sin más dilación, rasgué el papel tan bonito que llevaba y para mi sorpresa había bombones.

— Mmm, qué ricos. Me encantan. Ahora a por el pequeño, como sea una joya me da un ataque de histeria.

Pero al abrirlo, me quedé petrificada.

Había un sobre negro, que abrí, evidentemente y ponía algo que me causó un impacto brutal.

Caja mágica:

Nadia, en la tapa de esta caja hay un reloj. A las doce y un minuto del día 14 de febrero, San Valentín, se abrirá.

El poseedor de esta reliquia, podrá pedir tres deseos, no materiales, o se romperá el hechizo para siempre y la caja se volatilizará.

Una vez pedidos los deseos, se volverá a cerrar y tendrás que abandonar la caja a su suerte para que otra persona espere al siguiente San Valentín y así poder cumplir nuevos deseos a otras personas.

Si no la abandonas, tampoco se concederán tus deseos y una maldición sobre tu persona pesará para siempre.

Me quedé atónita, la caja era pequeña y sí, ahora que reparaba en ella, había un reloj en la tapa que marcaba el día y la hora exacta.

Lo guardé a buen recaudo hasta la fecha.

Eso sí, los bombones me los comí en los días siguientes y las rosas las coloqué en la mesita de noche. Mi habitación olía a regaliz negro y ese olor la hacía más relajante y acogedora si cabía.

EL CHICO MISTERIOSO

Llegué a casa, nervioso, pero al fin y al cabo con ganas de que sucediera lo que tuviera que suceder.

Me había olvidado el regalo de mi estirada novia en la parada del autobús, ese que no cogí porque decidí que era mejor caminar para calmar mi corazón y mi mente.

Hacía tiempo que la cosa no iba bien con ella, puesto que era demasiado materialista y era una cualidad que en realidad no soportaba.

Cada vez estaba más a disgusto con mi pareja y no sabía cómo hacerla enfadar y que fuera

ella la que diera el paso. Sí, efectivamente, era un cobarde, pero es que no tenía muchas ganas de discutir, me agotaba física y mentalmente y no era el momento.

Tenía unos importantes exámenes encima y solo podía pensar en aprobar o tendría que ponerme las pilas para sacar la maldita carrera de ingeniería. Carrera que ni siquiera quería estudiar, solo lo hacía por mis padres.

Tampoco quería decepcionarlos.

— ¡Hola, amor! Ya estás en casa, ¡qué bien! Por cierto, quedan solo tres días para San Valentín, me comprarás algo bonito, ¿no? — Dijo de carrerilla, sin siquiera darme un abrazo, preguntarme qué tal había ido todo, o darme un simple beso.

Echaba de menos ese tipo de detalles o afecto por parte de ella.

Le di cara sin pensarlo demasiado.

— Sonia, este año no tengo ni ganas, ni tiempo, ni dinero suficiente para regalarte algo que vaya contigo, algo que esté a tu altura o que te encante, por lo que había pensado en salir e invitarte a cenar en algún restaurante barato, menos es nada.

Enfureció, lo supe en cuanto frunció el ceño y cogió aire por la nariz, esa que ahora aleteaba sin control.

— ¡No lo dirás en serio, Matt! Juro que como no me traigas un regalo, aquí acaba lo nuestro, ¡serás capullo!

No me dio opción a réplica, se fue como un vendaval y tras ella se escuchó un portazo exagerado, vamos, de los que casi se cae la puerta a cachos.

Me daba bastante igual, la verdad, estaba hastiado de su actitud.

LLEGÓ EL DÍA

Dieron las doce, y un minuto y como decía aquel papel que tenía guardado a buen recaudo bajo la caja, se abrió.

La mantenía entre las manos hasta el momento justo.

Cuando hizo el clic hasta di un respingo.

La observé sin pronunciar palabra, era una maravilla. Dentro había una figurita como si fuera un genio de la lámpara de porcelana, muy llamativa, pero tampoco la toqué, parecía muy delicada. El interior estaba tapizado en terciopelo rojo.

Era el momento y tenía claros los tres deseos que pediría.

— Mi primer deseo es que el chico misterioso me busque.

— Mi segundo deseo es que ese chico misterioso y yo nos enamoremos.

— Mi tercer deseo es que juntos tengamos una vida plena, como la que tienen mis padres.

La caja se cerró con suavidad, y escuché cómo su cierre volvía a hacer clic.

Mi corazón estaba desorbitado y latía frenéticamente.

Al día siguiente, hice lo que pedía la carta, la sellé para que solo la persona que obtuviera la caja lo pudiera leer y lo llevé a una tienda de antigüedades que se encontraba a dos calles de mi casa.

Pensé en venderla, pero en la hoja ponía claramente que la caja no podría rodearse de nada material, por eso, decidí regalarla para que la chica de la tienda la vendiera o hiciera con ella lo que quisiera.

— Hola, Laura, buenos días.

— Buenos días, Nadia, ¿qué te trae por aquí? — preguntó animada.

— Verás, encontré esa bonita caja, me gustaría donarla a la tienda, dado que es de antigüedades, quizá esta reliquia quede bien entre tus objetos. Lleva una historia, no intentes abrirla ni ver lo que contiene el sobre, solo dásela a otra persona que pregunte por ella para hacer un regalo especial.

— Mmm, me parece algo interesante, es bonita. Perfecto, haré como dices. Imagino que este sobre cuando la entregue a otra persona que la quiera tiene que ir con ella, ¿verdad?

— Efectivamente. Muchas gracias, Laura, ojalá funcione, algún día te contaré un secreto.

— Ja, ja, ja, muchacha, eres la reina de la intriga. Tranquila, la dejas en buenas manos.

Ahora, solo quedaba esperar.

TRES DÍAS DESPUÉS

Aquel chico misterioso de pelo alborotado apareció en el local donde ella trabajaba. Pidió regaliz negro y se enamoró perdidamente de Nadia.

Al final, lograron vivir juntos, estaban tan enamorados que se casaron.

Tanto ella como él, encontraron en el otro lo que buscaban, felicidad, sentimientos, detalles, besos y caricias, plenitud en el amor.

NADIA

Sentada en el sofá con una manta por encima y una taza de té humeante entre mis manos, mirando cómo nevaba por la ventana y al calor del hogar, suspiré. «He encontrado lo que tenéis vosotros, mamá y papá, soy muy feliz y además ¡Estoy embarazada! Cuando todos se enteren, verás».

FIN

Nota de la autora:

Agradecer al equipo de @libros.autopublicados por esta maravilla de proyecto y a todos los autores que forman parte de ello por el magnífico trabajo realizado.

Mis libros los puedes encontrar en:

Instagram: @nereaaraujoautora

Web: www.nereaaraujo.com

Amazon: Nerea Araujo

© Nerea Araujo



Deuda pagada



RELATO N°15

Escrito por: Pilar Guzmán

Despertó con la misma inquietud que cada año esta fecha le producía, con puntualidad castrense, desde hacía varios años cada 14 de Febrero. Era una sensación agri dulce, entre la expectativa ansiosa y el alivio que vendría unos minutos más tarde.

Se desperezó, estirando los músculos un poco entumecidos por las horas de sueño, sintiendo el placer de ir destensando su cuerpo. El día estaba muy frío, lo notaba en los huesos doloridos por la edad, por esa estela nociva y dolorosa que los años acumulados van dejando sin que exista vuelta atrás.

Al levantarse, tuvo cuidado de no molestar a la gata vieja y gruñona que dormía a su lado buscando el calor humano y la compañía que atemperaba la soledad de las dos, desde tanto tiempo ya.

Buscó a tientas la bata que descansaba a los pies de la cama cada invierno como una parte más del paisaje de aquella habitación ordenada y acogedora. Todavía era de noche casi cerrada, pero acostumbraba a despertarse temprano y ese día no iba a ser una excepción.

Antes de nada, ni siquiera de pasar por el cuarto de baño, se dirigió a la entrada de la casa, encendió las luces al pasar por el salón y, como era su costumbre cada mañana al empezar el día, le lanzó un beso a la foto de su difunto marido que adornaba con su cálida sonrisa una mesita auxiliar.

Recorrió el largo pasillo, cada vez con más premura, como si su energía se fuera activando con el deseo de llegar más rápido a la meta que suponía la puerta del piso.

Aun así, se paró un momento y tomó aire antes de descorrer los dos cerrojos que instaló cuando al enviudar se sintió más sola y vulnerable que nunca.

Abrió muy despacio, escuchando la música de la puerta que hacía tiempo que chirriaba y hacía tiempo también que se decía a sí misma que debería engrasar.

Miró al suelo, y allí estaba, como cada año y en esa misma fecha, el precioso ramo de rosas, de un rojo casi violento, aguardándola en el felpudo como una invitación, como un desafío.

Lo tomó en sus manos, que amagaban un cierto temblor nervioso, y cerrando los ojos aspiró aquel aroma tan sutil y repetido.

Con aquel ramo en los brazos como si fuera un bebe, se trasladó a la cocina, donde ya esperaba un jarrón en el que vertió agua y colocó las flores con mucha dulzura y parsimonia.

Solo entonces, empezó con el ritual del resto de los días, el ritual cotidiano: prender la calefacción, preparar el café y servirle una lata a su fiel compañera gatuna, que ya esperaba junto

a ella emitiendo sutiles maullidos para captar su atención.

Solo ese día, en todos los que componían el año, era relegada a un segundo lugar, y la causa era aquel ramo anónimo que llegaba puntual a la cita como un amante más que deseado. Una vez que las prioridades estuvieron ordenadas, las dos se dirigieron a su sillón preferido del salón. Una, con un tazón de café humeante en mano, y la otra relamiéndose con esa sensualidad que los felinos saben imprimir a todos sus movimientos.

Encendió la tele por inercia, pero la verdad es que su mente estaba dispersa y sus pensamientos se deslizaron a aquel 14 de Febrero en el que abrió la puerta de su casa muy temprano y se encontró con aquella belleza en forma de flores frescas por primera vez.

Entonces era más joven y activa. Su marido había muerto seis meses atrás, y aunque siempre la había amado, nunca tuvo detalles como ese de regalarle flores.

Su mente se dirigió por iniciativa propia a aquellos tiempos cuando aún eran novios y ella se quejaba de que nunca la sorprendiera con regalos o detalles inesperados.

Él se reía e intentaba compensarla dándole dinero para que se comprara un capricho, pero no era lo mismo, nunca lo sería. Envidiaba a sus amigas, cuyas parejas las colmaban de flores y joyas, y no por el valor que estas tuvieran, porque era una mujer sencilla y nunca le faltó nada. Los dos tenían una vida desahogada gracias a su trabajo, pero no era eso, era la ilusión de ponerle un poco de romanticismo a su relación.

Por otra parte, nunca tuvo una queja sobre él, ya que siempre la amó y cuidó. Siempre estuvo a su lado tanto en los momentos malos como en los buenos, atento y cariñoso, él fue su pilar en la vida.

Cuando nació su único hijo, se centró en su faceta de madre y su trabajo, y aun amando a su marido como nunca dejó de amarlo, se olvidó de aquella visión romántica del amor que la había acompañado desde su juventud.

Una llamada de teléfono la sacó de su ensoñación.

—Hola, mamá.

Escuchar esa voz tan querida la hizo sonreír sin siquiera darse cuenta. Ese era el efecto que le producía escuchar al otro amor de su vida.

—¿Qué haces levantado tan temprano hijo? —inquirió un poco extrañada, porque era un día festivo y no necesitaba madrugar.

—Me gustaría ir a comer contigo, si no tienes planes hoy —ofreció él, a sabiendas de que muchos domingos su madre salía a comer con sus amigas de siempre.

—Pues claro hijo, no pensaba salir, prepararé algo que te guste y comemos aquí juntos.

Le contestó feliz, y ya pensando en qué tendría por el congelador que pudiera servirle para preparar algún plato apetitoso.

Después de colgar, se puso manos a la obra. Ordenó la casa, cocinó y se arregló, echando una ojeada al espejo antes de preparar la mesa que presidía el jarrón con las flores recién llegadas.

La comida transcurrió entre charlas de mil temas, hasta que los dos, sentados en el sofá y dispuestos a tomarse el café, el hijo le anunció con voz grave.

—Mamá, tengo que contarte algo.

Lo dijo tan serio, mirándola a los ojos, que la mujer sintió que su corazón, por un breve momento, dejaba de latir y solo pudo quedarse en silencio, esperando que continuara hablando y temiendo que algo grave pudiera acechar a su único hijo.

—Soy consciente de que llevas muchos años dándole vueltas a la procedencia de ese ramo de flores que con puntualidad llega cada año en esta fecha de forma anónima, y que nunca pudiste averiguar quién lo enviaba-

La mujer asintió extrañada de que la conversación tomara esa deriva que ella no esperaba.

—Hace unos meses se cumplieron veinticinco años de la muerte de papá. Pues bien, unos días antes de su muerte, y consciente de que le quedaba poco tiempo, me dio una carta, con la condición de que la abriera después de su fallecimiento y no lo dijera a nadie, ni siquiera a ti, y así lo hice. Me pedía lo que decía que era un gran favor: desde el siguiente San Valentín y todos los años venideros, debía depositar un ramo de rosas rojas delante de tu puerta, y hasta que no hubieras recibido veinticinco veces aquellas flores, no debía decirte nada, porque serían todos los años que habíais pasado juntos sin que hubieras recibido ese regalo que él sentía que te debía. También me pedía que el día de hoy te recordara que estuviera donde estuviera, él no dejaba de amarte.

Ella solo pudo responderle con un río de lágrimas que brotaron en silencio derramándose por sus mejillas.

Nota de la autora:

Autora versátil cuya obra abarca desde el esoterismo y la novela negra hasta la poesía, todas mis obras se pueden encontrar en Amazon

Muchas gracias por leerme, ha sido un verdadero placer participar en esta iniciativa.

© Pilar Guzmán



Al orillas del río Clyde



RELATO N°16

Escrito por: Sarah Valentine

Ese 14 de febrero había amanecido frío y gris en Glasgow. Parecía que los nubarrones oscuros, que cubrían el cielo de su ciudad, anunciaban que ese día, lejos de ser para Ewan Wallace una fecha para celebrar el amor, sería, desde entonces, un recordatorio cruel de la traición y el dolor que estaba a punto de vivir.

Después de aparcar su flamante deportivo frente a la puerta de la carísima y exclusiva casa, que pronto compartiría con Nancy, su prometida, Ewan bajó del coche con un enorme ramo de rosas rojas en la mano. Antes de entrar a la casa, observó las flores y las olió, tratando de guardarse ese aroma como uno de los recuerdos bonitos de ese día. Además, las rosas, que se había encargado personalmente de seleccionar con cuidado y amor, eran un gesto de su profunda devoción y compromiso con Nancy.

Al abrir la puerta de la casa, escuchó reír a su prometida en el salón. En ese instante, supuso que estaría hablando por teléfono, por lo que se adentró, sonriente, en la sala con el ramo entre las manos. Sin embargo, cuál fue su sorpresa cuando al entrar en el enorme salón, encontró a Nancy desnuda y con Dylan, su profesor de pádel, entre las piernas.

—¿Ewan? ¿Qué haces aquí? —preguntó la joven fuera de sí, aún con el profesor de pádel en la misma posición.

Aquella esperpéntica escena que tenía frente a él, se clavó en su corazón como una afilada espina. En ese mismo instante, Ewan giró sobre sus talones y salió corriendo de la casa, sin cruzar ni una palabra con la que, hasta ese momento, había sido la mujer con la que estaba dispuesto a unir su vida.

Corrió tan rápido como el peso de la traición, que arrastraba sobre sus hombros, le permitía. Desorientado y abrumado por la emoción, Ewan acabó en la orilla del río Clyde. Se sentó en una de las enormes y redondeadas piedras que había en la orilla y desde ahí dejó que su mirada se perdiese entre las frías y oscuras aguas del río. Las lágrimas brotaron libremente de sus ojos, cada una era un testamento silencioso de su amor perdido y de un futuro que ya nunca sería. Mientras en su cabeza se repetían las imágenes de Nancy en brazos del profesor de pádel, arrojó el ramo de rosas al río, observando cómo el agua lo arrastraba corriente abajo, llevándose con él su desconsuelo y sus esperanzas.

De forma paralela, a la vez que Ewan se enfrentaba al dolor que acababa de romperle el corazón, en la otra orilla y varias decenas de metros más abajo, Skye MacIntyre se encontraba sumergida en sus propios pensamientos.

San Valentín no significaba nada para ella ese año, excepto un doloroso recordatorio de su propia decisión de cerrar su corazón al amor. Después de la difícil ruptura que había vivido por

culpa de su exnovio, había elegido centrarse en su arte, su verdadera pasión, dejando a un lado todo lo que tuviese que ver con los hombres y el corazón.

Mientras observaba cómo el agua del río bajaba, de improvisto vio algo inusual que flotaba sobre ella: un ramo de rosas rojas que la corriente arrastraba río abajo.

Intrigada y un poco sorprendida, Skye sacó el ramo del agua. A pesar de estar algo deterioradas por su particular viaje, las rosas aún conservaban buena parte de su belleza, aunque esta parecía ser triste y melancólica.

Con el ramo entre las manos, Skye no pudo evitar sonreír ante lo que le parecía una ironía del destino, pues, después de todo, ese San Valentín, finalmente, había recibido un regalo.

De vuelta a su estudio, Skye decidió utilizar el ramo como fuente de inspiración para plasmar sobre en un cuadro ese particular día de San Valentín. A la vez que preparaba las pinturas y elegía el lienzo, dentro de su cabeza giraba sin descanso un torbellino de pensamientos sobre lo que acababa de vivir.

¿Quién habría tirado esas rosas en el río?

O ¿se le habrían caído a alguien a quien se las acababan de regalar como muestra de su amor puro?

O tal vez ¿habían presenciado una historia de amor roto?

O quizá ¿debían sanar una relación maltrecha?

Con cada pincelada que Skye trazaba en el lienzo, aparecían más preguntas sobre las posibles razones que habían hecho que ese ramo acabase flotando sobre las oscuras y gélidas aguas del río Clyde.

Mientras tanto, Ewan, sentado sobre la misma redondeada piedra a orillas del río, contemplaba las aguas turbulentas, reflexionando sobre cómo su vida y sus planes de futuro más inmediatos acababan de saltar por los aires de manera cruel y cuando menos lo esperaba. Las lágrimas continuaban precipitándose por sus mejillas, mientras el viento, cada vez más frío, le dejaba las manos y la cara entumecidas. La imagen de Nancy con otro hombre seguía atormentándolo y rasgándole el pecho de arriba abajo.

¿Podría superar aquella traición?

¿Volvería a confiar en una mujer?

No, estaba convencido de que no sería capaz de volver a dejarse llevar por los sentimientos, ni volvería a establecer una relación con otra chica. No estaba dispuesto a que nadie le volviera a romper el corazón, como Nancy acababa de hacer. Así que, a partir de ese instante, usaría a las mujeres para cubrir sus necesidades sexuales, sin duda, era lo mejor. Si era un hombre de negocios astuto y pragmático, en adelante también lo sería en los asuntos del corazón.

La pintura de Skye de ese 14 de febrero se convirtió en una representación vívida de las emociones que la invadían en aquel momento: los vibrantes tonos rojos de las rosas contrastaban con los matices oscuros del fondo del río Clyde, simbolizando la dualidad del amor y el dolor. Así, a través de su arte y de plasmar sus sentimientos sobre el lienzo, encontró su propio camino hacia la sanación de sus heridas, una forma de procesar su soledad y su dolor.

De esa manera, ese 14 de febrero, Ewan y Skye, desconocidos en aquel momento el uno para el otro, compartieron una especial conexión a través de un ramo de rosas rojas. Un gesto de desesperación de un lado y un descubrimiento inesperado del otro tejieron el inicio de una

historia que más adelante acabaría uniéndolos.

En sus respectivas soledades ese día, ambos habían encontrado un atisbo de esperanza en ese regalo anónimo del destino, un regalo que marcó el comienzo de la que acabaría siendo la hermosa historia de amor, que les aguardaba en un futuro no demasiado lejano.

Nota de la autora:



Si quieres saber cómo continúa la historia de Ewan y Skye, te animo a que leas: La musa de mi corazón, la primera entrega de la serie Familia Wallace.

Soy Sarah Valentine, escritora de novela romántica contemporánea ambientada en Escocia. Si quieres conocer mis novelas, muchas de las cuales han sido Bestseller y continúan ocupando los primeros puestos de Amazon, puedes encontrarlas aquí:

© Sarah Valentin



La flecha de Cupido



RELATO N°17

Escrita por: Trisha Sanz

Esquivé uno de los cientos de Cupidos que iban de un lado para otro de la enorme sala, con sus infantiles arcos de plástico y flechas de juguete cuya punta era un corazón, tropezando sin querer con una pareja que parecía estar devorándose la boca en un rincón, como si fuera la primera vez que descubriesen el arte de besar.

Tras musitar una disculpa apenas audible, seguí intentando abrirme paso entre el gentío, esquivando y empujando con cuidado, pues a aquellas horas de la madrugada, la mitad de la gente que se arrastraba por la pista eran prácticamente zombies a los que el alcohol les había perjudicado notablemente -sin contar que no hubieran visitado el baño para ayudar a ese estado tan lamentable-, deseosa de poder llegar hasta el balcón para que me diera un poco de aire fresco, pues tenía la sensación de estar bañada en miles de sudores al mismo tiempo, el hecho de que el ambiente estuviese ya sobrecargado, y que, sin saber cómo, había perdido de vista a Lidia, habían creado en mí una creciente ansiedad que necesitaba liberar antes de que pudiera consumirme por completo.

Además, ver a tantos Cupidos juntos en paños menores, me estaba creando un serio trauma del que estaba segura que me costaría recuperarme.

No me malinterpretéis: no voy a negar que lo cierto era que había algún que otro Cupido al que era imposible resistirse a mirar, sobretudo aquellos que tenían el pelo corto y despeinado, morenos, y con unos increíbles ojos marrones que te retaban a perderte en ellos en cuanto cruzaban una mirada contigo, pero de la misma manera en que habían Cupidos que estaban de buen ver, también habían Cupidos babosos y salidos, que no te dejaban en paz, y con eso, me refería a que te seguían de una punta a la otra de la sala si hacía falta como un perrito faldero, mientras te rozaban accidentalmente con una de sus flechas, y no podías evitar que un escalofrío te recorriese la espalda con tan solo imaginar en quedarte a solas con él, cosa que yo había cruzado los dedos hasta haber logrado despistar entre tanto gentío a mi Cupido baboso.

«No debería de haber venido a este estúpido lugar», me dije, lamentándome, mientras me acercaba a la barandilla para apoyar los antebrazos sobre ella, inclinando mi cuerpo ligeramente hacia adelante y perdiendo la mirada hacia el horizonte, el cual todavía era oscuro y todavía no se podían distinguir las siluetas de las montañas. «No sé cómo diantre me he dejado convencer...»

Pero lo cierto era que sí lo sabía: porque no soportaba estar aquella noche encerrada entre las cuatro paredes que conformaban mi casa, sintiendo cómo el techo se me caía encima y la tristeza me sugería que tal vez lo mejor sería que acabara lanzándome por la ventana: la ausencia de Andy era una cruel condena a la que me había visto obligada tener que cumplir desde que cogió sus cosas y se largó, sin mirar atrás, hacía ya poco más de medio año.

Desde entonces, yo no había podido levantar cabeza. Y con el amor flotando en el aire allí adónde fuera teniendo en cuenta de que estábamos a catorce de febrero, el día de los enamorados, y que las floristerías mostrarían en sus escaparates enormes y preciosos ramos de flores, tentando así a los hombres en comprar, menos todavía.

Pero quedarme en casa tampoco era la solución, y menos cuando había tenido la sensación de que la fragancia del perfume que solía usar Andy parecía intensificarse por cada rincón de mi pequeño y modesto piso, y creía que acabaría cediendo a la sugerencia de mi amiga suicida interior, así que, en cuanto Lidia me había sugerido que la acompañara aquella noche hasta allí, no sin cierta cautela, pues no es que me causara emoción aquel día en especial, no había dudado en decirle que sí, cogiéndola por sorpresa.

Sin embargo, en aquel momento, me estaba arrepintiendo.

—Acabarás cogiéndote un buen resfriado si sigues mucho más rato aquí fuera sólo con ese fino vestido. —Di un respingo, sobresaltada, volviéndome con rapidez hacia el recién llegado—. Lo siento, no quería asustarte... —Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios, mientras acababa de acercarse a mí.

Apoyó los brazos sobre la fría barandilla de hierro mientras perdía la vista unos segundos en la misma dirección a la que yo había estando mirando, ensimismada en mi patético sentimiento de infelicidad, para luego volver a mirarme, con curiosidad, pues yo todavía no me había dignado a pronunciar palabra alguna.

—Creo que debería ser yo la que debería de disculparse —dije finalmente, mientras le sonreía por fin, con cierto aire de culpabilidad—. Estaba tan ensimismada en mis cosas, que incluso he logrado silenciar de algún modo ese ruido ensordecedor que hay ahí dentro. —Volví a apoyar los antebrazos sobre la barandilla, imitando su gesto, y dejé perder la mirada de nuevo en la lejanía.

—¿Una mala noche? —Me preguntó entonces, con un tono comprensivo que logró sorprenderme.

—Más bien, extraña —le comenté, volviéndome de nuevo hacia él para observarle con atención por primera vez—. Con todos esos Cupidos medio desnudos ahí dentro, y los gritos de las mujeres que ya van bastante borrachas, creo que mi cabeza ha colapsado... —Le miré de arriba abajo, mostrando aprobación hacia su indumentaria, que no era otra que unos pantalones tejanos negros y una camisa -también negra- donde la corbata de color azul destacaba, ofreciéndole un aspecto desenfadado y "deportivo" con ayuda de las bambas -también azules- que lucían sus pies, haciendo que una tímida sonrisa asomara en sus labios—. Y debo agradecer que no haya sido uno de esos Cupidos el que haya querido a venir a hacerme compañía esta noche, porque creo que no podría haberlo soportado... —Decidí dejarle de mirar de aquel modo, pues cabía la posibilidad de que no tardara en sentirse incómodo y creyera que yo era una psicópata o algo por el estilo—. ¿Y cuál es tu excusa? —Le pregunté, volviéndome a mirar enfrente, aunque la mirada no tardó en caer hacia el patio de abajo, donde se aglomeraba una cantidad de personas agobiante.

—¿Mi excusa? —preguntó, con deje gracioso. Volví de nuevo la cabeza hacia él, asintiendo—. ¿Por qué crees que he necesitado una excusa para salir? —Quiso saber, acercándose unos centímetros a mí, los justos para encender mi alarma interior.

—Bueno —empecé a decir con cierto titubeo, visiblemente nerviosa—. Hace un par de minutos me has dicho que acabaría cogiendo frío si seguía aquí fuera por mucho tiempo así que,

no creo que hayas salido por propia voluntad... —La sonrisa se ensanchó en sus labios, y, acercando entonces solo su rostro hacia mí, decidido, contestó:

—Lamento tener que discrepar acerca de eso... —Guardó silencio unos segundos, sin dejar de mirarme detenidamente a los ojos, y entonces caí en la cuenta de que ni siquiera nos habíamos presentado todavía.

—Julia. —Me presenté, esbozando una tímida sonrisa.

—Lamento tener que discrepar acerca de eso, Julia —repitió entonces, devolviéndome la sonrisa—. Porque lo cierto es que, en cuanto te he visto aquí fuera, no me lo he pensado dos veces para venir a hablar contigo. Por cierto, me llamo Jeffrey. —Se presentó entonces, alargando una mano para que se la estrechara, sin dejar de mirarme con atención. Incluso me pareció que ver un pequeño destello en sus pupilas, en cuanto nuestras manos se encontraron para estrecharse—. ¿Qué te parece si seguimos hablando dentro, o vamos a un sitio más tranquilo? —Preguntó en cuando nuestras manos se separaron, y se metió las suyas en los bolsillos del estrecho pantalón vaquero—. Porque lo de acabar congelados, iba en serio. —Me tomé unos segundos antes de responder, indecisa: ¿debería regresar adentro con él, o, tal y cómo ha sugerido, ir a un sitio más tranquilo para poder hablar sin acabar cogiendo un resfriado que maldijera durante los días que estuviera en cama, o por el contrario, era mejor regresar adentro para ir al encuentro de Lidia? Entonces, el rostro de Andy acudió a mi mente, y sentí como un nudo se me formaba en el estómago. «Tan oportuno como siempre», me dije, con ironía—. ¿Qué me dices? —preguntó entonces, al ver que yo no me decía en contestar—. Podemos ir a la cafetería que hay aquí a la vuelta de la esquina: a estas horas, estarán empezando a servir cruasanes recién hechos y chocolate caliente a los niños que salen de la discoteca...

—Me has convencido con lo del chocolate caliente —le dije, forzando una pequeña sonrisa, mientras intentaba expulsar de mi mente a Andy, el cuál aún siendo tan solo un recuerdo, resistía en abandonarme—. Pero antes debo encontrar a mi amiga, y avisarla; no me gustaría que la pobre estuviera dando vueltas buscándome como una loca... —«Aunque ya hace bastante que nos perdimos de vista, y si todavía no ha dado conmigo, eso es porque no le interesa mucho en estar por la labor...», agregué en silencio, mientras Jeffrey hacía un gesto de asentimiento, estando de acuerdo. «A no ser que ella sí se haya largado con alguien sin decirme nada...».

—Claro, no hay problema: yo también debería de avisar a mi amigo. —Alargó un brazo en dirección a la puerta del balcón que alguien había juntado para que no entrara el frío -solo esperaba que ese alguien le hubiera dado por echar un vistazo antes hacia fuera, comprobando que había gente, y que en verdad no la hubiera cerrado-, y nos empezamos a encaminar hacia ella, con decisión—. Pero que sepas que lo de acceder a tomarte un café conmigo, solo porque te ha "seducido" la idea de lo del chocolate deshecho, me ha dolido... —Fingió una mueca de disgusto que hizo que estalláramos en carcajadas, y empezamos a encaminarnos hacia el interior de nuevo, cuando un grito de horror rompió la tranquilidad de la noche.

Observé a mi alrededor, pudiendo estudiar detenidamente la estancia donde nos encontrábamos, ya que el gentío que hacía apenas unos minutos estaba bailando sin ritmo alguno entre aquellas cuatro paredes, esperaban con impaciencia en el salón más grande para ser interrogados, aunque en el ambiente seguía siendo pesado y rancio, pues las horas de baile y el hecho de que hubiera más gente en aquella sala de la que se podía permitir, había dejado su peor huella.

Entonces, la puerta del pequeño despacho que la policía había descubierto se abrió, y salió

una de las mujeres que había estado bailando sin preocuparse que el diminuto vestido que llevaba puesto dejara ver más de lo que debía -aunque tal vez se lo había puesto con ese propósito-, como si la vida le fuera en ello, solo que esta vez, salía cabizbaja, y en cuanto nuestras miradas se encontraron, pude ver la preocupación y temor reflejados en sus ojos, seguida por Andy y su compañero, Eithan, quién le dijo algo en un murmullo a mi novio, y se fue con la mujer hacia la otra sala, en busca de la próxima persona que le tocara ser interrogada, momento que aprovechó entonces el que había sido el único hombre al que yo había amado para acercarse hacia Lidia y hacia mí, con el ceño fruncido.

—Debéis esperar en la otra sala, junto al resto de los testigos —nos dijo, a modo de saludo, pasando por alto mi furiosa mirada.

—¿Qué diantre es lo que ha pasado, Andy? —le preguntó mi amiga con cierta excitación, ignorando adrede su pregunta, pues era una fan de los casos de asesinatos y horribles tragedias que sucedía en cualquier parte del mundo.

—Sabes que no puedo hablar del caso, Lidia —replicó mi exnovio, profundizando su fruncimiento de ceño—. Y mucho menos con civiles. —Finalmente se dignó a volver la cabeza hacia mí para fijar sus increíbles ojos negros en los míos, haciendo que mi corazón no tardara en empezar a latir con rapidez: a pesar de que me había roto el corazón en mil pedazos, no podía evitar seguir amándole—. Ni con agentes que están retirados —agregó, pronunciando la última palabra con cierto énfasis, convirtiéndolo a mi parecer en un dardo envenenado que iba directo hacia su objetivo—. Agradecería de veras que os reunierais con el resto en la otra sala —volvió a ordenar, apartando entonces su mirada de la mía para echar un vistazo sobre su hombro para comprobar que su compañero regresaba con un nuevo testigo—. Necesitamos tener esta sala despejada, por si acaso. —Y antes de que tuviéramos tiempo de replicar siquiera, giró sobre sus pies, y se encaminó de nuevo hacia su compañero.

Le estrechó la mano al hombre que había venido con Eithan y le indicó con la mano a que entrara en el despacho, siguiendo después sus pasos.

Sin embargo, antes de entrar en él, volvió la cabeza de nuevo hacia nosotras, y nos dirigió una mirada de advertencia.

—Pero, ¿qué diantre pasó entre vosotros dos para que acabarais tan mal? —preguntó tras unos segundos de silencio Lidia.

—Créeme, es mejor que no lo sepas —contesté con deje de tristeza, sin apartar la mirada de la superficie de madera en cuanto Andy cerró la puerta tras él—. Venga, vayamos a reunirnos con los demás, antes de que se den cuenta de que somos las únicas que estamos aquí... —Empezamos a encaminarnos con paso lento, cada una sumida en sus propios pensamientos.

El olor a sudor no tardó en invadir mis fosas nasales en cuanto llegamos a la otra sala, haciendo que una mueca de asco que no supe disimular se dibujara en mi rostro.

Recordando la cita fallida con Jeffrey, lo busqué con rapidez entre el gentío, pues decidí que, pese a que la policía nos había ordenado explícitamente que no abandonáramos el domicilio hasta que hubiéramos sido interrogados, no pasaría nada si nos saltábamos aquella pequeña orden unos minutos, pues no hacía falta ser muy listo para saber que en cuanto llegara nuestro turno, podrían haber pasado incluso horas.

—¿A quién buscas? —me preguntó entonces Lidia, siguiendo mi mirada hacia un lado de la sala.

—A alguien que he conocido esta noche —contesté, sin pensar antes la respuesta—. Habíamos decidido ir a tomar un café, cuando se escuchó el grito de la chica...

—¡Eso es genial, Julia! —exclamó entonces mi amiga, dándome un cariñoso empujón, contenta—. ¡Me alegro de que hayas decidido estar en el mercado de nuevo! ¡Empezaba a creer que ibas a envejecer sola, rodeada de cientos de gatos! —Volví la cabeza hacia ella, frunciendo ligeramente el ceño.

—No es lo que estás pensando, Lidia —dije entonces, al ver que había malinterpretado mis palabras—. Que haya accedido a tomar un café con él, no significa que quiera tener algo; además, no quería incomodar al chico, así que...

—Así que, sí, envejecerás sola, rodeada de cientos de gatos. —Terminó por mí, mientras sacudía la cabeza, a modo de desaprobación, dejando escapar un profundo suspiro.

Decidí no entrar en aquella discusión, pues sabía que, pese a estar rodeadas de decenas de personas a las que no conocíamos de nada, Lidia no dudaría en soltarme el sermón que solía echarme siempre que podía, acerca de que todavía era joven, y que Andy no era el único hombre que había sobre la faz de la Tierra -aunque para mí sí lo fuera-, y no sé qué disparates más, cuando sentí como una especie de aliente en mi nuca, y como la piel se me ponía de gallina ante la presencia de... Él.

Giré sobre mis pies, lentamente, y comprobé que mi instinto una vez más no me había fallado: Andy se encontraba delante de mí, observándome con una mezcla de decepción y tristeza

—¿Ocurre algo? —le pregunté, echando un rápido vistazo por encima de su hombro hacia Eithan, quién también me miraba con cierta lástima.

Incluso Lidia pareció darse cuenta de que algo no iba bien, pues Andy me cogió con cierta brusquedad del codo, y me llevó de nuevo hacia la sala en la que habíamos estado minutos antes Lidia y yo, no sin decirle antes:

—Espera aquí, Lidia; tengo que hablar con Julia un momento. —Lidia me apartó la mirada de él para mirarme a mí, perpleja.

Yo me limité a encogerme de hombros, como para quitarle importancia al asunto, ya que, probablemente, no fuera nada del otro mundo, teniendo en cuenta de que antes había sido policía, y tal vez necesitaran de mi ayuda.

—No tardaré. —Le aseguré, aunque sin saber muy bien porqué, supe que no sería así, y me dejé llevar por Andy, cuyo rostro mostraba ahora la tensión y la preocupación parecía haberse profundizado—. ¿Me vas a decir ya qué ocurre? ¿Por qué de repente quieres hablar conmigo? —Andy me sostuvo la mirada de nuevo unos segundos, en silencio.

Empecé a ponerme nerviosa de verdad.

—Uno de mis chicos han encontrado el arma con el que han asesinado a la víctima —dijo entonces, soltándome el codo con cuidado. Repetí en silencio aquellas palabras, intentando asimilarlas, pues el hecho de volver a encontrarme a solas con él después de largos meses, lograba dejarme en una especie de estado de shock".

—Me parece bien, es su labor —comenté entonces, encogiéndome de nuevo de hombros, sin entender a dónde quería llegar con aquello.

—¿Por qué has venido a esta fiesta, Julia? —Tuve que hacer un esfuerzo por no echarme a

reír: ¿aquello de qué iba? ¿Acaso había aprovechado lo que fuera que hubiera pasado para quedarse a solas conmigo y montarme una escena de celos?

—Ya no tengo que darte ninguna explicación, Andy —le espeté, con frialdad, mientras le fulminaba con la mirada, alejándome un par de pasos de él, a pesar de no querer hacerlo—. Perdiste ese derecho el día en que decidiste dejarme. —Pude ver el dolor reflejado unos segundos en sus pupilas, y aquello llamó mi atención: ¿había algo que de nuestra ruptura que no me había contado?

—Sí lo tengo si estoy trabajando en un caso de asesinato, y tú eres la principal sospechosa. —Me soltó, haciendo que tuviera la sensación de que me habían tirado encima un cubo con agua fría.

—Espera.... —Balbuceé, parpadeando con rapidez, mientras tenía la sensación de que el suelo temblaba con fuerza bajo mis pies—. ¿Qué?

CONTINUARÁ...

Nota de la autora:

Siempre me ha llamado la atención la versión “oculta” de las cosas, de la vida en general; me gusta imaginarme que dentro de un armario hay una especie de laberinto secreto que te lleva a otro lugar (a la casa de un asesino, por ejemplo), o que hay “algo” bajo las sábanas que te arrastra a una profundidad espeluznante... Del mismo modo en que mientras hay escritores (y escritoras) que escriben relatos románticos en estas fechas, yo simplemente opto por asesinar a nuestro querido Cupido...

¿Tengo una mente muy retorcida? ¿Mente de psicópata? Creo que más bien me gusta escribir historias retorcidas, aterradoras, que consigan sorprender a los lectores, porque no todo va a ser amor y nubes de algodón, digo yo...

En fin, solo quiero deciros que, si os ha gustado la primera parte de «La flecha de Cupido», y queréis saber cómo continúa, os animo a que me sigáis en mi red social de Instagram (es la única red que mantengo en constante actualización por falta de tiempo) [trisha_sanz2485](#).

Muchas gracias por vuestro tiempo en leer esta antología donde encontraréis muchísimos relatos excelentes de la pluma de mis compañeras de profesión, y muchas gracias por detenerte a leer el mío.

¡Nos vemos en las redes!

© Trisha Sanz



De regreso al amor



RELATO N°18

Escrito por: Yaneth Marín

—¡Mamá, mamá! —Grita Ben al verme llegar a casa.

—Hola mi amor —contesto, dándole un fuerte abrazo y besando su frente—, ¿qué tal tu día, hijo?

—Bien —asegura—. ¡Tenemos un nuevo maestro! Es muy divertido. Hemos jugado mucho en el salón y en el recreo.

—¿Un nuevo maestro? —Ah, sí, recuerdo que anunciaron que la maestra, Migdalia, estaba por salir de licencia maternal. Pues me alegro muchísimo de que te hayas divertido en tu clase.

Esta es la mejor parte del día; llego a casa agotada, pero cuando mi hijo me recibe es como si me dieran una dosis extra de energía.

—Hasta mañana, Claudia —me despido de la niñera, para luego ver mis pendientes de mañana, jugar un poco con mi niño y, más tarde, me entregaré complacida en los brazos de Morfeo.

Al día siguiente

El estruendoso sonido de la alarma me saca de mis sueños. Comenzamos con la rutina matutina; prepararme, dejar a Ben en el colegio y correr al trabajo; la biblioteca del pueblo. ¡Sí!, soy la bibliotecaria, a mucha honra.

—Hola, Valery —saluda Nicol, acercándose al mostrador y mostrándome en su reloj que ya es hora de almorzar.

—¡En serio, Val! —se queja— ¿Sabes?, creo que el día que no venga por ti, vas a olvidar que debes comer.

—¿Qué te digo, amiga? —respondo mientras caminamos al restaurante—. Sabes que me pierdo entre las páginas de tantos libros.

—¿Sabes quién regresó al pueblo? —pregunta curiosa con una sonrisa de medio lado mientras da vueltas a su pajilla dentro del vaso.

—No —contesto—. Sabes que poco tiempo tengo para enterarme de lo que pasa en el pueblo. —Tomo un sorbo de mi bebida. ¿De quién se trata?

—¡Tom! —pronuncia

—Ejemmm. —Me aclaro la garganta— ¿Tom? Qué Tom —digo tragando con dificultad.

—¿Cuál más, Val? —replica sarcástica—. Tomas Benjamín Fuller, tu exnovio del instituto. ¡No me digas que no te acuerdas de él, porque no te lo creo!

—Ah, ese Tom —contesto, calmada—. Supongo que estará visitando a la familia.

—Te equivocas —pronuncia Nicol—. Ha regresado para quedarse como el nuevo maestro de la escuela primaria.

En este momento, recuerdo lo que me dijo Ben sobre su nuevo maestro; ¡Oh, mi Dios!, no puede ser.

—Qué pena, amiga —la interrumpo, levantándome apresurada—. Justo, acabo de recordar que debo retirar unos libros donde los Miller, ya sabes, se pasaron de días de alquiler y debo recuperarlos.

En la biblioteca, mientras organizo los últimos libros que devolvieron, no dejo de pensar. Demasiado tiempo guardando este secreto.

—Oh, Dios mío —susurro, pasándome las manos por el cabello. ¿Por qué tenía que volver ahora, y justo ser el maestro de mi Ben?

Bueno, tengo que actuar normal, nadie tiene por qué enterarse. Después de tantos años lo recuerdo como si fuese ayer:

Nuestro baile de graduación del instituto, nuestra primera y única noche juntos, fue una noche romántica. Tom preparó el lugar con velas y rosas. Sus besos comenzaron suaves y calmados. Simplemente, cerré los ojos y me dejé llevar, pero luego sentí un calor correr por mi cuerpo. Los besos ahora eran rápidos y desesperados, con hambre de más. Sin darnos cuenta, amanecemos en aquel lugar, prometiéndonos estar juntos para siempre.

Tom se marchó a la universidad con la promesa de que yo iría un mes después. Pero fue cuando lo supe, en mi vientre crecía el fruto de ese amor.

Mis padres se enteraron, y fue todo un alboroto. Lo único que les importaba era saber quién era el padre de mi bebe para hacerlo pagar. Me sentía aterrada y nerviosa. No podía truncar el futuro de Tom, así que preferí callar.

—Buenas —interrumpe Nicol—, ¿Vas de salida, Valery? Vine para que hablemos sobre la fiesta de mi ahijado.

—Cierto —contesto, cerrando todo—, haremos la fiesta el siguiente sábado. La temática será de su juego favorito, Roblox.

Después de organizar los detalles para la fiesta con Nicol, finalmente llego a casa, y mi querido hijo me recibe como siempre.

—Mamá, mamá —dice, mostrándome su cuaderno.

A ver que tenemos aquí, es una notificación sobre una reunión de padres con el nuevo maestro. ¡Lo que me faltaba!

Finalmente, debo ver a Tom cara a cara. Es el día de la reunión. ¿Por qué me siento tan nerviosa?

Tomo asiento entre las últimas bancas, tratando de pasar desapercibida. Después de presentarse el nuevo maestro, nos reparte su plan de estudio y comparte el trabajo que tendrán para conmemorar el día del amor y la amistad y lo que cada niño debe llevar.

—Muy bien, si no hay más preguntas, por favor, pasen a firmar y nos podemos retirar —pronuncia el maestro.

Parece que los años no han pasado por él. Sigue igual de apuesto que antes.

Me acerco a firmar, sintiendo su mirada sobre mí.

—Buenas tardes, maestro —digo para despedirme, sin dejarlo contestar. Lo que menos quiero es una conversación en medio de los demás padres.

Uff, qué día tan movido el de hoy. Por suerte, ya casi es hora de salida.

—Valery Monteverde. —Escucho desde la puerta.

—Ya estamos cerrando, caballero —pronuncio, mirando el ordenador

—No estoy aquí para pedir ningún libro, señora —dice con tono retador y prepotente. Levanto la mirada y siento espanto, es Tom.

—Ah, buenas tardes, maestro —contesto—. En qué puedo ayudarle.

—Noté que firmaste al lado del nombre de mi alumno, Ben —dice—. ¿Es tu sobrino o el hijo de alguna amiga?

—¡Ah, eso! —contesto— Ben es mi hijo, maestro.

Veo su rostro desencajarse, con el ceño fruncido, parece estar enojado. Respiro profundo, debo actuar calmada.

—Entonces, ¿es verdad todo lo que me dijeron de ti? —pregunta.

—¡No sé a qué se refiere, maestro!

—Ya, deja de decime maestro, Val —dice tomándome por el brazo con fuerza—. Dime que es mentira, que ese niño no es tuyo. Dime que no es cierto todo aquello, que me dejaste esperándote porque ya tenías a otro.

—Es mío. pero no es...

—¡Dime! ¿Quién es? ¿Por quién fue que nos abandonaste? —grita interrumpiéndome—. Es por eso que no contestaste mis cartas y no respondiste los recados que te dejé con mi madre, Desde que me fui, ya tenías mi reemplazo. ¿Es por eso que no viajaste? ¡Y yo como un pobre iluso esperando por ti! —grita, enfurecido tirando los libros al piso. Siento mi garganta atorada, el cuerpo me tiembla tanto que no puedo moverme.

—¡Basta, Tom! —interrumpe Nicol, acercándose rápidamente—. Quién te has creído para tratar a mi amiga así. Nada de lo que dicen es cierto.

—Claro, tú siempre has sido su defensora y alcahueta —dice Tom.

—¡Tom, escúchame bien! —grita Nicol enojada—. Podrás tener todos tus títulos y lo que quieras, pero a mi amiga nadie la trata de esa manera. Es mejor que te vayas en este instante o llamaré a la policía.

Cubro mi rostro con mis manos, dejándome caer sentada sobre el suelo. ¿Cómo pasó todo esto?

Siento la calidez de los brazos de Nicol al abrazarme.

—Tranquila —me dice, trayéndome una botella de agua mineral.

—Gracias, amiga —digo, limpiando mis lágrimas.

—No tienes que dar gracias, Val —susurra—. Sabes que te quiero, eres mi mejor amiga; O

es que no recuerdas cuando pasábamos por el parque frente a las viejas chismosas, cómo hablaban y te miraban, inventando quién sabe qué, cuando te veían con tu hermosa panza de embarazada. ¿No recuerdas que las enfrenté y les dije su par de verdades muchas veces? Y lo volvería a hacer cuantas veces sea necesario.

—Claro que lo recuerdo —contesto.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

—Sí, gracias, es mejor irnos. Se nos hace tarde.

—Val —dice, calmada—. ¿No crees que él también debe saberlo?

—¿Saber qué?

—Mi ahijado —dice—. Siempre lo sospeché, y respeté tu decisión de callar. Pero ver a Ben es como ver a Tom de niño. Nadie puede negar que has hecho un excelente trabajo criando a Ben tú sola, pero no fue justo que solo tú dejaras tus sueños y él pudiera irse sin hacerse cargo.

—No dejé mi sueño —digo—, solamente mis sueños cambiaron por algo mejor. Sé que él tiene derecho a saberlo, es sólo que no estaba preparada, nunca pensé que reaccionara de esa manera. ¿Dónde quedó el Tom amoroso del que un día me enamoré?

TOM

Hace varios días que me comporté como un patán con Val. He querido volver y disculparme, dándole la oportunidad de explicarse y lograr entender qué fue lo que pasó. Me siento tan avergonzado...

—Maestro, maestro. —Escucho a los niños, sacándome de mis pensamientos.

—Estamos listos —digo—. Vamos al patio para nuestra clase de educación física. Hagamos una fila y trotemos alrededor del cuadro, ¿vale?

—¡Sí, maestro! —contestan alegres.

—Buenos días, maestro Tom. —Escucho a la secretaria que trae una nota que debo firmar; es un comunicado del director.

De repente, escucho gritos de los niños. Dios, solo les quité la mirada un segundo. Corro hasta donde se agruparon.

—Se cayó —dice Melani. ¡Oh, no! Es Ben, se ha caído y sangra en su hombro.

Le indico a la secretaria que lleve al grupo al salón y no los deje solos, mientras tomo a Ben en mis brazos y lo llevo a la enfermería.

—Tranquilo —le digo tratando de consolarlo, toma un poco de agua.

—Hola, Ben —saluda la enfermera—. Voy a revisarte y a curarte, ¡sí! Te vamos a quitar el suéter para poder hacerlo bien, sin lastimarte, ¿vale? —Listo —dice, indicándome con señas que me coloque del otro lado para distraer a Ben.

—Oye, Ben —digo para que voltee su mirada sin ver lo que hace la enfermera Cuéntame, ¿qué es lo que más te gusta?

—Me gusta —susurra limpiando su nariz—, jugar.

—¿Y a qué es lo que más te gusta jugar? Trataré de adivinar... Fútbol, basket, béisbol.

—El fútbol me gusta, pero hay otra cosa a lo que me gusta jugar, se llama Roblox.

—¡Oh, Roblox! No conozco ese juego, ¿me cuentas como es?

—En Roblox, tengo un personaje, se llama Luke, y se juegan muchos juegos de aventura, y algunos me asustan.

—¡Wao! Y dónde se juega eso.

—En el celular de mamá. Cuando llega a casa, me lo presta un ratito

—Todo listo —dice la enfermera—. Eres un niño muy valiente, Ben. —Le entrega una paleta de dulce.

Una vez que todos los niños se han retirado, voy al archivo escolar. Algo me tiene desconcertado desde que pasó el accidente con Ben, debo averiguar quién es su padre. ¿Será cierto lo que sospecho?

Mirando el archivo, me doy cuenta que solo tiene el apellido de su madre. ¿Será posible?, por qué Val no me lo contó. El lunar que vi en su espalda es idéntico al mío, y es una marca que solo llevamos los hombres en mi familia. Recuerdo esa noche con Val, estábamos tan enamorados que nos dejamos llevar y no usamos protección.

¡Oh, por Dios! Él es mi hijo, no tengo dudas, y me comporté como un idiota con ella. Tengo que remediar mi error.

VALERY

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, cumpleaños, querido Ben, cumpleaños feliz! Despierta, Ben,

Catorce de febrero; el día que mi vida cambió por completo. Este día lo celebramos por partida doble.

—Adiós, mamá —dice Ben mientras lo dejo en la entrada del colegio. Espero que no se olvide de dar las invitaciones a sus amiguitos para su cumple.

—Buen día— saluda un mensajero entrando en la biblioteca.

—Buen día, caballero —contesto amable,

—Tengo una entrega para Valery, la bibliotecaria. Debe firmarme aquí —dice mostrándome un papel.

Pero qué hermoso ramo de rosas, rojas, amarillas, rosadas y blancas, ni siquiera tengo que leer la tarjeta para saber que son de Nicol, espero que le guste el detalle que le envié y los chocolates, esa mujer adora los chocolates, de cualquier clase o sabor.

—Umm que hermoso huelen. —Las coloco en un jarrón con agua. ¿Quién dijo que el día de san Valentín es solo para enamorados? Cada año, lo confirmo: la amistad, muchas veces, es más fuerte que el amor y hasta que las familias de sangre. Así considero a Nicol, más que una amiga, una hermana.

Es un día especial, no solo por eso. Recuerdo hace seis años cuando nació Ben, mis padres, que me habían dado la espalda, cuando conocieron a ese pequeño bebé se olvidaron de todo el resentimiento, y ahora son los abuelos más consentidores con su nieto. En ese momento dejó de importarme el que dirán, solo viviría por mi hijo.

Y fue cuando me ofrecieron este puesto de trabajo y las cosas comenzaron a mejorar,

económica y mentalmente. Trabajar aquí me sirvió para viajar entre tantas páginas de libros a una infinidad de lugares...

—Buenas. —Otro mensajero interrumpe mis pensamientos.

—Dígame en qué le puedo servir.

—Un paquete para Valery Monteverde. Firme aquí, por favor —dice, dándome otro documento.

¿De quién será? Es una caja muy hermosa. Al abrirla, hay un arreglo con seis rosas, todas blancas y una nota que dice:

PERDÓN. Por favor, perdóname y acepta estas rosas, una por cada año sin ti. Necesito conversar contigo, te prometo que no volveré a comportarme como aquel día. Permíteme demostrarte que no soy así. Te estaré esperando en nuestro lugar especial a las cinco de la tarde. Con cariño, Tom

Después de pensarlo todo el día, decidí acudir al encuentro, bien dicen que las cosas hay que afrontarlas antes que se pongan peor.

—Hola, Tom —saludo al llegar. Está sentado bajo el árbol, en la cima de la colina; en cuanto me ve, me sorprende abrazándome fuerte, y hay lágrimas en sus ojos—. ¿Qué tienes?

—Valery, mi Val —susurra, tomándome de las manos—. He visto la marca de Ben, el día que se calló en clases, no tengo duda de que el es mi hijo Val, me perdí seis años de su vida por desconocer su existencia. ¿Sabes cuánto me duele? En todos estos años no deje de pensarte. Muchas veces salía a fiestas con amigos y mujeres, tratando de olvidarte. Todo fue en vano, a pesar de querer odiarte al creer todo lo que mi madre me decía, no pude, Val. Con cada mujer que intentaba tener algo en serio, no podía. ¿Sabes por qué? Porque ninguna de ellas eras tú.

—Espera, Tom— digo, separándome. Lamento no haberte dicho lo de Ben, pero fue lo que pensé correcto en esos momentos, no quería que dejaras tu sueño por mí. Y aun ahora, Tom, no quiero que te sientas presionado u obligado a estar conmigo solo por responsabilidad como padre.

—Te amo. —susurra, colocando su dedo sobre mi boca—. Siempre te he amado, y no pienses que me siento obligado por Ben, ya que no es así. Escúchame Val, sé que no podemos echar el tiempo atrás y cambiar las cosas, porque el tiempo que se va no vuelve jamás. Pero, por favor, permíteme tratar de compensar todo ese tiempo, déjame compartir con ese niño hermoso que es fruto de nuestro amor, déjame estar a tu lado y ser tu apoyo, ese apoyo que debí ser para ti durante todo este tiempo.

—Tom... —susurro, tratando de contener las lágrimas—. No sé ni qué decirte. Ya vendrán los chismes en el pueblo de que ahora que eres profesional quiero obligarte o qué se yo qué más inventen.

—Qué importa el qué dirán, Val —dice rodeando mi rostro con sus manos—. Lo que importa somos nosotros y Ben, ¡Nuestra felicidad!

—Tom, te amo —susurro—. ¡Sí, acepto!

FIN

Nota de la autora:

Orgullosamente panameña. Estudie Lic. en admón. de empresas. Soy madre de dos hermosos hijos que son mi motivo para seguir adelante.

En el año 2022 participé en el BookCamp de la Editorial Letras Indomables, donde aparte de pertenecer a una gran comunidad de personas que, al igual que yo, empezaron a escribir, participé en la coautoría de la antología «Indomable, que la música mueva tu mundo», donde comparto letras con otros once autores.

En diciembre de 2023 publique mi relato «Bucle Navideño».

© Yaneth Marín



Sinopsis



Tienes en tus manos un regalo literario donde el amor toma diversas formas: desde romances apasionados hasta intrigas trepidantes.

En este compendio único, diecisiete autoras y un autor te transportarán a mundos en los que el 14 de febrero se convierte en el escenario de encuentros inolvidables. Experimenta la magia del Día de San Valentín a través de relatos cautivadores que exploran el amor en todas sus facetas, desde lo dulce hasta lo misterioso.

Este obsequio especial estará disponible de forma gratuita, en versión digital, durante los días de San Valentín de este 2024.

¡Déjate envolver por la diversidad de emociones que solo el amor puede inspirar!

